



X

A las ocho en punto, la berlina de la Marquesa venía arrancando chispas por las mal empedradas calles de la Encimada; llegaba á la Plaza Nueva y se detenía delante del caserón arrinconado.

La Marquesa, de azul y oro, luciendo asomos de encantos que fueron, hoy mustios collados, con las canas teñidas de negro y el tinte empolvado de blanco, entraba en el comedor de la Regenta abriendo puertas con estrépito.

—¿Cómo? qué es esto? no te has vestido?

—¡Qué terca!—exclamó Paquito, que acompañaba á su madre.

Don Víctor inclinó la cabeza y encogió los hombros, dando á entender que no era responsable de aquella terquedad.

«Él sí, estaba dispuesto.» En efecto, se abrochaba los guantes y lucía su levita de tricot muy ajustada.

Ana sonrió á la Marquesa.

—Pero, señora, si es una locura. ¿Por qué se ha molestado Vd.?

—¿Cómo locura? Ahora mismo te vas á vestir. Pues ya que me he molestado, como tú dices, no será en vano. Ea! arriba; ó aquí mismo, delante de estos señores te peino, te calzo y te visto.

—Eso es—dijo Paco—te vestimos, te peinamos...

Don Víctor instó también.

—*La Vida es Sueño*, hija mía, es el portento de los portentos del teatro... Es un drama simbólico... filosófico.

—Sí, ya sé, Quintanar...

—Y Perales, que lo dice tan bien, mi amigo Perales...

—Y que habrá tanta gente—añadió la Marquesa.

—Por Dios, señora; con mil amores, si no fuera... ¿No voy otras veces! Pero si mañana tengo que comulgar!

—¡Tá, tá, tá, tá! ¿y qué tiene eso que ver? ¿Lo sabe la gente? ¿Vas tú al Teatro á pecar?

—El arte es una religión!—advirtió don Víctor consultando el reloj, temeroso de perder lo de

Hipógrito violento
que corriste parejas con el viento.

Después supo que esto lo suprimían. «¡Qué escándalo!»

—Pero, niña —prosiguió— demasiado nos honra la Marquesa.

—¿Qué honra ni qué calabazas?... pero ha de venir.

—No señora; es inútil insistir.

Disputaron mucho tiempo; pero al fin doña Rufina, que también quería ver empezar, cedió y se llevó á don Víctor, que hizo algunos remilgos.

—Ya que ella es tan terca, me quedaré yo también.

—¡No faltaba más!—exclamó la Regenta asustada.

—¿No vas otras noches?

Don Víctor insistió otro poco en quedarse, en perder aquel drama de dramas.

Pero al fin Ana se vió sola en el comedor, cerca de aquella chimenea de campana, churrigueresca, exuberante de relieves de yeso, pintada con colores de lagarto; la chimenea, al amor de cuya lumbre leyeran en otros días tantos folletines la señorita doña Anunciación Ozores, que en paz descansa. Ahora no había allí fuego; la hornilla, descubierta, era un agujero de tristeza.

Petra recogió el servicio del café. Andaba perezosa. Entró y salió muchas veces. El ama no la veía siquiera, miraba, sin mover los párpados, á la hornilla negra y fría. La doncella se comía con los ojos á la señora. «¡No va al teatro! Aquí pasa algo. ¿Estorbaré? ¿Me necesitará?»

—¿Querrá algo la señora?—preguntó.

Sobresaltada la Regenta, respondió:

—Yo?... qué?... Nada; vete.

«Después de todo, era una tontería haber dado aquel desaire á la Marquesa, estando decidida á no comulgar al día siguiente. Pero, ¿y por qué no había de comulgar? ¿Era ella una beata con escrúpulos necios? ¿Qué tenía que echarse en cara? ¿En qué había faltado? Todo Vetusta en aquel momento estaba gozando entre ruido, luz, música, alegría; y ella sola, sola, allí en aquel comedor oscuro, triste, frío, lleno de recuerdos odiosos ó necios, huyendo la ocasión de dar pábulo á una pasión que halagaría á la mujer más presuntuosa. ¿Era esto pecar? Nada tenía ella que ver con don Álvaro. Podía él estar todo lo enamorado que quisiera, pero ella jamás le otorgaría el favor más insignificante. Desde ahora, ni mirarle siquiera. Estaba

decidida. ¿Qué había que confesar? Nada. ¿Para qué reconciliar? Para nada. Podía comulgar sin miedo; sí, madrugaría, comulgaría. ¡Pero bastaba, bastaba por Dios, de pensar en aquello! Se volvía loca. Aquel con-



tinuo estudiar su pensamiento, acecharse á sí misma, acusarse, por ideas inocentes, de malos pensamientos, era un martirio. Un martirio que añadía á los que la vida le había traído y seguía trayendo sin buscarlos. Pero ¿qué había de hacer sino cavilar una mujer como ella? ¿En qué se había de divertir? ¿En cazar con liga ó con reclamo como su marido? ¿En plantar eucaliptus donde

no querían nacer, como Frigilis?»

En aquel momento vió á todos los vetustenses felices á su modo, entregados unos al vicio, otros á cualquier manía, pero todos satisfechos. Sólo ella estaba allí como en un destierro. «Pero ¡ay! era una desterrada que no tenía patria á dónde volver, ni por la cual suspirar. Había vivido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez, y en Valladolid; don Víctor siempre con ella; ¿qué había dejado ni á orillas del Ebro, el río del Trovador, ni á orillas del Genil y el Darro? Nada; á lo más, algún conato de aventura ridícula. Se acordó del inglés que tenía un carmen junto á la Alhambra, el que se enamoró de ella y le regaló la piel del tigre cazado en la India por sus criados. Había sabido más adelante que aquel hombre, que en una carta—que ella rasgó—la juraba ahorcarse de un árbol histórico de los jardines del Generalife «junto á las fuentes de eterna poesía y voluptuosa frescura», aquel pobre Mr. Brooke se había casado con una gitana del Albai-

cín. Buen provecho ; pero de todas maneras era una aventura estúpida. La piel del tigre la conservaba, por el tigre, no por el inglés.» Esta historia no la sabía bien Obdulia ; creía que se trataba de un norte-americano ; se lo había dicho Visitación...

«¿ Por qué no había ido al teatro ? Tal vez allí hubiera podido alejar de sí aquellas ideas tristes, desconsoladoras que se clavaban en su cerebro como alfileres en un acerico. Si estaba siendo una tonta. ¿ Por qué no había de hacer lo que todas las demás ? » En aquel instante pensaba como si no hubiera en toda la ciudad más mujeres honestas que ella. Se puso en pie ; estaba impaciente, casi airada. Miró á la llama de la lámpara suspendida sobre la mesa..... La ofendía aquella luz. Salió del comedor ; entró en su gabinete ; abrió el balcon, apoyó los codos en el hierro y la cabeza en las manos. La luna brillaba en frente, detrás de los soberbios eucaliptus del *Parque*, plantados por Frigilis. Duraba aquel viento sur blando, templado, perezoso ; á veces ráfagas vivas movían como sonajas de panderetas las hojas, que empezaban á secarse y sonaban con timbre metálico. Eran como estremecimientos de aquella naturaleza próxima á dormir su sueño de invierno.

Ana oía ruidos confusos de la ciudad con resonancias prolongadas, melancólicas ; gritos, fragmentos de canciones lejanas, ladridos, todo desvanecido en el aire, como la luz blanquecina reverberada por la niebla tenue que se cernía sobre Vetusta, y parecía el cuerpo del viento blando y caliente. Miró al cielo, á la luz grande que tenía en frente, sin saber lo que miraba ; sintió en los ojos un polvo de claridad argentina ; hilo de plata que bajaba desde lo alto á sus ojos, como telas de araña ; las lágrimas refractaban así los rayos de la luna.

«¿ Por qué lloraba ? ¿ Á qué venía aquello ? También

ella era bien necia. Tenía miedo de estos enternecimientos que no servían para nada.»

La luna la miraba á ella con un ojo solo, metido el otro en el abismo; los eucaliptus de Frigilis inclinándose leve y majestuosamente su copa se acercaban unos á otros, cuchicheando, como diciéndose discretamente lo que pensaban de aquella loca, de aquella mujer sin madre, sin hijos, sin amor, que había jurado fidelidad eterna á un hombre que prefería un buen macho de perdiz á todas las caricias conyugales.

«Aquel Frigilis, el de los eucaliptus, había tenido la culpa. Se lo había metido por los ojos. Y hacía ocho años y todavía pensaba en esta mala pasada de Frigilis como si fuera una injuria de la vispera. ¿Y si se hubiera casado con don Frutos Redondo? Acaso le hubiera sido infiel. Pero aquel don Víctor era tan bueno, tan caballero! parecía un padre, y aparte la fe jurada, era una villanía, una ingratitud engañarle. Con don Frutos hubiera sido tal vez otra cosa. No hubiera habido más remedio. ¡Sería tan brutal, tan grosero! Don Álvaro entonces la hubiera robado, si, y estarían al fin del mundo á estas horas. Y si Redondo se incomodaba, tendría que batirse con Mesía.» Ana contempló á don Frutos, el mísero tendido sobre la arena, ahogándose en un charco de sangre, como la que ella había visto en la plaza de toros, una sangre casi negra, muy espesa y con espuma...

«¡Qué horror!» Tuvo asco de aquella imagen y de las ideas que la habían traído.

«¡Qué miserable soy en estas horas de desaliento! ¡Qué infamias estoy pensando!...» Se ahogaba en el balcón. Quiso bajar á la huerta, al *Parque*; sin pedir luz ni encenderla, alumbrada por la luna, atravesó algunas habitaciones buscando la escalera del parterre; pero al pasar cerca del despacho de Quintanar, cambió de propósito y se dijo: «Entraré ahí; ese debe de

tener fósforos sobre la mesa. Voy á escribir al Magistral; le diré que me espere mañana de tarde; necesito reconciliar; yo no puedo recibir la comunión así; se lo contaré todo, todo, lo de dentro, lo de más adentro también.»

El despacho estaba á oscuras; allí no entraba la luna. Ana avanzó tentando las paredes. Á cada paso tropezaba con un mueble. Se arrepintió de haberse aventurado sin luz en aquella estancia que no tenía un pie cuadrado libre de estorbos. Pero ya no era cosa de volverse atrás. Dió un paso sin apoyarse en la pared, siguió de frente, con las manos de avanzada para evitar un choque...

—Ay! Jesús! Quién va? quién es? quién me sujeta?
—gritó horrorizada.

Su mano había tocado un objeto frío, metálico, que había cedido á la opresión, y en seguida oyó un chasquido y sintió dos golpes simultáneos en el brazo, que quedó preso entre unas tenazas inflexibles que oprimían la carne con fuerza. Con toda la que le dió el miedo sacudió el brazo para librarse de aquella prisión, mientras seguía gritando:

—Petra! luz! quién está aquí?

Las tenazas no soltaron la presa; siguieron su movimiento y Ana sintió un peso, y oyó el estrépito de cristales que se quebraban en el pavimento al caer en compañía de otros objetos, resonantes al chocar con el piso. No se atrevía á coger con la otra mano las tenazas que la oprimían, y no se libraba de ellas aunque seguía sacudiendo el brazo. Buscó la puerta, tropezó mil veces; ya sin tino, todo lo echaba á tierra; sonaba sin cesar el ruido de algo que se quebraba ó rodaba con estrépito por el suelo. Llegó Petra con luz.

—Señora! señora! ¿qué es esto? ¡Ladrones!

—No, calla! Ven acá, quítame esto que me oprime como unas tenazas.

Ana estaba roja de vergüenza y de ira. Sentía una indignación tan grande como la cólera de Aquiles, el hijo de Peleo.



Petra intentó arrancar el brazo de su ama de aquella trampa en que había caído.

Era una máquina que, según Frigilis y Quintanar,

sus inventores, serviría para coger zorros en los gallineros en cuanto acabasen ellos de vencer cierta dificultad de mecánica que retardaba la aplicación del artefacto.

Era necesario que el hocico del animal tocara en un punto determinado; si tocaba, inmediatamente caía sobre su cabeza una barra metálica y otra idéntica le sujetaba por debajo de la quijada inferior. La fuerza del resorte no era suficiente para matar al ladrón de corral, pero sí para detenerlo, merced á ciertos ganchos incruentos sabiamente preparados. Ni Frigilis ni Quintanar querían sangre; no pretendían más que tener bien sujeto al delincuente cogido infraganti. Si estos inventores no hubieran sabido armonizar los intereses de la industria con los estatutos de la sociedad protectora de animales, lo hubiera pasado mal aquella noche la Regenta. Por fortuna, Quintanar era correccionalista; quería la enmienda del culpable, pero no su destrucción. Los zorros que él cazara, sobrevivirían. No faltaba, para que la máquina fuese perfecta, más que esto: que los ladrones de gallinas viniesen á tropezar con el botón del resorte endiablado, como había tropezado aquella señora.

Ni Petra ni su ama conocían el uso de aquel artefacto que tuvieron que destrozar—y buenos sudores les costó—para separarlo del brazo que magullaba.

Petra contenía la risa á duras penas. Se contentó con decir:

—Qué *estropicio*!—apuntando á los pedazos de loza, cristal, y otras materias incalificables que yacían sobre el piso.

—Si hubiera sido yo, me despedía don Víctor... ¡Ay, señora! si ha roto Vd. tres de esos tiestos nuevos... ¡y el cuadro de las mariposas se ha hecho pedacitos! y se ha roto una vitrina del herbario! y...

—Basta! deja esa luz ahí, vete—interrumpió la Regenta.

Petra insistió gozándose en la disimulada cólera de su ama.

—¿Quiere Vd. que traiga árnica, señora? Mire Vd., tiene el brazo amoratado... ya lo creo... apenas mordería con fuerza ese demonio de guillotina... pero, ¿qué será eso? ¿Vd. lo sabe?

—Yo... no... no; déjame. Traeme un poco de agua.

—Ya lo creo; y tila, si está Vd. pálida como una muerta. ¿Pero por qué andaba Vd. á oscuras, señora? ¡Qué susto! pero qué susto!... ¿Qué demonches de diablura será eso? Pues para cazar gorrones no es... Y lo hemos roto... mire Vd... pero no hubo remedio.

Petra salió, volviendo con árnica que no quiso aplicarse la Regenta; después vino con tila, recogió los restos de los cachivaches y los puso sobre mesas y armarios como si fueran reliquias santas. Sentía un júbilo singular viendo aquella ruina de objetos que ella tenía que considerar como vasos sagrados de un culto desconocido.

—¡Si hubiera sido yo!—repetía entre dientes, al juntar los últimos pedazos, puesta en cucullas.

Gozaba con delicia de aquella catástrofe, desde el punto de vista de su irresponsabilidad.

Ana bajó á la huerta, olvidada ya de la carta que quería escribir. Le dolía el brazo. Le dolía con el escorzor moral de las bofetadas que deshonran. Le parecía una vergüenza y una degradación ridícula todo aquello. Estaba furiosa. «¡Su don Víctor! Aquel idiota! Sí, idiota; en aquel momento no se volvía atrás. ¡Qué diría Petra para sus adentros! ¿Qué marido era aquel que cazaba con trampa á su esposa?» Miró á la luna y se le figuró que le hacía muecas burlándose de su aventura. Los árboles seguían hablándose al oído, murmurando con todas las hojas; comentaban con irónica sonrisilla el lance de la guillotina, como decía Petra.

«Qué hermosa noche! Pero ¿quién era ella para admirar la noche serena? ¿Qué tenía que ver toda aquella poesía melancólica de cielo y tierra con lo que le sucedía á ella?»

»Si pensaría Quintanar que una mujer es de hierro y puede resistir, sin caer en la tentación, manías de un marido que inventa máquinas absurdas para magullar los brazos de su esposa. Su marido era botánico, ornitólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de comedias, cómico, jurisconsulto; todo menos un marido. Quería más á Frígilis que á su mujer. ¿Y quién era Frígilis? Un loco; simpático años atrás, pero ahora completamente *ido*, intratable; un hombre que tenía la manía de la aclimatación, que todo lo quería armonizar, mezclar y confundir; que ingertaba perales en manzanos y creía que todo era uno y lo mismo, y pretendía que el caso era «adaptarse al medio.» Un hombre que había llegado en su orgía de disparates á inger-tar gallos ingleses en gallos españoles: ¡lo había visto ella! Unos pobrecitos animales con la cresta despedazada, y encima, sujeto con trapos un muñón de carne cruda, sanguinolenta ¡qué asco! Aquel Herodes era el Pilades de su marido. Y hacía tres años que ella vivía entre aquel par de sonámbulos, sin más relaciones íntimas. Bastaba, bastaba, no podía más; aquello era la gota de agua que hace desbordar... ¡caer en una trampa que un marido coloca en su despacho como si fuera el monte! ¡no era esto el colmo de lo ridículo!»

La exageración de aquel sentimiento de cólera injustísima, pueril, la hizo notar su error. «¡Ella sí que era ridícula! Irritarse de aquel modo por un incidente vulgar, insignificante!» Y volvió contra sí todo el desprecio. «¿Qué culpa tiene él de que yo éntre á deshora, sin luz en su despacho? ¿Qué motivo racional de queja tenía ella? Ninguno. Oh! no había pretexto, no había pretexto para la ingratitud...»

«Pero no importaba; ella se moría de hastío. Tenía veintisiete años, la juventud huía; veintisiete años de mujer eran la puerta de la vejez á que ya estaba llamando... y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos, que son el asunto de comedias, novelas y hasta de la historia. El amor es lo único que vale la pena de vivir, había ella oído y leído muchas veces. Pero ¿qué amor? ¿dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía. Y recordaba entre avergonzada y furiosa que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo; sí, sí, ¿para qué ocultárselo á sí misma si á veces se lo estaba diciendo el recuerdo?: la primer noche, al despertar en su lecho de esposa, sintió junto á sí la respiración de un magistrado; le pareció un despropósito y una desfachatez que ya que estaba allí dentro el señor Quintanar, no estuviera con su levita larga de tricot y su pantalón negro de castor; recordaba que las delicias materiales, irremediables, la avergonzaban, y se reían de ella al mismo tiempo que la aturdían: el gozar sin querer junto á aquel hombre le sonaba como la frase del miércoles de ceniza *¡quia pulvis es!* eres polvo, eres materia... pero al mismo tiempo se aclaraba el sentido de todo aquello que había leído en sus mitologías, de lo que había oído á criados y pastores murmurar con malicia... ¡Lo que aquello era y lo que podía haber sido!... Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína... Recordaba también las palabras de envidia, las miradas de curiosidad de doña Águeda (q. e. p. d.) en los primeros días del matrimonio; recordaba que ella, que jamás decía palabras irrespetuosas á sus tías, había tenido que esforzarse, para no gritar: «¡Idiota!» al ver á su tía mirarla así. Y aquello continuaba, aquello se había sufrido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez y luego en Valladolid. Y ni siquiera

la compadecían. Nada de hijos. Don Víctor no era pesado, eso es verdad. Se había cansado pronto de hacer el galán y paulatinamente había pasado al papel de barba que le sentaba mejor. ¡Oh, y lo que es como un padre se había hecho querer, eso sí!; no podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera y ella misma, ella le buscaba los besos en la boca; le remordía la conciencia de no quererle como marido, de no desear sus caricias; y además tenía miedo á los sentidos excitados en vano. De todo aquello resultaba una gran injusticia no sabía de quién, un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos; era un dolor vergonzoso, como las enfermedades que ella había visto en Madrid anunciadas en faroles verdes y encarnados. ¿Cómo había de confesar aquello, sobre todo así, como lo pensaba? y otra cosa no era confesarlo.»

«Y la juventud huía, como aquellas nubecillas de plata rizada que pasaban con alas rápidas delante de la luna... ahora estaban plateadas, pero corrían, volaban, se alejaban de aquel baño de luz argentina y caían en las tinieblas que eran la vejez, la vejez triste, sin esperanzas de amor. Detrás de los vellones de plata que, como bandadas de aves cruzaban el cielo, venía una gran nube negra que llegaba hasta el horizonte. Las imágenes entonces se invirtieron; Ana vió que la luna era la que corría á caer en aquella sima de oscuridad, á extinguir su luz en aquel mar de tinieblas.»

«Lo mismo era ella; como la luna, corría solitaria por el mundo á abismarse en la vejez, en la oscuridad del alma, sin amor, sin esperanza de él... oh, no, no, eso no!»

Sentía en las entrañas gritos de protesta, que le parecía que reclamaban con suprema elocuencia, inspirados por la justicia, derechos de la carne, derechos de la hermosura. Y la luna seguía corriendo, como

despeñada, á caer en el abismo de la nube negra que la tragaría como un mar de betún. Ana, casi delirante, veía su destino en aquellas apariencias nocturnas del cielo, y la luna era ella, y la nube la vejez, la vejez terrible, sin esperanza de ser amada. Tendió las manos al cielo, corrió por los senderos del *Parque*, como si quisiera volar y torcer el curso del astro eternamente romántico. Pero la luna se anegó en los vapores espesos de la atmósfera y Vetusta quedó envuelta en la sombra. La silueta de la catedral, que á la luz de la clara noche se destacaba con su espiritual contorno, transparentando el cielo con sus encajes de piedra, rodeada de estrellas, como la Virgen en los cuadros, en la oscuridad ya no fué más que un fantasma puntiagudo; más sombra en la sombra.

Ana, lánguida, desmayado el ánimo, apoyó la cabeza en las rejas frías de la gran puerta de hierro que era la entrada del *Parque* por la calle de Tras-la-cerca. Así estuvo mucho tiempo, mirando las tinieblas de fuera, abstraída en su dolor, sueltas las riendas de la voluntad, como las del pensamiento que iba y venía, sin saber por dónde, á merced de impulsos de que no tenía conciencia.

Casi tocando con la frente de Ana, metida entre dos rejas, pasó un bulto por la calle solitaria pegado á la pared del *Parque*.

«¡Es él!» pensó la Regenta que conoció á don Alvaro, aunque la aparición fué momentánea; y retrocedió asustada. Dudaba si había pasado por la calle ó por su cerebro.

Era don Alvaro en efecto. Estaba en el teatro, pero en un entreacto se le ocurrió salir á satisfacer una curiosidad intensa que había sentido. «Si por casualidad estuviese en el balcón... No estará, es casi seguro, pero ¿si estuviese?» No tenía él la vida llena de felices accidentes de este género? ¿no debía á la buena suerte,

á la *chance* que decía don Alvaro, gran parte de sus triunfos? ¡Yo y la ocasión! era una de sus divisas. Oh! si la veía, la hablaba, le decía que sin ella yo no podía vivir, que venía á rondar su casa como un enamorado de veinte años platónico y romántico, que se contentaba con ver por fuera aquel paraíso... Sí, todas estas sandeces le diría con la elocuencia que ya se le ocurriría á su debido tiempo. El caso era que, por casualidad, estuviese en el balcón. Salió del teatro, subió por la calle de Roma, atravesó la Plaza del Pan y entró en la del Águila. Al llegar á la Plaza Nueva se detuvo, miró desde lejos á la rinconada... no había nadie al balcón... Ya lo suponía él. No siempre salen bien las corazonadas. No importaba... Dió algunos paseos por la plaza, desierta á tales horas... Nadie; no se asomaba ni un gato. «Una vez allí ¿por qué no continuar el cerco romántico?» Se reía de sí mismo. Cuántos años tenía que remontar en la historia de sus amores para encontrar paseos de aquella índole!— Sin embargo de la risa, sin temor al barro que debía de haber en la calle de Tras-la-cerca, que no estaba empedrada, se metió por un arco de la Plaza Nueva, entró en un callejón, después en otro y llegó al cabo á la calle á que daba la puerta del *Parque*. Allí no había casas, ni aceras, ni faroles; era una calle porque la llamaban así, pero consistía en un camino maltrecho, de piso desigual y fangoso entre dos paredones, uno de la Cárcel y otro de la huerta de los Ozores. Al acercarse á la puerta, pegado á la pared, por huir del fango, Mesía creyó sentir la corazonada verdadera, la que él llamaba así, porque era como una adivinación instantánea, una especie de doble vista. Sus mayores triunfos de todos géneros habían venido así, con la corazonada verdadera, sintiendo él de repente, poco antes de la victoria, un valor insólito, una seguridad absoluta; latidos en las sienes, sangre en las mejillas,

angustia en la garganta... Se paró. «Estaba allí la Regenta, allí en el Parque, se lo decía aquello que estaba sintiendo... ¿Qué haría si el corazón no le engañaba? Lo de siempre en tales casos; ¡jugar el todo por el todo! Pedirla de rodillas sobre el lodo, que abriera; y si se negaba, saltar la verja, aunque era poco menos que imposible; pero, sí, la saltaría. ¡Si volviera á salir la luna! No, no saldría; la nube era inmensa y muy espesa; tardaría media hora la claridad.»

Llegó á la verja; él vió á la Regenta primero que ella á él. La conoció, la adivinó antes.

«—Es tuya! — le gritó el demonio de la seducción;— te adora, te espera.»

Pero no pudo hablar, no pudo detenerse. Tuvo miedo á su víctima. La superstición vetustense respecto de la virtud de Ana la sintió él en sí; aquella virtud, como el Cid, ahuyentaba al enemigo después de muerta acaso; él huir, ¡lo que nunca había hecho! tenía miedo... ¡la primera vez!

Siguió: dió tres, cuatro pasos más sin resolverse á volver pié atrás, por más que el demonio de la seducción le sujetaba los brazos, le atraía hacia la puerta y se le burlaba con palabras de fuego al oído llamándole: «Cobarde, seductor de meretrices!... Atrévete, atrévete con la verdadera virtud; ahora ó nunca!...»

«—Ahora, ahora! — gritó Mesia con el único valor grande que tenía;— y ya á diez pasos de la verja volvió atrás furioso, gritando:

— Ana! Ana!

Le contestó el silencio. En la oscuridad del Parque no vió más que las sombras de los eucaliptus, acacias y castaños de Indias, y allá á lo lejos, como una pirámide negra la silueta de la *Washingtonia*, el único amor de Frigilis, que la plantó y vió crecer sus hojas, su tronco, sus ramas.

Esperó en vano.



— Ana, Ana — volvió á decir quedo, muy quedo; — pero sólo le contestaban las hojas secas, arrastradas por el viento suave sobre la arena de los senderos.

Ana había huído. Al ver tan cerca aquella tentación que amaba, tuvo pavor, el pánico de la honradez, y corrió á esconderse en su alcoba, cerrando puertas tras de sí, como si aquel libertino osado pudiera seguirla, atravesando la muralla del *Parque*. Sí, sentía ella que don Alvaro se infiltraba, se infiltraba en las almas, se filtraba por las piedras; en aquella casa todo se iba llenando de él, temía verle aparecer de pronto, como ante la verja del *Parque*.

«¿Será el demonio quien hace que sucedan estas casualidades?» pensó seriamente Ana, que no era supersticiosa.

Tenía miedo; veía su virtud y su casa bloqueadas, y acababa de ver al enemigo asomar por una brecha. Si la proximidad del crimen había despertado el instinto de la inveterada honradez, la proximidad del amor había dejado un perfume en el alma de la Regenta que empezaba á manifestarse.

«¡Qué fácil era el crimen! Aquella puerta... la noche... la oscuridad... Todo se volvía cómplices. Pero ella resistiría. Oh! sí! aquella tentación fuerte, prometiéndole encantos, placeres desconocidos, era un enemigo digno de ella. Prefería luchar así. La lucha vulgar de la vida ordinaria, la batalla de todas las ideas con el hastio, el ridículo, la prosa, la fatigaban; era una guerra en un subterráneo entre fango. Pero luchar con un hombre hermoso, que acecha, que se aparece como un conjuro ó un pensamiento; que llama desde la sombra; que tiene como una aureola, un perfume de amor... esto era algo, esto era digno de ella. Lucharía.

Don Víctor volvió del teatro y se dirigió al gabinete

de su mujer. Ana se le arrojó á los brazos, le ciñó con los suyos la cabeza y lloró abundantemente sobre las solapas de la levita de tricót.



La crisis nerviosa se resolvía, como la noche anterior, en lágrimas, en ímpetus de piadosos propósitos de fidelidad conyugal. Su don Víctor, á pesar de las máquinas infernales, era el deber; y el Magistral sería la égida que la salvaría de todos los golpes de la tentación formidable.

Pero Quintanar no estaba enterado. Venía del teatro muerto de sueño— ¡no había dormido la noche anterior!—y lleno de entusiasmo lírico - dramático. Francamente, aquellos en-

ternecimientos periódicos le parecían excesivos y molestos á la larga. «¿Qué diablos tenía su mujer?»

—Pero, hija, ¿qué te pasa? tú estás mala...

—No, Víctor, no; déjame, déjame por Dios ser así. ¿No sabes que soy nerviosa? Necesito esto, necesito quererte mucho y acariciarte... y que tú me quieras también así.

—Alma mía, con mil amores!... pero... esto no es natural, quiero decir... está muy en orden, pero á estas horas... es decir... á estas alturas... vamos... que... Y si hubiéramos venido... se explicaría mejor... pero así, sin más ni más... Yo te quiero infinito, ya lo sabes; pero tú estás mala y por eso te pones así; sí, hija mía, estos extremos...

—No son extremos, Quintanar—dijo Ana sollozando

y haciendo esfuerzos supremos para idealizar á don Víctor que traía el lazo de la corbata debajo de una oreja.

— Bien, vida mía, no serán ; pero tú estás mala. Ayer amagó el ataque, te pusiste nerviosilla... hoy ya ves cómo estás... Tú tienes algo.

Ana movió la cabeza negando.

— Sí, hija mía ; hemos hablado de eso en el palco la Marquesa, don Robustiano y yo. El doctor opina que la vida que llevas no es sana, que necesitas dar variedad á la actividad cerebral y hacer ejercicio ; es decir, distracciones y paseos. La marquesa dice que eres demasiado formal, demasiado buena, que necesitas un poco de aire libre, ir y venir... y yo, por último, opino lo mismo, y estoy resuelto — esto lo dijo con mucha energía — estoy resuelto á que termine la vida de aislamiento. Parece que todo te aburre ; tú vives allá en tus sueños... Basta, hija mía, basta de soñar. ¿ Te acuerdas de lo que te pasó en Granada ? Meses enteros estuviste sin querer teatros, ni visitas, ni más que escapadas á la Alhambra y al Generalife ; y allí leyendo y papando moscas te pasabas las horas muertas. Resultado : que enfermaste y si no me trasladan á Valladolid, te me mueres. Y en Valladolid ? Recobraste la salud gracias á la fuerza de los alimentos, pero la melancolía mal disimulada seguía, los nervios erre que erre... Volvemos á Vetusta, casi pasando por encima de la ley, y nos coge el luto de tu pobre tía Águeda que se fué á juntar con la otra, y con ese pretexto te encierras en este caserón y no hay quien te saque al sol en un año. Leer y trabajar como si estuvieras á destajo... No me interrumpas ; ya sabes que riño pocas veces ; pero ya que ha llegado la ocasión, he de decirlo todo ; eso es, todo. Frígilijs me lo repite sin cesar : « Anita no es feliz. »

— ¿ Qué sabe él ?

—Bien sabes que él te quiere, que es nuestro mejor amigo.

—Pero ¿por qué dice que no soy feliz? ¿En qué lo conoce?...

—No lo sé; yo no lo había notado, lo confieso, pero ya me voy inclinando á su parecer. Estas escenas nocturnas...

—Son los nervios, Quintanar.

—Pues guerra á los nervios ¡caracoles!

—Sí...

—Nada; fallo: que debo condenar y condeno esta vida que haces, y desde mañana mismo otra nueva. Iremos á todas partes y, si me apuras, le mando á Paco ó al mismísimo Mesía, el Tenorio, el simpático Tenorio, que te enamoren.

—¡Qué atrocidad!..

—¡Programa!—gritó don Víctor:—al teatro dos veces á la semana por lo menos; á la tertulia de la Marquesa cada cinco ó seis días, al Espolón todas las tardes que haga bueno; á las reuniones de confianza del Casino en cuanto se inauguren este año; á las meriendas de la Marquesa, á las excursiones de la *high life* vetustense, y á la catedral cuando predique don Fermín y repiquen gordo. ¡Ah! y por el verano á Palomares, á bañarse y á vestir batas anchas que dejen entrar el aire del mar hasta el cuerpo... ea, ya sabes tu vida. Y esto no es un programa de gobierno, sino que se cumplirá en todas sus partes. La Marquesa, don Robustiano y Paquito me han prometido ayudarme, y Visitación, que estaba en la platea de Páez, también me dijo que contara con ella para sacarte de tus casillas... Sí, señora, saldremos de nuestras casillas. No quiero más nervios, no quiero que Frígilis diga que no eres feliz...

—¿Qué sabe él?

—Ni quiero llantos que me quitan á mí el sueño.

Cuando lloras sin saber por qué, hija mía, me entra una comezón, un miedo supersticioso... Se me figura que anuncias una desgracia.

Ana tembló, como sintiendo escalofríos.

—¿ Ves? tiemblas; á la cama, á la cama, angel mío; todos á la cama; yo me estoy cayendo.

Bostezó don Víctor y salió del gabinete después de depositar un casto beso en la frente de su mujer.

Entró en su despacho. Estaba de mal humor. «Aque-lla enfermedad misteriosa de Ana—porque era una enfermedad, estaba seguro—le preocupaba y le molestaba. No estaba él para templar gaitas; los nervios le eran antipáticos; estas penas sin causa conocida no le inspiraban compasión, le irritaban, le parecían mimos de enfermo; él quería mucho á su mujer, pero á los nervios les aborrecía... Además en el teatro había tenido una discusión acalorada: un majadero, un sietemesino que estudiaba en Madrid, había dicho que el teatro de Lope y de Calderón no debía imitarse en nuestros días, que en las tablas era poco natural el verso, que para los dramas de la época era mejor la prosa. ¡Imbécil! ¡que el verso es poco natural! Cuando lo natural sería que todos, sin distinción de clases, al vernos ultrajados prorrumpiéramos en quintillas sonoras! La poesía será siempre el lenguaje del entusiasmo, como dice el ilustre Jovellanos. Figurémonos que yo me llamo Benavides y que Carvajal quiere quitarme la honra

á oscuras, como el ladrón
de infame merecimiento;

pues ¿dónde habrá cosa más natural que incomodarme yo, y exclamation con Tirso de Molina (representando):

Á satisfacer la fama
que me habéis hurtado vengo:

mi agravio es león que brama;
un león por armas tengo,
y Benavides se llama.
De vuestros torpes amores
dará venganza á mi enojo,
mostrando á mis sucesores
la nobleza de un león rojo
en sangre de dos traidores...»

Don Víctor se fijó en un velador, que era Carvajal y ya iba á concederle la palabra, para que dijese en són de disculpa :

Desde que sois mi cuñado
ni de palabras me afrento..., etc.,

cuando vió con espanto sobre el mueble los restos de su herbario, de sus tiestos, de su colección de mariposas, de una docena de aparatos delicados que le servían en sus variadas industrias de fabricante de jaulas y grilleras, artista en marquetería, coleccionador entomólogo y botánico, y otras no menos respetables.

—¡Dios mío ! ¡ qué es esto !—gritó en prosa culta—
¿quién ha causado esta devastación...? ¡ Petra ! ¡ Anselmo !—y se colgó del cordón de la campanilla.

Entró Petra sonriente.

—¿ Qué ha sido esto ?

—Señor, yo no he sido... Habrán entrado los gatos.

—¡ Cómo los gatos ! ¿ Por quién se me toma á mí ?

Don Víctor alborotaba pocas veces ; pero si se tocaba á los cacharros de su museo, como él llamaba aquella exposición permanente de manías, se transformaba en un Segismundo. En efecto, sin darse cuenta de ello, comenzó á parodiár á Perales á quien acababa de ver dando patadas en la escena y gritando como un energúmeno.

—¡ Á ver, Anselmo ! que venga Anselmo que le voy

á tirar por el balcón si no me explica esto.

Anselmo compareció. Tampoco había sido él.

En medio de su cólera vió Quintanar en un rincón la trampa de los zorros, despedazada, inservible.

—¡Esto más! ¡Vive Dios! Yo que iba á dar en cara á Frigilis... ¡Pero, señor, quién anduvo aquí!

Acudió Ana, porque llegó á su cuarto el ruido.

Lo explicó todo.

—Pero tú, Petra—añadió—¿por qué no le has dicho la verdad al señor?

—Señora, yo... no sabía si debía...

—¿Si debías qué?—preguntó don Víctor con expresión de no comprender.

—Sí debía...

—Al amo no hay que ocultarle nunca nada—dijo la Regenta clavando los ojos altaneros en la criada.

Petra sonrió torciendo la boca, y bajó la cabeza.

Don Víctor miraba á todos con entrecejo de estupidez pasajera.

Se quedó solo en su despacho meditando sobre las ruinas de sus inventos, máquinas y colecciones.

«—¡Dios mío! ¡si estará loca la pobrecita!—decía entre suspiros Quintanar, con las manos en la cabeza. Se acostó decidido á consultar seriamente *lo* de su mujer.

Pronto descansaban todos en la casa, menos Petra que en medio de un pasillo, con una palmatoria en la mano, espiaba el silencio del hogar honrado con miradas cargadas de preguntas.

«Había visto ella muchas cosas en su vida de servidumbre... En aquella casa iba á pasar algo. ¿Qué habría hecho la señora en la huerta? ¿No se le había figurado á ella oír allá, hacia la puerta del *Parque*, una voz?... Sería aprensión... pero... algo, algo había allí. ¿Qué papel la reservarían? ¿Contarían con ella? ¡Ay de ellos si no!»

Y con una delicia morbosa, la rubia lúbrica olfateaba la deshonra de aquel hogar, oyendo á lo lejos los ronquidos de Anselmo; «otro estúpido que jamás había venido á buscarla en el secreto de la noche»...





XI

EL Magistral era gran madrugador. Su vida llena de ocupaciones de muy distinto género, no le dejaba libre para el estudio más que las horas primeras del día y las más altas de la noche. Dormía muy poco. Su doble misión de hombre de gobierno en la diócesis y sabio de la catedral le imponía un trabajo abrumador; además, era un clérigo de mundo; recibía y devolvía muchas visitas, y este cuidado, uno de los más fastidiosos, pero de los más importantes, le robaba mucho tiempo. Por la mañana estudiaba filosofía y teología, leía las revistas científicas de los jesuitas, y escribía sus sermones y otros

trabajos literarios. Preparaba una *Historia de la Diócesis de Vetusta*, obra seria, original, que daría mucha luz á ciertos puntos oscuros de los anales eclesiásticos de España. De este libro, sin conocerlo, hablaba muy mal don Saturnino Bermúdez, cuando estaba un poco alegre, después de comer. Uno de sus secretos era, que «el Magistral merecía el nombre de sabio, pero no precisamente el de arqueólogo; nadie sirve para todo.»

Don Fermín escribía á la luz tenue y blanca del crepúsculo; la mañana estaba fresca; de vez en cuando, por vía de descanso, De Pas se entretenía en soplar los dedos. Meditaba. Tenía los piés envueltos en un mantón viejo de su madre. Cubriale la cabeza un gorro de terciopelo negro, raído; la sotana, bordada de zurcidos, pardeaba de puro vieja, y las mangas de la chaqueta que vestía debajo de la sotana relucían con el brillo triste del paño muy rozado. Aquel traje sórdido, que tal contraste mostraba con la elegancia, riqueza y pulcritud que ante el mundo lucía el Magistral, desaparecía concluido el trabajo, al aproximarse la hora de las visitas probables. Entonces vestía don Fermín un cómodo, flamante y bien cortado balandrán, y en un rincón de la alcoba se escondía las zapatillas de orillo y el gorro con mugre; el zapato que admiraba Bismarck, el delantero, y el solideo que brillaba como un sol negro, ocupaban los respectivos extremos del importante personaje.

En su despacho sólo recibía á los que quería deslumbrar por sabio; en Vetusta y toda su provincia la sabiduría no deslumbraba á casi nadie, y así la mayor parte de las visitas pasaban al salón inmediato.

Pocos podían jactarse de conocer la casa del Provisor de arriba abajo; casi nadie había visto más que el vestíbulo, la escalera, un pasillo, la antesala, y el salón de cortinaje verde y sillería con funda de tela gris; y aun

el salón medio se veía porque estaba poco menos que á oscuras.

Uno de los argumentos que empleaban los que defendían la honradez del Provisor, consistía en recordar la modestia de su ajuar y de su vida doméstica.

Justamente se había hablado de esto la tarde anterior en el Espolón, en un corrillo de murmuradores, clérigos unos, seglares otros.

—Entre su madre y él, puede que no gasten doce mil reales al año—decía muy serio Ripamilán, el venerable Arcipreste.—Él viste bien, eso sí, con elegancia, hasta con lujo, pero conserva mucho tiempo la ropa, la cuida, la cepilla bien, y esta partida del presupuesto viene á ser insignificante. Recuerden Vds., señores, lo que nos duraba un sombrero de teja en los ominosos tiempos en que no nos pagaba el Gobierno. Y en lo demás, ¿qué gastan? Doña Paula con su hábito negro de Santa Rita, total estameña, su mantón apretado á la espalda, y su pañuelo de seda para la cabeza, bien pegado á las sienes, ya está vestida para todo el año. ¿Y comer? Yo no les he visto comer, pero todo se sabe; el catedrático de Psicología, Lógica y Ética, que saben Vds. que es muy amigo mío, aunque partidario de no sé qué endiablada escuela escocesa, y que se pasa la vida en el mercado cubierto, como si aquello fuese la Etoa ó la Academia, pues ese filósofo dice que jamás ha visto á la criada del Provisor comprar salmón, y besugo sólo cuando está barato, muy barato. Pues ¿y la casa? La casa, todos Vds. lo saben, es una cabaña limpia, es la casa de un verdadero sacerdote de Jesús. Lo mejor es lo que conocemos todos, el salón; y válgate Dios por salón! Á la moda del rey que rabió: solemne, pulcro, eso sí; ¡pero qué de trampas tapa aquella oscuridad! ¿Quién nos dice que las sillas de damasco verde no tienen abiertas las entrañas? ¿Las han visto Vds. alguna vez sin funda? ¿Y la con-

sola panzuda, antiquísima, de un dorado que fué, con su reloj de música sin música y sin cuerda? Señores, no se me diga: el Magistral es pobre y cuanto se murmura de cohechos y simonías es infame calumnia.

—Todo eso es verdad—contestó Foja, el ex-alcalde usurero, que estaba presente siempre en conversaciones de este género. Parecía ubicuo para murmurar. —No se puede negar que viven como miserables, pero lo mismo hace el señor Carraspique y ese es millonario. Los avaros siempre son los más ricos. Para tener dinero, tenerlo. Doña Paula esconde su gato, ¡un gatazo! ¿Y las casas que compra el Magistral por esos pueblos? ¿Y las fincas que ha adquirido doña Paula en Matale-rejo, en Toraces, en Cañedo, en Somieda? ¿Y las acciones del Banco?

—¡Calumnia, pura calumnia! Vd. no ha visto las escrituras; Vd. no ha visto las pólizas; Vd. no ha visto nada...

—Pero sé quien lo ha visto.

—¿Quién?

—El mundo entero!—gritó don Santos Barinaga, que siempre acudía á maldecir de su mortal enemigo el Provisor.—El mundo entero!... Yo... yo... ¡Si yo hablara!... pero ya hablaré!

—Bah, bah, bah, don Santos; Vd. no puede ser juez ni testigo en este proceso.

—¿Por qué?

—Porque Vd. aborrece al Magistral.

—Claro que sí...—Y enseñaba los puños apretados. —Y ya me las pagará!

—Pero Vd. le aborrece por aquello de «¿quién es tu enemigo? El de tu oficio.» Vd. vende objetos del culto: cálices, patenas, vinajeras, lámparas, sagrarios, casullas, cera y hasta hostias...

—Sí señor; y á mucha honra, señor Arcipreste.

—Hombre, eso ya lo sé; pero Vd. vende eso y...

—Hola ! hola !—interrumpió Foja.—Preciosa confesión ! Dato precioso ! Don Cayetano confiesa que don Santos y don Fermín son enemigos porque son del mismo oficio. Luego reconoce el eminente Ripamilán que es cierto lo que dice el mundo entero : que, contra las leyes divinas y humanas, el Magistral es comerciante, es el dueño, el verdadero dueño de *La Cruz Roja*, el bazar de artículos de iglesia, al que por fas ó por nefas todos los curas de todas las parroquias del obispado han de venir *velis nolis* á comprar lo que necesitan y lo que no necesitan.

—Permítame Vd., señor Foja ó señor diablo...

—Y el vulgo, es claro, es malicioso ; y como da la pícara casualidad de que *La Cruz Roja* ocupa los bajos de la casa contigua á la del Provisor ; y como da la pícarrísima casualidad de que sabemos todos que hay comunicación por los sótanos, entre casa y casa...

—Hombre, no sea Vd. barullón ni embustero.

—Poco á poco, señor canónigo, yo no soy barullero, ni miento, ni soy oscurantista, ni admito ancas de nadie y menos de un cura.

—No será Vd. oscurantista, pero tiene la mollera á oscuras para todo lo que no sea picardía. ¿ Qué tiene que ver que al señor Barinaga, al bueno de don Santos, se le haya metido en la cabeza que su comercio de quincalla y cera va á menos por una competencia imaginaria que, según él, le hace el Provisor ? ¿ Qué tiene que ver eso, alma de cántaro, con que el bazar, como lo llama, de *La Cruz Roja*, tenga sótanos y el Magistral sea comerciante aunque lo prohiban los cánones y el Código de comercio ? Sea Vd. liberal, que eso no es ofender á Dios, pero no sea Vd. un boquirroto y mire más lo que dice.

—Oiga Vd., don Cayetano ; ni la edad, ni el ser aragonés, le dan á Vd. derecho para desvergonzarse...

—Poco ruido! Poco ruido! señor Fierabrás—repuso el canónigo terciando el manteo.

Es de advertir que el tono de broma en que estas palabras fuertes se decían les quitaba toda gravedad y aire de ofensa. En Vetusta el buen humor consiste en soltarse pullas y *frescas* todo el año, como en perpetuo carnaval, y el que se enfada desentona y se le tiene por mal educado.

—Es que yo—gritó el ex-alcalde—mato un canónigo como un mosquito...

—Ya lo supongo; con alguna calumnia. Venga usted acá, viborezno libre-pensador, Voltaire de monterilla, Lutero con cascabeles, según ese disparatado modo de pensar que usa vucencia, también se podrá asegurar lo que dice el vulgo de los préstamos del Magistral al veinte por ciento.

—*Non capisco*—respondió el ex-alcalde, que sabía italiano de óperas.

—Sí me entiende Vd., pero hablaré más claro. ¿No es Vd. otro libelo infamatorio con lengua y piés—que viera yo cortados—de los muchos que sacrifican la honra del Magistral? Pues si don Santos le maldice porque le roba los parroquianos de su tienda de quincalla, usted le aborrecerá por lo de la usura; ¿quién es tu enemigo?

—Poco á poco, señor Ripamilán, que se me sube el humo á las narices.

—Dirá Vd. que se le baja, porque lo tiene Vd. en lugar de sesos.

—Me ha llamado Vd. usurero!

—Eso; clarito.

—Yo empleo mi capital honradamente, y ayudo al empresario, al trabajador; soy uno de los agentes de la industria y recojo la natural ganancia... Estas son habas contadas; y si estos curas de misa y olla que ahora se usan, supieran algo de algo, sabrían que la

Economía Política me autoriza para cobrar el anticipo, el riesgo y, cuando hay caso, la prima del seguro...

—Del seguro se va Vd., señor economista cascacielas...

—Yo contribuyo á la circulación de la riqueza...

—Como una esponja á la circulación del agua...

—Y los curas son los zánganos de la colmena social...

—Hombre, si á zánganos vamos...

—Los curas son los mostrencos...

—Si á mostrencos vamos, conocía yo un alcaldito en tiempos de la *Gloriosa*...

—¿Qué tiene Vd. que decir de la *Gloriosa*? Me parece que la Revolución le hizo á Vd. Ilustrísimo Señor...

—¡Hizo un cuerno! Me hicieron mis méritos, mis trabajos, mis... ¡seor ciruelo!

—Déjese Vd. de insultos y explique por qué he de ser yo enemigo personal del Provisor. ¿Reparto yo dinero por las aldeas al treinta por ciento? Y el dinero que yo presto ¿procede de capellanías cuyo soy el depositario sin facultades para lucrar con el interés del depósito? ¿Mis rentas proceden de los cristianos bobalicones que tienen algo que ver con la curia eclesiástica? ¿Robo yo en esos montes de Toledo que se llaman *Palacio*?

—De manera, que si Vd. empieza á disparatar y á pasarse á mayores, yo le dejo con la palabra en la boca...

—Con Vd. no va nada, don Cayetano ó don Fuguillas; Vd. podrá ser un viejecito verde, pero no es un... un Magistral... un Provisor... un Candelas eclesiástico.

Todos los presentes, menos don Santos, convinieron en que aquello era demasiado fuerte:

—¡Hombre, un Candelas!...

Don Santos Barinaga gritó:

—No señores, no es un Candelas, porque aquel espejo de ladrones caballerosos era muy generoso, y robaba con exposición de la vida.

Además, robaba á los ricos y daba á los pobres.

—Sí, desnudaba á un santo para vestir á otro.

—Pues el Provisor desnuda á todos los santos para vestirse él. Es un pillo, á fe de Barinaga, un pillo que ya sé yo de qué muerte va á morir.

Barinaga olía á aguardiente. Era el olor de su bilis.

Don Cayetano se encogió de hombros y dió media vuelta. Y mientras se alejaba iba diciendo:

—Y estos son los liberales que quieren hacernos felices... Y ahora rabian porque no les dejan decir esas picardías en los periódicos...

Conversaciones de este género las había á diario en Vetusta; en el paseo, en las calles, en el Casino, hasta en la sacristía de la Catedral.

De Pas sabía todo lo que se murmuraba. Tenía varios espías, verdaderos esbirros de sotana. El más activo, perspicaz y disimulado, era el segundo organista de la catedral, que ya había sido delator en el seminario. Entonces iba al paraíso del teatro á sorprender á los aprendices de cura aficionados á Talía ó quien fuese. Era un presbítero joven, chato, favorito de la madre del Provisor doña Paula. Se apellidaba Campillo.

Á don Fermín no le importaba mucho lo que dijerán, pero quería saber lo que se murmuraba y á dónde llegaban las injurias.

No pensaba en tal cosa el Magistral aquella mañana fría de octubre, mientras se soplaba los dedos meditabundo.

Una cosa era lo que debiera estar pensando y otra lo que pensaba sin poder remediarlo. Quería buscar dentro de sí fervor religioso, acendrada fe, que necesitaba para inspirarse y escribir un párrafo sonoro,

rotundo, elocuente, con la fuerza de la convicción; pero la voluntad no obedecía y dejaba al pensamiento entretenerse con los recuerdos que le asediaban. La mano fina, aristocrática, trazaba rayitas paralelas en el margen de una cuartilla, después, encima, dibujaba otras rayitas, cruzando las primeras; y aquello semejaba una celosía. Detrás de la celosía se le figuró ver un manto negro y dos chispas detrás del manto, dos ojos que brillaban en la oscuridad. ¡Y si no hubiese más que los ojos!

—«¡Pero aquella voz! Aquella voz transformada por la emoción religiosa, por el pudor de la castidad que se desnuda sin remordimiento, pero no sin vergüenza ante un confesonario!...»

«¿Qué mujer era aquella? ¿Había en Vetusta aquel tesoro de gracias espirituales, aquella conquista reservada para la Iglesia, y él, el amo espiritual de la provincia, no lo había sabido antes?»

El pobre don Cayetano era hombre de algún talento para ciertas cosas, para lo formal, para las superficialidades de la vida mundana; pero ¿qué sabía él de dirigir un alma como la de aquella señora?

Don Fermín no perdonaba al Arcipreste el no haberle entregado mucho antes aquella joya que él, Ripamilán, no sabía apreciar en todo su valor. Y gracias que, por pereza, se había decidido á dejarle aquel tesoro.

Don Cayetano le había hablado con mucha seriedad de la Regenta.

—«Don Fermín—le había dicho—Vd. es el único que podrá entenderse con esta hija mía querida, que á mí iba á volverme loco si continuaba contándome sus aprensiones morales. Soy viejo ya para esos trotes. No la entiendo siquiera. Le preguntó si se acusa de alguna falta y dice que eso no. ¿Pues entonces? y sin embargo, dale que dale. En fin, yo no sirvo para estas

cosas. Á Vd. se la entrego. Ella, en cuanto le indiqué la conveniencia de confesar con Vd. aceptó, comprendiendo que yo no daba más de mí. No doy, no. Yo entiendo la religión y la moral á mi manera; una manera muy sencilla... muy sencilla... Me parece que la piedad no es un rompe-cabezas... En suma, Anita—ya sabe Vd. que ha escrito versos—es un poco romántica. Eso no quita que sea una santa; pero quiere traer á la religión el romanticismo, y yo ¡guarda, Pablo! no me encuentro con fuerzas para librarla de ese peligro. Á Vd. le será fácil.»

El Arcipreste se había acercado más al Provisor, y estirando el cuello, de puntillas, como pretendiendo, aunque en vano, hablarle al oído, había dicho después:

—«Ella ha visto visiones... pseudo-místicas... allá en Loreto... al llegar la edad... cosa de la sangre... al ser mujercita, cuando tuvo aquella fiebre y fuimos á buscarla su tía doña Anuncia y yo. Después... pasó aquello y se hizo literata... En fin, Vd. verá. No es una señora como estas de por aquí. Tiene mucho tesón; parece una malva, pero otra le queda; quiero decir, que se somete á todo, pero por dentro siempre protesta. Ella misma se me ha acusado de esto, que conocía que era orgullo. Aprensiones. No es orgullo; pero resulta de estas cosas que es desgraciada, aunque nadie lo sospeche. En fin, Vd. verá. Don Víctor es como Dios le hizo. No entiende de estos perfiles; hace lo que yo. Y como no hemos de buscarle un amante para que desahogue con él—aquí volvió á reir don Cayetano—lo mejor será que Vds. se entiendan.»

El Magistral al recordar este pasaje del discurso del Arcipreste se acordó también de que él se había puesto como una amapola.

«¡Lo mejor será que Vds. se entiendan!» En esta frase que don Cayetano había dicho sin asomos de

malicia, encontraba don Fermín motivo para meditar horas y horas.

Toda la noche había pensado en ello. Algún día ¿llegarían á entenderse? ¿Querría doña Ana abrirle de par en par el corazón?

El Magistral conocía una especie de Vetusta subterránea: era la ciudad oculta de las conciencias. Conocía el interior de todas las casas importantes y de todas las almas que podían servirle para algo. Sagaz como ningún vetustense, clérigo ó seglar, había sabido ir poco á poco atrayendo á su confesonario á los principales creyentes de la piadosa ciudad. Las damas de ciertas pretensiones habían llegado á considerar en el Magistral el único confesor de buen tono. Pero él escogía hijos é hijas de confesión. Tenía habilidad singular para desechar á los importunos sin desairarlos. Había llegado á confesar á quién quería y cuándo quería. Su memoria para los pecados ajenos era portentosa.

Hasta de los morosos que tardaban seis meses ó un año en acudir al tribunal de la penitencia, recordaba la vida y flaquezas. Relacionaba las confesiones de unos con las de otros, y poco á poco había ido haciendo el plano espiritual de Vetusta, de Vetusta la noble; desdeñaba á los plebeyos, si no eran ricos, poderosos, es decir, nobles á su manera. La *Encimada* era toda suya; la *Colonia* la iba conquistando poco á poco. Como los observatorios meteorológicos anuncian los ciclones, el Magistral hubiera podido anunciar muchas tempestades en Vetusta, dramas de familia, escándalos y aventuras de todo género. Sabía que la mujer devota, cuando no es muy discreta, al confesarse delata flaquezas de todos los suyos.

Así, el Magistral conocía los deslices, las manías, los vicios y hasta los crímenes á veces, de muchos señores vetustenses que no confesaban con él ó no confesaban con nadie.

Á más de un liberal de los que renegaban de la confesión auricular, hubiera podido decirle las veces que se había embriagado, el dinero que había perdido al juego, ó si tenía las manos sucias ó si maltrataba á su mujer, con otros secretos más íntimos. Muchas veces, en las casas donde era recibido como amigo de confianza, escuchaba en silencio las reyertas de familia, con los ojos discretamente clavados en el suelo; y mientras su gesto daba á entender que nada de aquello le importaba ni comprendía, acaso era el único que estaba en el secreto, el único que tenía el cabo de aquella madeja de discordia. En el fondo de su alma despreciaba á los vetustenses. «Era aquello un montón de basura.» Pero muy buen abono, por lo mismo: él lo empleaba en su huerto; todo aquel cieno que revolvió, le daba hermosos y abundantes frutos.

La Regenta se le presentaba ahora como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, bien suyo; ¿quién osaría disputárselo?

Recordaba minuto por minuto aquella hora—y algo más—de la confesión de la Regenta.

«¡Una hora larga!» El cabildo no hablaría de otra cosa aquella mañana cuando se juntaran, después del coro, los señores canónigos del tertulín.

Don Custodio, el beneficiado, había pasado la tarde anterior sobre espinas; primero con el cuidado de ver llegar á la Regenta, después espiondo la confesión, que duraba, duraba «escandalosamente.» Iba y venía, fingiendo ocupaciones, por la nave de la derecha y pasaba ya lejos, ya cerca de la capilla del Magistral. Había visto primero á otras mujeres junto á la celosía y á doña Ana en oración, junto al altar. Al pasar otra vez había visto ya á la Regenta con la cabeza apoyada en el confesonario, cubierta con la mantilla... y vuelta á pasar y ella quieta... y otra vez... y siempre allí, siempre lo mismo.

«—Don Custodio—le decía Gloucester, el ilustre Arcediano, que había notado sus paseos—¿ qué hay ? ¿ ha venido esa dama ?

—¡ Una hora ! ¡ una hora !

—Confesión general. Ya Vd. ve...

Y más tarde :

—¿ Qué hay ?

—¡ Hora y media !

—Le estará contando los pecados de sus abuelos desde Adán.

Gloucester había esperado en la sacristía « el final de aquel escándalo. »

El Arcediano y el beneficiado vieron á la Regenta salir de la catedral y juntos se fueron hablando del suceso para esparcir por la ciudad tan descomunal noticia.

«No pensaban hacer comentarios. El hecho, puramente el hecho. ¡ Dos horas !»

En efecto, había sido mucho tiempo. El Magistral no lo había sentido pasar; doña Ana tampoco. La historia de ella había durado mucho. Y además, ¡ habían hablado de tantas cosas ! Don Fermín estaba satisfecho de su elocuencia, seguro de haber producido efecto. Doña Ana jamás había oído hablar así.

« Aquel anhelo que sentía de Pas, antes de conversar en secreto con aquella señora, había sido un anuncio de la realidad. Sí, sí, era aquello algo nuevo, algo nuevo para su espíritu, cansado de vivir nada más para la ambición propia y para la codicia ajena, la de su madre. Necesitaba su alma alguna dulzura, una suavidad de corazón que compensara tantas asperezas.... ¿ Todo había de ser disimular, aborrecer, dominar, conquistar, engañar ? »

Recordó sus años de estudiante teólogo en San Marcos de León, cuando se preparaba, lleno de pura fe, á entrar en la Compañía de Jesús. « Allí, por algún

tiempo, había sentido dulces latidos su corazón; había orado con fervor, había meditado con amoroso entusiasmo, dispuesto á sacrificarse *en Jesús...* ¡Todo aquello estaba lejos! No le parecía ser el mismo. ¿No era algo por el estilo lo que creía sentir desde la tarde anterior? ¿No eran las mismas fibras las que vibraban entonces, allá en las orillas del Beruesga, y las que ahora se movían como una música plácida para el alma?» En los labios del Magistral asomó una sonrisa de amargura. «Aunque todo ello sea una ilusión, un sueño, ¿por qué no soñar? Y ¿quién sabe si esta ambición que me devora no es más que una forma impropia de otra pasión más noble? Este fuego, ¿no podrá arder para un afecto más alto, más digno del alma? ¿No podría yo abrasarme en más pura llama que la de esta ambición? ¡Y qué ambición! Bien mezquina, bien miserable. ¿No valdrá más la conquista del espíritu de esa señora que el asalto de una mitra, del capelo, de la misma tiara?...»

El Magistral se sorprendió dibujando la tiara en el margen del papel.

Suspiró, arrojó aquella pluma, como si tuviera la culpa de tales pensamientos, que ya se le antojaban vanos, y sacudiendo la cabeza, se puso á escribir.

El último párrafo decía :

«El suceso tan esperado por el mundo católico, la definición del dogma de la infalibilidad pontificia había llegado por fin en el glorioso día de eterna memoria, el 18 de Julio de 1870: *hæc dies quam fecit Dominus...*»

El Magistral continuó :

«Confirmábase al fin de solemne modo la doctrina del cuarto Concilio de Constantinopla que dijo : *Primu salus est rectæ fidei regulam custodire*; confirmábase la doctrina que los griegos profesaron con aprobación del segundo Concilio lionense, y se declaraba y definía, *sacro approbante Concilio*, que el Romano Pontifi-

ce, *quam ex cathedra loquitur*, goza plenamente, *per assistentiam divinam*, de aquella infalibilidad de que el Divino Redentor ha querido proveer á su iglesia...

Don Fermín soltó la pluma y dejó caer la cabeza sobre las manos.

«Ignoraba lo que tenía, pero no podía escribir. ¿Sería el asunto? Acaso no estaría él aquella mañana para tratar materia tan sublime. ¡La infalibilidad! Terrible, pero valentísimo dogma: un desafío formidable de la fe, rodeada por la incredulidad de un siglo que se ríe. Era como estar en el Circo entre fieras, y llamarlas, azuzarlas, pincharlas... ¡Mejor! así debía ser.» El Magistral había sido desde el principio de la batalla entusiástico partidario de la declaración. «Era el valor, la voluntad enérgica, la afirmación del imperio, una aventura teológica parecida á las de Alejandro Magno en la guerra y las de Colón en el mar.»

Había defendido el dogma heróico en Roma en el púlpito, con elocuencia entonces espontánea, con calor, como si el infalible fuera él. Llamaba á Dupanloup cobarde. En Madrid había llamado mucho la atención predicando en las Calatravas, al volver de Roma con el buen obispo de Vetusta. El tema había sido también la infalibilidad. Los periódicos le habían comparado con los mejores oradores católicos, con Monescillo, con Manterola, eclesiásticos como él, con Necedal, con Vinader, con Estrada, legos.

«Y nada, no había pasado de ochavo. La Iglesia es así, pensaba De Pas, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, olvidado ya del Papa infalible; la Iglesia proclama la humildad y es humilde como sér abstracto, colectivo, en la jerarquía, para contener la impaciencia de la ambición que espera desde abajo. Yo me lucí en Roma, admiré á los fieles en Madrid, deslumbro á los vetustenses y seré obispo cuando llegue á los sesenta. Entonces haré yo la come-

dia de la humildad y no aceptaré esa limosna. Los intrigantes suben; los amigos, los aduladores, los lacayos medran sin necesidad de sermones; pero nosotros, los que hemos de ascender por nuestro mérito apostólico, no podemos ser impacientes, tenemos que esperar en una actitud digna de sumisión y respeto. ¡Farsa, pura farsa! Oh, si yo echase á volar mi dinero!... Pero mi dinero es de mi madre, y además yo no quiero comprar lo que es mío, lo que merezco por mi cabeza, no por mis arcas. ¿No quedábamos en que era yo una lumbrera? ¿No se dijo que en mí tenía firme columna el templo cristiano? Pues si soy una columna, ¿por qué no me echan encima el peso que me toca? Soy columna ó palillo de dientes, señor cardenal, ¿en qué quedamos?»

El Magistral, que estaba solo y seguro de ello, dió un puñetazo sobre la mesa.

—Voy, señorito—gritó una voz dulce y fresca desde una habitación contigua.

El Magistral no oyó siquiera. En seguida entró en el despacho una joven de veinte años, alta, delgada, pálida, pero de formas suficientemente rellenas para los contornos que necesita la hermosura femenina. La palidez era de un tono suave, delicado, que hacía muy buen contraste con el negro de andrina de los ojos grandes, soñadores, de movimientos bruscos; unos ojos que parecía que hacían gimnasia, obligados día y noche á las contorsiones místicas de una piedad maquinal, mitad postiza y falsificada. Las facciones de aquel rostro se acercaban al canon griego y casaba muy bien con ellas la dulce seriedad de la fisonomía. En esta figura larga, pero no sin gracia, espiritual, no flaca, solemne, hierática, todo estaba mudo menos los ojos y la dulzura que era como un perfume elocuente de todo el cuerpo.

Era la doncella de doña Paula, Teresina. Dormía

cerca del despacho y de la alcoba del *señorito*. Esta proximidad había sido siempre una exigencia de doña Paula. Ella habitaba el segundo piso, á sus anchas; no quería ruido de curas y frailes entrando y saliendo; pero tampoco consentía que su hijo, su pobre Fermín, que para ella siempre sería un niño á quien había que cuidar mucho, durmiese lejos de toda criatura cristiana. La doncella había de tener su lecho cerca del *señorito*, por si llamaba, para avisar á la madre, que bajaba inmediatamente.

En casa el Magistral era *el señorito*. Así le nombraba el ama delante de los criados y era el tratamiento que ellos le daban y tenían que darle.

Á doña Paula, que no siempre había sido *señora*, le sonaba mejor *el señorito* que un *usía*. Las doncellas de doña Paula venían siempre de su aldea; las escogía ella cuando iba por el verano al campo. Las conservaba mucho tiempo. La condición de dormir cerca del *señorito*, por si llamaba, se les imponía con una naturalidad edemíaca. Ni las muchachas ni el Magistral habían opuesto nunca el menor reparo. Los ojos azules, claros, sin expresión, muy abiertos, de doña Paula alejaban la posibilidad de toda sospecha; por los ojos se le conocía que no toleraba que se pudiese en tela de juicio la pureza de costumbres de su hijo y la inocencia de su sueño; ni el mismo Provisor le hubiera consentido media palabra de protesta, ni una leve objeción en nombre del *qué dirán*. ¿Qué habían de decir? Allí la castidad de ella, que era viuda, y la de su hijo, que era sacerdote, se tenían por indiscutibles; eran de una evidencia absoluta; ni se podía hablar de tal cosa. «Don Fermín continuaba siendo un niño que jamás crecería para la malicia.» Éste era un dogma en aquella casa. Doña Paula exigía que se creyera que ella creía en la pureza perfecta de su hijo. Pero todo en silencio.

Teresina entró abrochando los corchetes más altos del cuerpo de su hábito negro (de los Dolores) y en seguida ató cerca de la cintura en la espalda el pañuelo de seda también negro que le cruzaba el pecho.

—¿Qué quería el señorito? ¿se siente mal? traeré ya el café?

—¿Yo?... hija mía... no... no he llamado.

Teresina sonrió. Se pasó una mano mórbida y fina por los ojos, abrió un poco la boca, y añadió:

—Apostaría... haber oído...

—No, yo no. ¿Qué hora es?

Teresina miró al reloj que estaba sobre la cabeza del Magistral. Le dijo la hora y ofreció otra vez el café, todo sonriendo con cierta coquetería, contenida por la expresión de piedad que allí era la librea.

—¿Y madre?

—Duerme. Se acostó muy tarde. Como están con las cuentas del trimestre...

—Bien; tráeme el café, hija mía.

Teresina, antes de salir, puso orden en los muebles, que no pecaban de insurrectos, que estaban como ella les había dejado el día anterior; también tocó los libros de la mesa, pero no se atrevió con los que yacían sobre las sillas y en el suelo. Aquellos no se tocaban. Mientras Teresina estuvo en el despacho, el Magistral la siguió impaciente con la mirada, algo fruncido el entrecejo, como esperando que se fuera para seguir trabajando ó meditando.

Hasta que tuvo el café delante no recordó que él solía decir misa; que era un señor cura. ¿La tenía? ¿Había prometido decirla? No pudo resolver sus dudas. Pero la seguridad con que Teresa procedía le tranquilizó.

Ni doña Paula ni Teresa olvidaban jamás estos pormenores. Ellas eran las encargadas de oír la campana del coro, de apuntar las misas, de cuanto se refería a

los asuntos del rito. De Pas cumplía con estos deberes rutinarios, pero necesitaba que se los recordasen. ¡Tenía tantas cosas en la cabeza! Sus olvidos eran dentro de casa, porque fuera se jactaba de ser el más fiel guardador de cuanto el Sinodal exigía, y daba frecuentes lecciones al mismo maestro de ceremonias.

Tomó el café y se levantó para dar algunos paseos por el despacho; quería distraerse, sacudir aquellos pensamientos importunos que no le permitían adelantar en su trabajo.

Teresina entraba y salía sin pedir permiso, pero andaba por allí como el silencio en persona; no hacía el menor ruido. Llevó el servicio del café, volvió á buscar un jarro de estaño y el cubo del lavabo; entró de nuevo con ellos y una tohalla limpia. Entró en la alcoba, dejando las puertas de cristales abiertas, y se puso á *levantar* la cama, operación que consistía en sacudir las almohadas y los colchones, doblar las sábanas y la colcha y guardarlas entre colchón y colchón, tender una manta sobre el lecho y colocar una sobre otra las almohadas sacudidas, pero sin funda. El Magistral dormía algunos días la siesta, y doña Paula, por economía, le preparaba así la cama. Hacerla formalmente hubiera sido un despilfarro de lavado y planchado.

Don Fermín volvió á sentarse en su sillón. Desde allí veía, distraído, los movimientos rápidos de la falda negra de Teresina, que apretaba las piernas contra la cama para hacer fuerza al manejar los pesados colchones. Ella azotaba la lana con vigor y la falda subía y bajaba á cada golpe con violenta sacudida, dejando descubiertos los bajos de las enaguas bordadas y muy limpias, y algo de la pantorrilla. El Magistral seguía con los ojos los movimientos de la faena doméstica, pero su pensamiento estaba muy lejos. En uno de sus movimientos, casi tendida de bruces sobre la cama,

Teresina dejó ver más de media pantorrilla y mucha tela blanca. De Pas sintió en la retina toda aquella blancura, como si hubiera visto un relámpago; y discretamente, se levantó y volvió á sus paseos. La doncella jadeante, con un brazo oculto en el pliegue de un colchón doblado, se volvió de repente, casi tendida de espaldas sobre la cama. Sonreía y tenía un poco de color de rosa en las mejillas.

—¿Le molesta el ruido, señorito?

El Magistral miró á la hermosa beata que en aquel momento no conservaba ningún gesto de hipocresía. Apoyando una mano en el dintel de

la puerta de la alcoba, dijo el amo sonriente como la criada:

—La verdad, Teresina... el trabajo de hoy es muy importante. Si te es igual, vuelve luego, y acabarás de arreglar esto cuando yo no esté.

—Bien está, señorito, bien está—respondió la cria-



da, muy seria, con voz gangosa y tono de canto llano.

Y con mucha prisa, haciendo saltar la ropa cerca del techo, acabó de levantar la cama y salió de las habitaciones del señorito.

El cual paseó tres ó cuatro minutos entre los libros tumbados en el suelo, por los senderos que dejaban libres aquellos parterres de teología y cánones. Después de fumar tres pitillos volvió á sentarse. Escribió sin descanso hasta las diez. Cuando el sol se le metió por las puntas de la pluma, levantó la cabeza, satisfecho de su tarea.

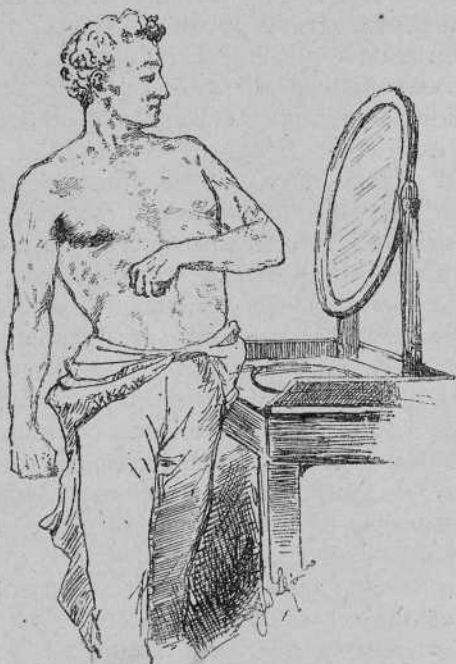
Miró al cielo. Estaba alegre, sin nubes. El buen tiempo en Vetusta vale más por lo raro. El Magistral se frotó las manos suavemente. Estaba contento. Mientras había escrito, casi por máquina, una defensa, *calamo currente*, de la Infalibilidad, con destino á cierta Revista Católica que leían católicos convencidos nada más, había estado madurando su plan de ataque.

Pensaba lo mismo que la Regenta: que había hecho un hallazgo, que iba á tener un alma hermana.

Él, que leía á los autores enemigos, como á los amigos, recordaba una poética narración del impío Renán en que figuraban un fraile de allá de Suecia ó Noruega, y una joven devota, alemana, si le era fiel la memoria. De todas suertes, eran dos almas que se amaban en Jesús, á través de gran distancia. No había en aquellas relaciones nada de sentimentalismo falso, pseudo-religioso; eran afectos puros, nada parecidos á los amores de un Lutero, ni siquiera de un Abelardo; era la verdad severa, noble, inmaculada del amor místico; amor anafrodítico, incapaz de mancharse con el lodo de la carne, ni en sueños. «¿Por qué recordaba ahora esta leyenda, piadosa y novelesca? ¿Qué tenía él que ver con un monje romántico y fanático, místico y apasionado, de la Edad-media... y sueco? Él era el Magistral de Vetusta, un cura del siglo diez y nueve,

un *carca*, un oscurantista, un zángano de la colmena social, como decía Foja el usurero...»

Y al pensar esto, mirándose al espejo, mientras se lavaba y peinaba, De Pas sonreía con amargura miti-



gada por el dejo de optimismo que le quedaba de sus reflexiones de poco antes.

Estaba desnudo de medio cuerpo arriba. El cuello robusto parecía más fuerte ahora por la tensión á que le obligaba la violencia de la postura, al inclinarse sobre el lavabo de mármol blanco. Los brazos cubiertos de vello negro ensortijado, lo mismo que el pecho alto

y fuerte, parecían de un atleta. El Magistral miraba con tristeza sus músculos de acero, de una fuerza inútil. Era muy blanco y fino el cutis, que una emoción cualquiera teñía de color de rosa. Por consejo de don Robustiano, el médico, De Pas hacía gimnasia con pesas de muchas libras; era un Hércules. Un día de revolución, un patriota le había dado el ¡quién vive! en las afueras, cerca de la noche. De Pas rompió el fusil de chispa en las espaldas del aguerrido centinela, que le había querido coser á bayonetazos, por que no se entregaba á discreción. Nadie supo aquella hazaña, ni el mismo don Santos Barinaga que andaba á caza de las calumnias y verdades que corrían contra *La Cruz Roja*, como él llamaba, colectivamente, al Provisor y á su madre. En cuanto al miliciano, había callado, jurando odio eterno al clero y á los fusiles de chispa. Era uno de los que al murmurar del Magistral añadían:

«—¡Si yo hablara!»

Mientras estaba lavándose, desnudo de la cintura arriba, don Fermín se acordaba de sus proezas en el juego de bolos, allá en la aldea, cuando aprovechaba vacaciones del seminario para ser medio salvaje corriendo por breñas y vericuetos; el mozo fuerte y velludo, que tenía en frente, en el espejo, le parecía un *otro yo* que se había perdido, que había quedado en los montes, desnudo, cubierto de pelo como el rey de Babilonia, pero libre, feliz... Le asustaba tal espectáculo, le llevaba muy lejos de sus pensamientos de ahora, y se apresuró á vestirse. En cuanto se abrochó el alzacuello, el Magistral volvió á ser la imagen de la mansedumbre cristiana, fuerte, pero espiritual, humilde: seguía siendo esbelto, pero no formidable. Se parecía un poco á su querida torre de la catedral, también robusta, también proporcionada, esbelta y bizarra; mística, pero de piedra.

Quedó satisfecho, con la conciencia de su cuerpo

fuerte, oculto bajo el manteo epiceno y la sotana flotante y escultural.

Iba á salir.

Teresina apareció en el umbral, seria, con la mirada en el suelo, con la expresión de los santos de cromo.

—¿Qué hay?

—Una joven pregunta si se puede ver al señorito.

—¿Á mí?—Don Fermín encogió los hombros.—
¿Quién es?

—Petra, la doncella de la señora Regenta.

Al decir esto los ojos de Teresina se fijaron sin miedo en los de su amo.

—¿No dice á qué viene?

—No ha dicho nada más.

—Pues que pase.

Petra se presentó sola en el despacho, vestida de negro, con el pelo de azafrán sobre la frente, sin rizos ni ondas, con los ojos humillados, y con sonrisa dulce y candorosa en los labios.

El Magistral la reconoció. Era una joven que se había obstinado en confesar con él y que lo había conseguido á fuerza de tenacidad y paciencia; pero después había tenido que desairarla varias veces, para que no le importunase. Era de las infelices que creen los absurdos que la calumnia propala para descrédito de los sacerdotes. Confesaba cosas de su alcoba, se desnudaba ante la celosía entre llanto de falso arrepentimiento. Era hermosa, incitante; pero el Magistral la había alejado de sí, como haría con Obdulia, si las exigencias sociales no lo impidiesen.

Petra se presentó como si fuese una desconocida; como si persona tan insignificante debiera de estar borrada de la memoria de personaje tan alto. Tal vez en otras circunstancias no hubiera tenido buen recibimiento; pero al saber que venía de parte de doña Ana, sintió el clérigo dulce piedad, y perdonó de repente á

aquella extraviada criatura sus insinuaciones vanas y perversas de otro tiempo. Fingió también no reconocerla.

Teresina los espiaba desde la sombra en el pasadizo inmediato. El Magistral lo presumía y habló como si fuera delante de testigos.

—¿Es Vd. criada de la señora de Quintanar?

—Sí, señor; su doncella.

—¿Viene Vd. de su parte?

—Sí, señor; traigo una carta para Usía.

Aquel usía hizo sonreír al Provisor, que lo creyó muy oportuno.

—¿Y no es más que eso?

—No, señor.

—Entonces...

—La señora me ha dicho que entregara á Usía mismo esta carta, que era urgente y los criados podrían perderla... ó tardar en entregarla á Usía.

Teresina se movió en el pasillo. La oyó el Magistral y dijo:

—En mi casa no se extravían las cartas. Si otra vez viene Vd. con un recado por escrito, puede Vd. entregarlo ahí fuera... con toda confianza.

Petra sonrió de un modo que ella creyó discreto y retorció una punta del delantal.

—Perdóneme Usía...—dijo con voz temblorosa y ruborizándose.

—No hay de qué, hija mía. Agradezco su celo.

Don Fermín estaba pensando que aquella mujer podría serle útil, no sabía él cuándo, ni cómo, ni para qué. Sintió deseos de ponerla de su parte, sin saber por qué esto podía importarle. También se le pasó por la imaginación decir á la Regenta que era poco edificante la conducta de aquella muchacha. Pero todo era prematuro. Por ahora se contentó con despedirla con un saludo señorial, cortés, pero frío. Cuando Petra

iba á atravesar el umbral, ocupó la puerta por completo una mujer tan alta casi como el Magistral y que parecía más ancha de hombros; tenía la figura cortada á hachazos, vestía como una percha. Era doña Paula, la madre del Provisor. Tenía sesenta años, que parecían poco más de cincuenta. Debajo de un pañuelo de seda negro que cubría su cabeza, atado á la barba, asomaban trenzas fuertes de un gris sucio y lustroso; la frente era estrecha y huesuda, pálida, como todo el rostro; los ojos de un azul muy claro, no tenían más expresión que la semejanza de un contacto frío, eran ojos mudos; por ellos nadie sabría nada de aquella mujer. La nariz, la boca y la barba se parecían mucho á las del Magistral. Un mantón negro de merino ceñido con fuerza á la espalda angulosa, caía sin gracia sobre el hábito, negro también, de estameña con ribetes blancos. Parecía doña Paula, por traje y rostro, una amortajada.

Petra saludó un poco turbada. Doña Paula la midió con los ojos, sin disimulo.

—¿Qué quería Vd?—preguntó, como pudo haberlo preguntado la pared.

Petra se repuso y, casi con altanería, contestó:

—Era un recado para el señor Magistral.

Y salió del despacho.

En la puerta de la escalera la recibió con afable sonrisa Teresina y se despidieron con sendos besos en las mejillas, como las señoritas de Vetusta. Eran amigas, ambas de la aristocracia de la servidumbre. Se respetaban sin perjuicio de tenerse envidia. Petra envidiaba á Teresina la estatura, los ojos y la casa del Magistral. Teresina envidiaba á Petra su desenvoltura, su gracia, su conocimiento de las maneras finas y de la vida de ciudad.

—¿Qué te quiere esa señora?—preguntó doña Paula en cuanto se vió á solas con su hijo.

— No sé; aún no he abierto la carta.

— ¿Una carta?

— Sí, esa.

Don Fermin hubiera deseado á su madre á cien leguas. No podía ocultar la impaciencia, á pesar del dominio sobre sí mismo, que era una de sus mayores fuerzas; ansiaba poder leer la carta, y temía ruborizarse delante de su madre. «¿Ruborizarse?» sí, sin motivo, sin saber por qué; pero estaba seguro de que, si abría aquel sobre delante de doña Paula, se pondría como una cereza. Cosas de los nervios. Pero su madre era como era.

Doña Paula se sentó en el borde de una silla, apoyó los codos sobre la mesa, que era de las llamadas de ministro, y emprendió la difícil tarea de envolver un cigarro de papel, gordo como un dedo. Doña Paula fumaba; pero «desde que eran de la catedral» fumaba en secreto, sólo delante de la familia y algunos amigos íntimos.

El Magistral dió dos vueltas por el despacho y en una de ellas cogió disimuladamente la carta de la Regenta y la guardó en un bolsillo interior, debajo de la sotana.

— Adiós, madre; voy á dar los días al señor de Carraspique.

— Tan temprano?

— Sí, porque después se llena aquello de visitas y tengo que hablarle á solas.

— No la lees?

— Qué he de leer?

— Esa carta.

— Luégo, en la calle; no será urgente.

— Por si acaso; léela aquí, por si tienes que contestar en seguida ó dejar algún recado; ¿no comprendes?

De Pas hizo un gesto de indiferencia y leyó la carta.

Leyó en alta voz. Otra cosa hubiera sido despertar sospechas. No estaba su madre acostumbrada á que hubiera secretos para ella. «Además, ¿qué podía decir la Regenta? Nada de particular.»

«Mi querido amigo: hoy no he podido ir á comulgar; necesito ver á Vd. antes; necesito reconciliar. No crea Vd. que son escrúpulos de esos contra los que Vd. me prevenía; creo que se trata de una cosa seria. Si Vd. fuera tan amable que consintiera en oírme esta tarde un momento, mucho se lo agradecería su hija espiritual y afíma. amiga q. b. s. m.

»ANA DE OZORES DE QUINTANAR.»

—¡Jesús, qué carta! —exclamó doña Paula con los ojos clavados en su hijo.

—¿Qué tiene?—preguntó el Magistral, volviendo la espalda.

—¿Te parece bien ese modo de escribir al confesor? Parece cosa de doña Obdulita. ¿No dices que la Regenta es tan discreta? Esa carta es de una tonta ó de una loca.

—No es loca ni tonta, madre. Es que no sabe de estas cosas todavía... Me escribe como á un amigo cualquiera.

—Vamos, es una pagana que quiere convertirse.

El Magistral calló. Con su madre no disputaba.

—Ayer tarde no fuiste á ver al señor de Ronzal.

—Se me pasó la hora de la cita...

—Ya lo sé; estuviste dos horas y media en el confesionario, y el señor Ronzal se cansó de esperar y no tuvo contestación que dar al señor Pablo, que se volvió al pueblo creyendo que tú y Ronzal y yo y todos somos unos mequetrefes sin palabra, que sabemos explotarlos cuando los necesitamos y cuando ellos nos necesitan los dejamos en la estacada.

—Pero, madre, tiempo hay; el chico está en el cuartel, no se los han llevado; no salen para Valladolid hasta el sábado... hay tiempo...

—Sí, hay tiempo para que se pudra en el calabozo. ¿Y qué dirá Ronzal? Si tú que estás más interesado te olvidas del asunto, ¿qué hará él?

—Pero, señora, el deber es primero.

—El deber, el deber... es cumplir con la gente, Fermo! ¿Y por qué se le ha antojado al espantajo de don Cayetano encajarte ahora esa herencia?

—¿Qué herencia?

De Pas daba vueltas en una mano al sombrero de teja, de alas sueltas, y se apoyaba en el marco de la puerta, indicando deseo de salir pronto.

—¿Qué herencia?—repitió.

—Esa señora; esa de la carta, que por lo visto cree que mi hijo no tiene más qué hacer que verla á ella.

—Madre, es Vd. injusta.

—Fermo, yo bien sé lo que me digo. Tú... eres demasiado bueno. Te endiosas y no ves ni entiendes.

Doña Paula creía que endiosarse valía tanto como elevar el pensamiento á las regiones celestes.

—El Arcediano y don Custodio—prosiguió—hicieron anoche comidilla de la confesata en la tertulia de doña Visitación, esa tarasca; si señor, comidilla de la confesata de la otra; y si había durado dos horas ó no había durado dos horas...

El Magistral se santiguó y dijo:

—Ya murmuran? Infames!

—Sí, ya! ya! y por eso hablo yo: porque estas cosas, en tiempo. ¿Te acuerdas de la Brigadiera? Te acuerdas de lo que me dió qué hacer aquella miserable calumnia por ser tú noble y confiadote?... Fermo, te lo he dicho mil veces; no basta la virtud, es necesario saber aparentarla.

—Yo desprecio la calumnia, madre.

—Yo no, hijo.

—¿No ve Vd. cómo á pesar de sus dicharachos yo los piso á todos?

—Sí, hasta ahora ; pero ¿quién responde ? Tantas veces va el cántaro á la fuente.... Don Fortunato es una malva, corriente; no es un obispo, es un borrego, pero...

—¡ Le tengo en un puño !

—Ya lo sé, y yo en otro; pero ya sabes que es ciego cuando se empeña en una cosa; y si Su Ilustrísima polichinela da otra vez en la manía de que pueden decir verdad los que te calumnian, estás perdido.

—Don Fortunato no se mueve sin orden mía.

—No te fies, es porque te cree infalible ; pero el día que le hagan ver tus escándalos...

—¿Cómo ha de ver eso, madre?

—Bueno, ya me entiendes ; creerlos como si los viera; ese día estamos perdidos; la malva, el polichinela, el borrego será un tigre, y del Provisorato te echa á la cárcel de corona.

—Madre... está Vd. exaltada... ve Vd. visiones.

—Bueno, bueno; yo me entiendo.

Doña Paula se puso en pié y arrojó la punta del pitillo apurada y sucia.

Prosiguió:

—No quiero más cartitas; no quiero conferencias en la catedral; que vaya al sermón la señora Regenta si quiere buenos consejos; allí hablas para todos los cristianos; que vaya á oírte al sermón y que me deje en paz.

—Con que Glocester?...

—Sí, y don Custodio.

—Y á Vd. quién le ha dicho...?

—El Chato.

—Campillo?

—El mismo.

—Pero ¿qué han visto? ¿Qué pueden decir esos miserables? ¿cómo se habla de estas cosas en una tertulia de señoras? ¿cómo entiende esta gente el respeto á las cosas sagradas?



—Tá, tá, tá, tá! Envidia, pura envidia. ¿Respeto? Dios lo dé. El Arcediano querría confesar á la de Quintanar, es natural, él es muy amigo de darse tono, y de que digan... ¡Dios me perdone! pero creo que le gusta que murmuren de él, y que digan si enamora á las beatas ó no las enamora... Es un farolón... y un malvado!

—Madre, Vd. exagera; ¿cómo un sacerdote?...

—Fermo, tú eres un papanatas; el mundo está perdido: por eso todos piensan mal y por eso hay que andar con cien ojos... Hay que aparentar más virtud que se tiene, aunque se sea un ángel. ¿No sabes que de nosotros dicen mil perrerías? Glocester, don Custodio, Foja, don Santos, y el mismísimo don Álvaro Mesía, con toda su diplomacia, pasan la vida desacreditándote. Si hacemos y acontecemos en palacio (doña Paula empezó á contar por los dedos); si nos comemos la diócesis; si entramos en el Provisorato desnudos y ahora somos los primeros accionistas del Banco; si tú cobras esto y lo otro; si nuestros paniaguados andan por ahí como esponjas recogiendo el oro y el moro, para venir á soltarlo en la alberca de casa; si el obispo es un maniquí en nuestras manos; si vendemos cera, si vendemos aras, si tú hiciste cambiar las de todas las parroquias del Obispado para que te compraran á ti las nuevas; si don Santos se arruina por culpa nuestra y no del aguardiente; si tú robas á los que piden dispensas; si te comes capellanías; si yo cobro diezmos y primicias en toda la diócesis; si...

—¡Basta, madre, basta por Dios!

—Y por contera tus amoríos, tus abusos de consejero espiritual. Tú (vuelta á contar por los dedos, pero además con pataditas en el suelo, como llevando el compás) tienes fanatizado á medio pueblo; las de Carraspique se han metido monjas por culpa tuya, y una de ellas está muriendo tísica por culpa tuya también, como si tú fueras la humedad y la inmundicia de aquella pocilga; tú tienes la culpa de que no se case la de Páez, la primera millonaria de Vetusta, que no encuentra novio que le agrade... por culpa tuya.

—Madre...

—Qué más? Hasta les parece mal que enseñes la

doctrina á las niñas de la Santa obra del Catecismo...

—Miserables!

—Sí, miserables; pero van siendo muchos miserables, y el día menos pensado nos tumban.

—Eso no, madre — gritó el Magistral perdiendo el aplomo, con las mejillas cárdenas y las puntas de acero, que tenía en las pupilas, erizadas como dispuestas á la defensa. — ¡Eso no, madre! Yo los tengo á todos debajo del zapato, y los aplasto el día que quiero. Soy el más fuerte. Ellos, todos, todos, sin dejar uno, son unos estúpidos; ni mala intención saben tener.

Doña Paula sonrió, sin que su hijo lo notase. «Así te quiero» pensó, y siguió diciendo:

—Pero el único flaco que podemos presentarles es éste, Fermo; bien lo sabes; acuérdate de la otra vez.

—Aquella era una... mujer perdida.

—Pero te engañó ¿verdad?

—No, madre; no me engañó; ¿qué sabe Vd.?

Los ojos de doña Paula eran un par de inquisidores. Aquello de la Brigadiera nunca había podido aclararlo. Sólo sabía, por su mal, que había sido un escándalo que apenas se pudo sofocar antes que fuera tarde. Á De Pas le repugnaban tales recuerdos. Eran cosas de la juventud. ¡Qué necedad temer que él volviese á descuidarse ahora, á los treinta y cinco años! Entonces, en la época de la Brigadiera no tenía él experiencia, le halagaba la vanagloria, le seducía y mareaba el incienso de la adulación.

«Si mi madre me viera por dentro, no tendría esos temores con que ahora me mortifica.»

Doña Paula insistió en pintarle los peligros de la calumnia; sabía que le lastimaba el alma, pero á su juicio era un dolor necesario, porque temía para su hijo la caída de Salomón.

La madre de don Fermín creía en la omnipotencia de la mujer. Ella era buen ejemplo. No temía que las intrigas del Cabildo pudiesen gran cosa contra el prestigio de su Fermín, que era el instrumento de que ella, doña Paula, se valía para estrujar el obispado. Fermín era la ambición, el ansia de dominar; su madre la codicia, el ansia de poseer. Doña Paula se figuraba la diócesis como un lagar de sidra de los que había en su aldea; su hijo era la fuerza, la viga y la pesa que exprimían el fruto, oprimiendo, cayendo poco á poco; ella era el tornillo que apretaba; por la espiga de acero de su voluntad iba resbalando la voluntad, para ella de cera, de su hijo; la espiga entraba en la tuerca, era lo natural. «Era mecánico» como decía don Fermín explicando religión. «Pero á una mujer otra mujer» pensaba el tornillo. «Su hijo era joven todavía, podían seducírselo, como ya otra vez habían intentado y acaso conseguido. Ella creía en la influencia de la mujer, pero no se fiaba de su virtud. «La Regenta, la Regenta! dicen que es una señora incapaz de pecar, pero, ¿quién lo sabe?» Algo había oído de lo que se murmuraba. Era amiga de algunas beatas de las que tienen un pié en la iglesia y otro en el mundo; estas señoras son las que lo saben todo, á veces aunque no haya nada. Le habían dicho, sobre poco más ó menos, y sin estilo flamenco, lo mismo que Orgaz contaba en el Casino dos días antes: que don Alvaro estaba enamorado de la Regenta, ó por lo menos quería enamorarla, como á tantas otras. «Aquel don Alvaro era un enemigo de su hijo. Lo sabía ella.» Ni el mismo don Fermín le tenía por enemigo, por más que varias veces había adivinado en él un rival en el dominio de Vetusta. Pero doña Paula tenía superior instinto; veía más que nadie en lo que interesaba al poderío de su hijo. «Aquel don Alvaro era otro buen mozo, listo también, arrogante, hombre de mundo; tenía el prestigio del amor, conta-

ba con las mujeres respectivas de muchos personajes de Vetusta, y á veces con los personajes mismos, gracias á las mujeres; era el jefe de un partido, el brazo derecho, y la cabeza acaso, de los Vegallana... podía disputar á Fermín, con fuerzas iguales acaso, el dominio de Vetusta, de aquella Vetusta que necesitaba siempre un amo y cuando no lo tenía se quejaba de la falta «*de carácter*» de los hombres importantes. Y ¿por qué no había de estar ya Mesía disputando ese dominio? ¿No cabía en lo posible que la Regenta, aquella santa, y el don Alvarito se entendieran y quisieran coger en una trampa al pobre Fermo?» Estas malas artes, por complicadas y sutiles que fuesen, las suponía fácilmente doña Paula en cualquier caso, porque ella pasaba la vida entregada á combinaciones semejantes. De estas sospechas no comunicó á su hijo más que lo suficiente para prevenirle contra la Regenta y sus confesiones de dos horas. No citó el nombre de Mesía. En los labios le retozaba esta pregunta:

«¿Pero de qué demontres hablasteis dos horas seguidas?»

No se atrevió á tanto. «Al fin su hijo era un sacerdote y ella cristiana.» Preguntar aquello le parecía una irreverencia, un sacrilegio que hubiera puesto á Fermo fuera de sí, y no había para qué.

—Adiós, madre—dijo don Fermín cuando doña Paula calló por no atreverse con la pregunta sacrilega.

Ya estaba en la escalera el Magistral cuando oyó á su madre que decía:

—¿De modo que hoy tampoco vas á coro?

—Señora, si ya habrá concluido...

—Bueno, bueno!—quedó murmurando ella—no ganamos para multas.

Por fin el Magistral se vió fuera de su casa, con el placer de un estudiante que escapa de la férula de un domine implacable.

El sol brillaba acercándose al cenit. Sobre Vetusta ni una sola nube. El cielo parecía andaluz.

Sí, pero el buen humor del Magistral se había nublado; su madre le había puesto nervioso, airado, no sabía contra quién.

«Aquel era su tirano: un tirano consentido, amado, muy amado, pero formidable á veces. ¿Y cómo romper aquellas cadenas? Á ella se lo debía todo. Sin la perseverancia de aquella mujer, sin su voluntad de acero que iba derecha á un fin rompiendo por todo ¿qué hubiera sido él? Un pastor en las montañas, ó un cavador en las minas. Él valía más que todos, pero su madre valía más que él. El instinto de doña Paula era superior á todos los raciocinios. Sin ella hubiera sido él arrollado algunas veces en la lucha de la vida. Sobre todo, cuando sus piés se enredaban en redes sutiles que le tendía un enemigo ¿quién le libraba de ellas? Su madre. Era su egida. Sí, ella primero que todo. Su despotismo era la salvación; aquel yugo, salvable. Además, una voz interior le decía que lo mejor de su alma era su cariño y su respeto filial. En las horas en que á sí mismo se despreciaba, para encontrar algo puro dentro de sí, que impidiera que aquella repugnancia llegase á la desesperación, necesitaba recordar esto: que era un buen hijo, humilde, dócil... un niño, un niño que nunca se hacía hombre. ¡Él que con los demás era un hombre que solía convertirse en león!»

«Pero ahora sentía una rebelión en el alma. Era una injusticia aquella sospecha de su madre. En la virtud de la Regenta creía toda Vetusta, y en efecto era un ángel. Él sí que no merecía besar el polvo que pisaba aquella señora. ¿Quién podía temer de quién?»

En este momento comprendió la causa de su mal-humor repentino. «La madre había hablado de las calumnias con que le querían perder... de las demasías

de ambición, orgullo y sórdida codicia que le imputaban, de la influencia perniciosa en la vida de muchas familias que se le achacaba... pero ¿era todo calumnia? Oh, si la Regenta supiese quién era él, no le confiaría los secretos de su corazón. Por un acto de fe, aquella señora había despreciado todas las injurias con que sus enemigos le perseguían á él, no había creído nada de aquello y se había acercado á su confesonario á pedirle luz en las tinieblas de su conciencia, á pedirle un hilo salvador en los abismos que se abrían á cada paso de la vida. Si él hubiera sido un hombre honrado, le hubiera dicho allí mismo:—Calle Vd., señora! yo no soy digno de que la majestad de su secreto éntre en mi pobre morada; yo soy un hombre que ha aprendido á decir cuatro palabras de consuelo á los pecadores débiles, y cuatro palabras de terror á los pobres de espíritu fanatizados; yo soy de miel con los que vienen á morder el cebo y de hiel con los que han mordido; el señuelo es de azúcar, el alimento que doy á mis prisioneros, de acíbar;... yo soy un ambicioso, y lo que es peor, mil veces peor, infinitamente peor, yo soy avariento, yo guardo riquezas mal adquiridas, sí, mal adquiridas; yo soy un déspota en vez de un pastor; yo vendo la Gracia, yo comercio como un judío con la Religión del que arrojó del templo á los mercaderes..., yo soy un miserable, señora; yo no soy digno de ser su confidente, su director espiritual. Aquella elocuencia de ayer era falsa, no me salía del alma, yo no soy el *vir bonus*, yo soy lo que dice el mundo, lo que dicen mis detractores.»

Como el pensamiento le llevaba muy lejos, el Magistral sintió una reacción en su conciencia, reacción favorable á su fama.

«Hagámonos más justicia» pensó sin querer, por el instinto de conservación que tiene el amor propio.

Y entonces recordó que su madre era quien le em-

pujaba á todos aquellos actos de avaricia que ahora le sacaban los colores al rostro.

«Era su madre la que atesoraba ; por ella, á quien lo debía todo, había él llegado á manosear y mascar el lodo de aquella sordidez poco escrupulosa. Su pasión propia, la que espontáneamente hacía en él estragos era la ambición de dominar ; pero esto ¿ no era noble en el fondo ? y ¿ no era justo al cabo ? ¿ No merecía él ser el primero de la diócesis ? El obispo ¿ no le reconocía de buen grado esta superioridad moral ? Bastante hacía él contentándose, por ahora, con no mandar más que en Vetusta. Oh ! estaba seguro. Si algún día su amistad con Ana Ozores llegaba al punto de poder él confesarse ante ella también y decirle cuál era su ambición, ella, que tenía el alma grande de fijo, le absolvería de los pecados cometidos. Los de su madre, aquellos á que le había arrastrado la codicia de su madre eran los que no tenían disculpa, los feos, los vergonzosos, los inconfesables.»

Mientras tales pensamientos le atormentaban y consolaban sucesivamente, iba el Magistral por las aceras estrechas y gastadas de las calles tortuosas y poco concurridas de la Encimada ; iba con las mejillas encendidas, los ojos humildes, la cabeza un poco torcida, según costumbre, recto el airoso cuerpo, majestuoso y rítmico el paso, flotante el ampuloso manteo, sin la sombra de una mancha.

Contestaba á los saludos como si tuviese el alma puesta en ellos, doblando la cintura y destocándose como si pasara un rey ; y á veces ni veía al que saludaba.

Este fingimiento era en él segunda naturaleza. Tenía el dón de estar hablando con mucho pulso mientras pensaba en otra cosa.

Doña Paula había vuelto á entrar en el despacho de su hijo. Registró la alcoba. Vió la cama *levantada*, tiesa,

muda, fresca, sin un pliegue ; salió de la alcoba ; en el despacho reparó el sofá de reps azul, las butacas, las correctas filas de libros amontonados sobre sillas y tablas por todas partes ; se fijó en el orden de la mesa, en el del sillón, en el de las sillas. Parecía olfatear con los ojos. Llamó á Teresina ; le preguntó cualquier cosa, haciendo en su rostro excavaciones con la mirada, como quien anda á minas ; se metió por los pliegues del traje, correcto, como el orden de las sillas, de los libros, de todo. La hizo hablar para apreciar el tono de la voz, como el timbre de una moneda. La despidió.

—Oye—volvió á decir...—Nada, vete.

Se encogió de hombros.

«—Es imposible—dijo entre dientes;—no hay manera de averiguar nada.»

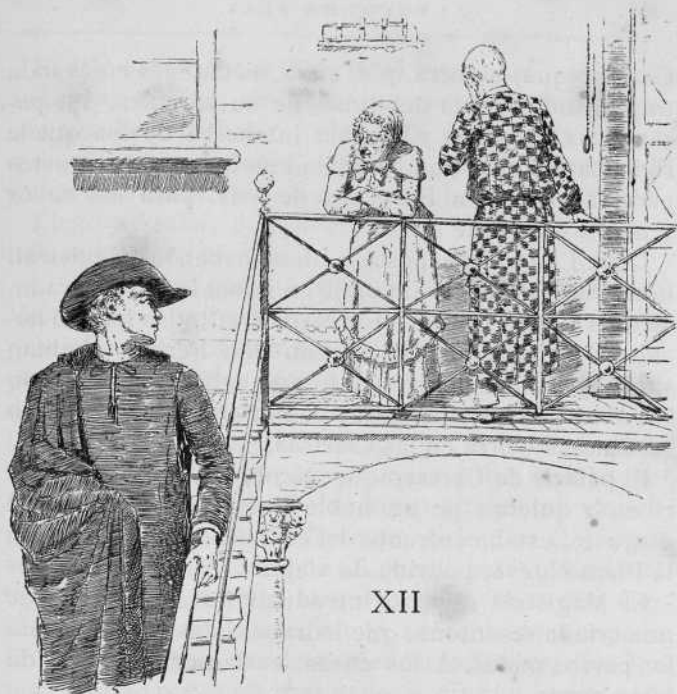
Y, saliendo del despacho, dijo todavía :

«—¡ Qué capricho de hombres !»

Y, subiendo la escalera del segundo piso, añadió :

«—Es como todos, como todos ; siempre fuera !





XII

DON Francisco de Asís Carraspique era uno de los individuos más importantes de la Junta Carlista de Vetusta, y el que hizo más *sacrificios pecuniarios* en tiempo oportuno. Era político porque se le había convencido de que la causa de la Religión no prosperaría si los buenos cristianos no se metían á gobernar. Le dominaba por completo su mujer, fanática ardentísima, que aborrecía á los liberales porque allá en la otra guerra, los *cristinos* habían ahorcado de un árbol á su padre sin darle tiempo para confesar. Carraspique frisaba con los sesenta años, y no se distinguía ni por su valor ni por sus dotes de gobierno; se distinguía por sus millones. Era el mayor contribuyente que tenía en la provincia la soberanía subrepticia de don Carlos VII. Su religiosidad (la de

Carraspique) sincera, profunda, ciega, era en él toda una virtud; pero la debilidad de su carácter, sus pocas luces naturales y la mala intención de los que le rodeaban, convertían su piedad en fuente de disgustos para el mismo don Francisco de Asís, para los suyos y para muchos de fuera.

Doña Lucía, su esposa, confesaba con el Magistral. Éste era el Pontífice infalible en aquel hogar honrado. Tenían cuatro hijas los Carraspique; todas habían hecho su primera confesión con don Fermín; habían sido educadas en el convento que había escogido don Fermín; y las dos primeras habían profesado, una en las Salesas y otra en las Clarisas.

El palacio de Carraspique, comprado por poco dinero en la quiebra de un noble liberal, que murió del disgusto, estaba enfrente del caserón de los Ozores, en la Plaza Nueva, podrida de vieja.

El Magistral se dejó introducir en el estrado por una criada sesentona, que ladraba á los pobres como los perros malos. Á los curas les lamería los pies de buen grado.

—Espere Vd. un poco, señor Magistral, haga el favor de sentarse; el señor está allá dentro y sale en seguida... (Con voz misteriosa y agria:) Está ahí el médico... ese empecatado primo de la señora.

—Sí, ya, don Robustiano: ¿pues qué hay, Fulgencia?

—Creo que Sor Teresa está algo peor... pero no es para tanto alarmar á los pobrecitos señores. ¿Verdad, señor Magistral, que la pobre señorita no está de cuidado?

—Creo que no, Fulgencia; pero ¿qué dice el médico? ¿Viene de allá?

—Sí, señor, de allá; y ahí dentro daba gritos... viene furioso... es un loco. No sé cómo le llaman á él. El parentesco, es cosa del parentesco.

El salón era rectangular, muy espacioso, adornado con gusto severo, sin lujo, con cierta elegancia que nacía de la venerable antigüedad, de la limpieza exquisita, de la sobriedad y de la severidad misma. El único mueble nuevo era un piano de cola de Erard.

Llegó al salón don Robustiano y salió Fulgencia hablando entre dientes.

El médico era alto, fornido, de luenga barba blanca. Vestía con el arrogante lujo de ciertos personajes de provincia que quieren revelar en su porte su buena posición social. Era una hermosa figura que se defendía de los ultrajes del tiempo con buen éxito todavía. Don Robustiano era el médico de la nobleza desde muchos años atrás; pero si en política pasaba por reaccionario y se burlaba de los progresistas, en religión se le tenía por volteriano, ó lo que él y otros vetustenses entendían por tal. Jamás había leído á Voltaire, pero le admiraba tanto como le aborrecía Gloucester, el Arcediano, que no lo había leído tampoco. En punto á letras, las de su ciencia inclusive, don Robustiano no podía alzar el gallo á ningún mediquillo moderno de los que se morían de hambre en Vetusta. Había estudiado poco, pero había ganado mucho. Era un médico de mundo, un doctor de buen trato social. Años atrás, para él todo era flato; ahora todo era *cuestión de nervios*. Curaba con buenas palabras; por él nadie sabía que se iba á morir. Solía curar de balde á los amigos; pero si la enfermedad se agravaba, se inhibía, mandaba llamar á otro y no se ofendía. «Él no servía para ver morir á una persona querida.»

Al lado de sus enfermos siempre estaba de broma.

«—¿Con que se nos quiere Vd. morir, señor Fulano? Pues vive Dios, que lo hemos de ver..., etc.»

Esta era una frase sacramental; pero tenía otras muchas. Así se había hecho rico. No usaba muchos términos técnicos, porque, según él, á los profanos no

se les ha de asustar con griego y latín. No era pedante, pero cuando le apuraban un poco, cuando le contradecían, invocaba el sacrosanto nombre de la ciencia, como si llamase al comisario de policía.

«La ciencia manda esto; la ciencia ordena lo otro.»

Y no se le había de replicar.

Aparte la ciencia, que no era su terreno propio, don Robustiano podía apostar con cualquiera á campechano, alegre, simpático, y hasta hombre de excelente sentido y no escasa perspicacia. Pecaba de hablador.

Al Magistral no le podía tragar, pero tenía su influencia en las casas nobles y le trataba con fingida franqueza y amabilidad falsa.

De Pas le tenía á él por un grandísimo majadero, pero le tributaba la cortesía que empleaba siempre en el trato, sin distinguir entre majaderos y hombres de talento.

—¡ Oh mi señor don Fermín ! cuanto bueno... Llegó usted á tiempo, amigo mío; el primo está inconsolable. ¡ Buen día de su santo ! Le he dicho la verdad, toda la verdad; y, es claro, ahora que la cosa no tiene remedio, se desespera... Es decir, remedio... yo creo que sí... pero estas ideas exageradas que... en fin, á Vd. se le puede hablar con franqueza, porque es una persona ilustrada...

—¿ Qué hay, don Robustiano ? ¿ Viene Vd. de las Salesas ?

—Sí, señor; de aquella pocilga vengo.

—¿ Cómo está Rosita ?

—¿ Qué Rosita ? ¡ Si ya no hay Rosita ! Si ya se acabó Rosita ; ahora es Sor Teresa, que no tiene rosas ni en el nombre, ni en las mejillas.

Don Robustiano se acercó al Magistral ; miró á todos los rincones, á todas las puertas, y con la mano delante de la boca, dijo :

—¡ Aquello es el acabóse !

El Magistral sintió un escalofrío.

—¿Vd. cree?

—Sí, creo en una catástrofe próxima. Es decir, distingo, distingo en nombre de la ciencia. Yo, Somoza, no puedo esperar nada bueno; yo, hombre de ciencia, necesito declarar, primero: que si la niña sigue respirando en aquel *medio*... no hay salvación, pero si se la saca de allí... tal vez haya esperanza; segundo: que es un crimen, un crimen de lesa humanidad no poner los medios que la ciencia aconseja... Señor Magistral, usted que es una persona ilustrada, ¿cree Vd. que la religión consiste en dejarse morir junto á un albañal? Porque aquello es una letrina; sí señor, una cloaca.

—Ya sabe Vd. que es una residencia interina. Las Salesas están haciendo, como Vd. sabe, su convento junto á la fábrica de pólvora.

—Sí, ya sé; pero cuando el convento esté edificado y las mujeres puedan trasladarse á él, nuestra Rosita habrá muerto.

—Señor Somoza, el cariño le hace á Vd., acaso, ver el peligro mayor de lo que es.

—¿Cómo mayor, señor De Pas? ¿Querrá Vd. saber más que la ciencia? Ya le he dicho á Vd. lo que la ciencia opina: segundo: que es un crimen de lesa humanidad... Oh! ¡ Si yo cogiera al curita que tiene la culpa de todo esto! Porque aquí anda un cura, señor Magistral, estoy seguro... y Vd. dispense... pero ya sabe Vd. que yo distingo entre clero y clero; si todos fueran como Vd.... ¿Á que mi señor don Fermín no aconseja á ningún padre que tenga cuatro hijas como cuatro soles, que las haga monjas una por una á todas, como si fueran los carneros de Panurgo?

El Magistral no pudo menos de sonreír, recordando que los carneros de Panurgo no habían sido monjas ni frailes. Pero don Robustiano repetía lo de los carneros de Panurgo, sin saber qué ganado era aquel,

como no sabía otras muchas cosas. Ya queda dicho que él no leía libros: le faltaba tiempo.

Don Fermín pensaba: «¿Serán indirectas las necesidades de este majadero?»

—Yo sospecho—continuó el doctor—que mi pobre Carraspique está supeditado á la voluntad de algún fanático, v. gr. el Rector del Seminario. ¿No le parece á Vd. que puede ser el señor Escosura, ese Torquemada *pour rire*, el que ha traído á esta casa tanta desgracia?

—No señor; no creo que sea ese, ni que haya en esta casa tanta desgracia como Vd. dice.

—¡Van ya dos niñas al hoyo!

—¿Cómo al hoyo?

—Ó al convento, llámelo Vd. hache.

—Pero el convento no es la muerte; como Vd. comprende, yo nó puedo opinar en este punto...

—Sí, sí, comprendo y Vd. dispense. Pero en fin, ya que existen conventos, señor, que los construyan en condiciones higiénicas. Si yo fuera gobierno, cerraba todos los que no estuvieran reconocidos por la ciencia. La higiene pública prescribe...

El señor Somoza expuso latamente varias vulgaridades relativas á la renovación del aire, á la calefacción, aeroterapia y demás asuntos de folletín semicientífico. Después volvió á la desgracia de aquella casa.

—¡Cuatro hijas y dos ya monjas! Esto es absurdo.

—No, señor; absurdo no, porque son ellas las que libremente escogen...

—Libremente! libremente! Ríase Vd., señor Magistral, ríase Vd., que es una persona tan ilustrada, de esa pretendida libertad. ¿Cabe libertad donde no hay elección? ¿Cabe elección donde no se conoce más que uno de los términos en que ha de consistir?

Don Robustiano hablaba casi como un filósofo cuando se acaloraba.

—Si á mí no se me engaña—continuó;—si yo conozco bien esta comedia. ¿No ve Vd., señor mío, que yo las he visto nacer á todas ellas, que las he visto crecer, que he seguido paso á paso todas las vicisitudes de su existencia? Verá Vd. el sistema.

Don Robustiano se sentó, y prosiguió diciendo:

—Hasta que tienen quince ó diez y seis años las hijas de mis primos no ven el mundo. Á los diez ó los once van al convento; allí sabe Dios lo que les pasa; ellas no lo pueden decir, porque las cartas que escriben las dictan las monjas y están siempre cortadas por el mismo patrón, según el cual, «aquello es el Paraíso.» Á los quince años vuelven á casa; no traen voluntad; esta facultad del alma, ó lo que sea, les queda en el convento como un trasto inútil. Para dar una satisfacción al mundo, á la opinión pública, desde los quince á los diez y ocho ó diez y nueve, se representa la farsa piadosa de hacerles ver el siglo... por un agujero. Esta manera de ver el mundo es muy graciosa, mi señor don Fermín. ¿Recuerda Vd. el convite de la cigüeña? Pues eso. Las niñas ven el mundo dentro de la redoma, pero no lo pueden catar. ¿Á los bailes? Dios nos libre. ¿Al teatro? Abominación. ¡Á la novena, al sermón! y de Pascuas á Ramos un paseito con la mamá por el Espolón ó el Paseo de Verano; los ojitos en el suelo; no se habla con nadie; y en seguida á casa. Después viene la gran prueba: el viaje á Madrid. Allí se ven las fieras del Retiro, el Museo de Pinturas, el Naval, la Armería; nada de teatros ni de bailes, que aún son más peligrosos que en Vetusta: correr calles, ver mucha gente desconocida, desparse y á casa. Las niñas vuelven á su tierra diciendo de todo corazón que se han aburrido en la Corte, que su convento de su alma, que cuanto más se divertían allí con las Madres y las compañeras. Vuelta á Vetusta. Un mozalberte se enamora de cualquiera de las niñas... ¡Vade retro!

Se le despide con cajas destempladas. En casa se rezan todas las horas canónicas, maitines, vísperas... después el rosario con su coronilla, un padre nuestro á cada santo de la Corte Celestial; ayunos, vigiliás; y nada de balcón, ni de tertulia, ni de amigas, que son peligrosas... Eso sí, tocar el piano si se quiere y coser á discreción. Como artículo de lujo se permite á las niñas que se ríen á su gusto con los chistes del Arcediano, el diplomático señor Mourelo, alias Glocester. Suelta el buen mozo torcido una gracia babosa, las niñas la ríen, al papá se le cae la baba también ¡miseró Carraspique! y *tutti contenti*. El Arcediano no es el cura que hay aquí oculto, no; eso representa la parte contraria, el demonio ó el mundo; pero, como es natural, á las niñas les parece que el atractivo mundanal reducido al gracejo de Mourelo es poca cosa; y en cambio el claustro ofrece goces puros, y cierta libertad, sí señor, cierta libertad, si se compara con la vida archimonástica de lo que yo llamo la Regla de doña Lucía, mi prima carnal. ¡Oh, señor De Pas, fácil victoria la de la Iglesia! Las niñas en vista de que Vetusta es andar de templo en templo con los ojos bajos; Madrid ir de museo en museo rompiéndose los piés y tropezando; el hogar un cuartel místico, con chistes de cura por todo encanto, resuelven *libremente* meterse monjas, para gozar un poco de... de autonomía, como dicen los liberalotes, que nos dan una libertad parecida á la que gozan las hijas de Carraspique.

El Magistral oyó con paciencia el discurso del médico y, por decir algo, dijo:

—No podrá Vd. negar que en esta casa el trato es jovial, franco; á cien leguas de toda gazmoñería.

—¡Otra farsa! No sé quién diablos ha enseñado á mi prima esta comedia. El que entra aquí piensa que es calumnia lo que se cuenta de la rigidez monástica de este hogar honrado, pero aburrido. Las apariencias

engañan. Esta alegría sin saber por qué, estas bromitas de clerigalla, y Vd. dispense, esta tolerancia formal, puramente exterior, son disimulos para tapar la boca á los profanos.

El Magistral miraba al médico con gran curiosidad y algo de asombro. «¿Cómo aquel hombre de tan escasas luces discurría así en tal materia? ¿Sabía Somoza que era él y nadie más el *cura oculo*, el jefe espiritual de aquella casa? Si lo sabía ¿cómo le hablaba así? ¿También los tontos tenían el arte de disimular?»

Entró Carraspique en el salón. Traía los ojos húmedos de recientes lágrimas. Abrazó al Magistral y le suplicó fervorosamente que fuese á las Salesas á ver cómo estaba su hija; él no tenía valor para ir en persona. Don Fermín prometió ir aquel mismo día.

Somoza volvió á describir la falta de *condiciones higiénicas* del convento.

—Pero ¿qué quieres que haga, primo mío?

—Hijo, yo nada; yo no quiero nada, porque sé como sois. Pero lo que digo es lo siguiente: la niña está muy enferma, y no por culpa suya; su naturaleza era fuerte; en su *constitución* no hay vicio alguno; pero no le da el sol nunca y se la está comiendo la humedad; necesita calor y no lo tiene; luz y allí le falta; aire puro y allí se respira la peste; ejercicio y allí no se mueve; distracciones y allí no las hay; buen alimento y allí come mal y poco,... pero no importa; Dios está satisfecho por lo visto. ¿Cuál es la perfección? La vida entre dos alcantarillas. ¿El mundo está perdido? Pues vámonos á vivir metiditos en un... inodoro.

Y como esta palabra, si bien le parecía culta, no expresaba lo que él quería, sino lo contrario, añadió:

—En un inodoro... que es la *antitesis*—así dijo—de un inodoro.

—En fin, señores—prosiguió—Vds. defienden el absurdo y ahí no llega mi paciencia. Resumen; la ciencia



ofrece la salud de Rosita con aires de aldea, allá junto al mar; vida alegre, buenos alimentos, carne y leche sobre todo... sin esto... no respondo de nada.

Cogió el sombrero y el bastón de puño de oro; saludó con una cabezada al Magistral y salió murmurando:

—Á lo menos san Simeón Estilita estaba sobre una columna, pero no era una columna... de este orden; no era un estercolero.

Doña Lucía se presentó y con un gesto displicente contestó á las palabras de su primo que había oído desde lejos:

—Es un loco, hay que dejarle.

—Pero nos quiere mucho—advirtió Carraspique.

—Pero es un loco... haciéndole favor.

El Magistral, con buenas palabras, vino á decir lo mismo. «No había que hacer caso de Somoza; era un sectario. Ciertamente, el convento provisional de las Salesas no era buena vivienda, estaba situado en un barrio bajo, en lo más hondo de una vertiente del terreno, sin sol; allí desahogaban las mal construídas alcantarillas de gran parte de la Encimada, y, en efecto, en algunas celdas la humedad traspasaba las paredes, y había grietas; no cabía negar que á veces los olores eran insufribles; tales miasmas no podían ser saludables. Pero todo aquello duraría poco; y Rosita no estaba tan mal como el médico decía. El de las monjas aseguraba que no, y que sacarla de allí, sola, separarla de sus queridas compañeras, de su vida regular, hubiera sido matarla.»

Después don Fermín consideró la cuestión desde el punto de vista religioso. «Había algo más que el cuerpo. Aquellos argumentos puramente humanos, mundanos, que se podían oponer á Somoza y otros como él, eran lo de menos. Lo principal era mirar si había escándalo en precipitarse y tomar medidas que alar-

masen á la opinión. Por culpa de ellos, por culpa de un excesivo cariño, de una extremada solitud, podían dar pábulo á la maledicencia. ¿Qué esperaban sino eso los enemigos de la Iglesia? Se diría que el convento de las Salesas era un matadero; que la religión conducía á la juventud lozana en aquella letrina á pudrirse... ¡Se dirían tantas cosas! No, no era posible tomar todavía ninguna medida radical. Había que esperar. Por lo demás, él iría á ver á Sor Teresa...»

—Sí, don Fermín, por Dios!—exclamó doña Lucía, juntando las manos—segura estoy de que recobrará la salud aquella querida niña, si Vd. le lleva el consuelo de su palabra.

No se atrevía á llamarla su hija. La creía de Dios, sólo de Dios.

Después se habló de otra cosa. Aunque no se había tratado nunca directamente del asunto, se había convenido, por un acuerdo tácito, que las dos niñas últimas no serían monjas, á no haber en ellas una vocación superior á toda resistencia prudente y moderada. Este implícito convenio era una imposición de la conciencia, ó del miedo á la opinión del mundo. La mayor de aquellas dos niñas tenía un pretendiente. El Magistral venía á desahuciarlo. «Era un impío.»

—¿Un impío Ronzal? ¡Su amigo de Vd.!--se atrevió á decir Carrasque.

—Sí; don Francisco, mi amigo; pero lo primero es lo primero. Yo sacrifico al amigo tratándose de la felicidad de su hija de Vds.

Una lágrima de las pocas que tenía rodó por el rostro de la señora de la casa. Más estético y más simétrico hubiera sido que las lágrimas fueran dos; pero no fué más que una; la del otro ojo debió de brotar tan pequeña, que la sequedad de aquellos párpados, siempre enjutos, la tragó antes que asomara.

La lágrima era de agradecimiento. «El Magistral les

sacrificaba el nombre y hasta la conveniencia de un amigo, de un gran amigo, de un defensor, de un partidario suyo, de todo un Ronzal el diputado! Bien hacía ella en entregar las llaves del corazón y de la conciencia á tal hombre, á aquel santo, pensaría mejor!»

Ronzal, alias Trabuco, aspiraba á la mano de una Carraspique, fuere cual fuere, porque su presupuesto de gastos aumentaba y el de ingresos disminuía; y don Francisco de Asís era un millonario que educaba muy bien á sus hijas. Pero el Magistral tenía otros proyectos.

—¿Un impío Ronzal?—preguntó asustado Carraspique.

—Sí, un impío... relativamente. No basta que la religión esté en los labios, no basta que se respete á la Iglesia y hasta se la proteja; en la política y en el trato social es necesario contentarse con eso muchas veces, en los tiempos tristes que alcanzamos, pero eso es otra cosa. Ronzal, comparado con otros... con Mesía, por ejemplo, es un buen cristiano; aun el mismo Mesía, que al cabo no se ha separado de la Iglesia, es católico, religioso... comparado con don Pompeyo Guimarán el ateo. Pero ni Mesía, ni Ronzal son hombres de fe y menos de piedad suficiente... ¿Daría Vd. una hija á don Álvaro?

—Antes muerta!

—Pues Ronzal, aunque se llama conservador y quiere la unidad católica y otros principios que contiene nuestra política, no es buen cristiano, no lo es como se necesita que lo sea el marido de una Carraspique.

Aquel calor con que defendía los intereses espirituales de la familia les llegaba al alma á los amos de la casa.

Ronzal fué desahuciado.

El Magistral habló todavía de otros asuntos. Había que hacer nuevos desembolsos. Limosnas, grandes li-

mosnas para Roma; para las Hermanitas de los Pobres, que iban á comprar una casa; limosna para la Santa Obra del Catecismo; limosna para la novena de la Concepción, porque habría que pagar caro un predicador, jesuita, que vendría de lejos. «Era mucho, sí; pero si los buenos católicos que todavía tenían algo, no se sacrificaban ¿qué sería de la fe? ¡ Si otros pudieran!»

Suspiró doña Lucía al oír esto. Había comprendido. El Magistral quería decir que si él fuese rico, su dinero sería de san Pedro y de las instituciones piadosas. «¡Y pensar que había quien calumniaba á aquel santo suponiéndole cargado de oro!»

Don Fermín antes de salir de aquella casa, donde su imperio no tenía límites, volvió á prometer una visita á las Salesas.

«Pero no había que alarmarse, ni perder la paciencia.»

—En el último trance, se atrevió á decir cuando ya lo creyó oportuno, suceda lo que Dios quiera; si es preciso sufrir por bien de la fe una prueba terrible, se sufrirá; porque el nombre de cristiano obliga á eso y á mucho más.

Allí don Fermín no decía que la virtud era fácil.

Era poco menos que imposible. La salvación se conseguía á costa de mucho padecer, y la alcanzaban muy pocos. La voz del Magistral en el estilo terrorista no era menos dulce que cuando sus ideas eran también melosas. La de salvación sonaba como la flauta del dios Pan; al decir: «Dios misericordioso, pero justo» aquella lengua imitaba el susurro del aura entre las flores...

Nunca hablaba del fuego del Infierno á los Carraspique. Eran tormentos de la conciencia los que les ofrecía para el caso probable de no salvarse, á pesar de tantos disgustos.

Doña Lucía encontraba á don Fermín algo flojo aque-

lla mañana. No hablaba con la sublime unción de otras veces. Su pesimismo piadoso le salía á duras penas de los labios. Notó la buena señora que su director espiritual hablaba como quien piensa en otra cosa.

Salió el Magistral.

Cuando se vió solo en el portal, sin poder contenerse, descargó un puñetazo sobre el pasamano de mármol del último tramo de la suntuosa escalera.

«—No hay remedio, no hay remedio!—dijo entre dientes—no he de empezar ahora á vivir de nuevo. Hay que seguir siendo el mismo.»

Otros días, al salir de aquella casa había gozado el placer fuerte, picante, del orgullo satisfecho; el dominio de las almas, que allí ejercía en absoluto, le daba al amor propio una dulce complacencia... Pero ahora nada de eso. No salía contento. Había procurado abreviar la visita suprimiendo palabras en sus piadosas arengas.

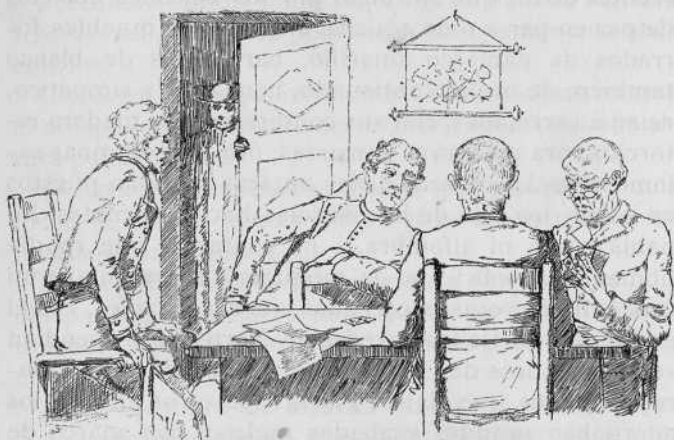
«Aquel idiota de don Robustiano le había puesto de mal humor. Eso debía de ser.»

«Necesitaba arrojar la careta, dar rienda suelta á su mal ánimo, pisar algo con ira...» Se dirigió á *Palacio*.

Así se llamaba por antonomasia el del obispo. Sumido en la sombra de la catedral, ocupaba un lado entero de la plazuela húmeda y estrecha que llamaban «La Corralada.» Era el palacio un apéndice de la Basílica, coetáneo de la torre, pero de peor gusto, remendado muchas veces en el siglo pasado y el presente. Con emplastos de cal y sinapismos de barro parecía un inválido de la arquitectura, y la fachada principal, renovada, recargada de adornos churriguerescos, sobre todo en la puerta y el balcón de encima, le daba un aspecto grotesco de viejo verde.

El Magistral dejó atrás el zaguán, grande, frío y desnudo, no muy limpio; cruzó un patio cuadrado, con algunas acacias raquíticas y parterres de flores mus-

tias; subió una escalera cuyo primer tramo era de piedra y los demás de castaño casi podrido; y después de un corredor cerrado con mampostería y ventanas estrechas, encontró una antesala donde los familiares del obispo jugaban al tute. La presencia del Provisor interrumpió el juego. Los familiares se pusieron de pié y uno de ellos hermoso, rubio, de movimientos suaves y ondulantes, de pulquérrimo traje talar, per-



fumado, abrió una mampara forrada de damasco color cereza. De lo mismo estaba tapizada toda la estancia que se vió entonces y que atravesó De Pas sin detenerse.

—¿Dónde estará, don Anacleto?

--Creo que tiene visitas—respondió el paje.—Unas señoras...

—¿Qué señoras?

Don Anacleto encogió los hombros con mucha gracia y sonrió.

Don Fermín vaciló un momento, dió un paso atrás;

pero en seguida volvió á adelantarlo y abrió una puerta de escape por donde desapareció.

Después de cruzar salas y pasadizos llegó al *salón claro*, como se llamaba en Palacio el que destinaba el obispo á sus visitas particulares. Era un rectángulo de treinta piés de largo por veinte de ancho, de techo muy alto cargado de artesones platerescos de nogal oscuro. Las paredes pintadas de blanco brillante, con medias cañas á cuadros doradas y estrechas, reflejaban los torrentes de luz que entraban por los balcones abiertos de par en par á toda aquella alegría. Los muebles frrados de damasco amarillo, barnizados de blanco también, de un lujo anticuado, bonachón y simpático, reían á carcajadas, con sus contorsiones de madera retorcida, ora en curvas panzudas, ora en columnas salomónicas. Los brazos de las butacas parecían puestos en jarras, los piés de las consolas hacían piruetas. No había estera ni alfombra, á no contar la que rendía homenaje al sofá; era de moqueta y representaba un canastillo de rosas encarnadas, verdes y azules. Era el gusto de S. I. De las paredes de Norte y Sur pendían sendos cuadros de Cenceño, pero retocados con colores chillones que daban gloria; los otros muros los adornaban grandes grabados ingleses con marco de ébano. Allí estaban Judit, Ester, Dalila y Rebeca en los momentos críticos de su respectiva historia. Un Cristo crucificado de marfil, sobre una consola, delante de un espejo, que lo retrataba por la espalda, miraba sin quitarle ojo á su Santa Madre de mármol, de doble tamaño que él, colocada sobre la consola de enfrente. No había más santos en el salón ni otra cosa que revelase la morada de un mitrado.

El Ilustrísimo Señor don Fortunato Camoirán, obispo de Vetusta, dejaba al Provisor gobernar la diócesis á su antojo; pero en su salón no había de tocar. Por esto habían valido poco las amonestaciones de don

Fermín para que Fortunato se abstuviese de adornar los balcones con jaulas pobres, pero alegres, en que saltaban y alborotaban aturdiendo al mundo, jilgueros y canarios, que en honor de la verdad, parecían locos.

«—Gracias que no llevo mis pájaros á la catedral para que canten el Gloria cuando celebro de Pontifical. Cuando yo era párroco de las Veguellinas, jilgueros y alondras y hasta pardales cantaban y silbaban en el coro y era una delicia oírlos.»

Fortunato era un santo alegre que no podía ver una irreverencia donde se podía admirar y amar una obra de Dios.

Glocester, el maquiavélico Arcediano, «opinaba que el obispo—pero este era su secreto—no estaba á la altura de su cargo.»

«—No basta ser bueno—decía—para gobernar una diócesis. Ni los poetas sirven para ministros, ni los místicos para obispos.»

Esta opinión era la más corriente entre el clero del obispado. Los señores de la junta carlista creían lo mismo. ¡Jamás habían podido contar para nada con el obispo!

¿Qué resultaba de aquella excesiva piedad? Que S. I. se abandonaba en brazos del Provisor para todo lo referente al gobierno de la Diócesis. Esto, según unos, era la perdición del clero y el culto, según otros una gran fortuna; pero todos convenían en que el bueno de Camoirán no tenía voluntad.

Era cierto que había aceptado la mitra á condición de escoger, sin que valieran recomendaciones, una persona de su confianza en quien depositar los cuidados del gobierno eclesiástico. El Magistral era sin duda el hombre de más talento que él había conocido. Además, doña Paula, cuando su hijo era un humilde seminarista, había servido en calidad de ama de llaves á Camoirán, á la sazón canónigo de Astorga. Desde en-

tonces aquella mujer de hierro había dominado al pobre santo de cera. El hijo, ayudado por la madre, continuó la tiranía, y, como decían ellos, «le tenían en un puño.» Y él estaba así muy contento.

¿Cómo había llegado á obispo? En una época de nombramientos de intriga, de complacencias palaciegas, para aplacar las quejas de la opinión se buscó un santo á quien dar una mitra y se encontró al canónigo Camoirán.

Llegó á Vetusta echando bendiciones y recibíendolas del pueblo. Con gran escándalo de su corazón sencillo y humilde se contaban maravillas de su virtud y casi le atribuyeron milagros. En cierta ocasión, cuando hacía su visita á las parroquias de los vericuetos, en el riñón de la montaña, jinete en un borrico, bordeando abismos, entre la nieve, se le presentó una madre desesperada con su hijo en los brazos. Una víbora había mordido al niño.

—Sálvamelo, sálvamelo!—gritaba la madre, de rodillas, cerrando el paso al borrico.

—Si yo no sé! si yo no sé!—gritaba el obispo desesperado, temiendo por la vida del angelillo.

—Sí, sí, tú que eres santo!—replicaba la madre con alaridos.

—¡El cauterio! el cauterio! pero yo no sé...

—¡Un milagro! un milagro!...—repetía la madre.

La vida de Fortunato la ocupaban cuatro grandes cuidados: el culto de la Virgen, los pobres, el púlpito y el confesonario.

Tenía cincuenta años, la cabeza llena de nieve, y su corazón todavía se abrasaba en fuego de amor á María Santísima. Desde el seminario, y ya había llovido después, su vida había sido una oda consagrada á las alabanzas de la Madre de Dios. Sabía mucha teología, pero su ciencia predilecta consistía en la doctrina de los Misterios que se refieren á la Mujer *sine labe concepta*.

De memoria hubiera podido repetir cuanto han dicho los Santos Padres y los Místicos en honor de la Virgen, y sabía alabarla en estilo oriental, con metáforas tomadas del desierto, del mar, de los valles floridos, de los montes de cedros; en estilo romántico—que irritaba al Arcipreste—y en estilo familiar con frases de cariño paternal, filial y fraternal.

Tenía escritos cinco libros que primero se vendían á peseta y después se regalaban, titulados así: *El Rosal de María* (en verso)—*Flores de María*—*La devoción de la Inmaculada*—*El Romancero de Nuestra Señora*—*La Virgen y el Dogma*.

Nunca se le había aparecido la Reina del Cielo, pero consuelos se los daba á manos llenas; y el espíritu se lo inundaba de luz y de una alegría que no podían oscurecer ni turbar todas las desdichas del mundo, al menos las que él había padecido.

En limosnas se le iba casi todo el dinero que le daba el gobierno y mucho de lo que él había heredado. ¡Pero ay del sastre si le quería engañar cobrándole caros los remiendos de sus pantalones! ¿No sabía él lo que eran remiendos? ¿No había zurcido su ropa y cosido botones S. I. muchas veces? En cuanto al zapatero, que era de los más humildes, aguzaba el ingenio para que las piezas y medias suelas que ponía á los zapatos del obispo estuvieran bien disimuladas.

—Pero, señor—gritaba el ama de llaves, doña Úrsula, heredera en el cargo de doña Paula;—si Vd. pide milagros. ¿Cómo no se han de conocer las puntadas? Compre Vd. unos zapatos nuevos, como Dios manda, y será mejor.

—¿Y quién te dice á ti, bachillera, que Dios manda comprar zapatos nuevos mientras el prójimo anda sin zapatos? Si ese remendón supiera su oficio, parecerían estos una gloria.

El obispo tenía sus motivos para exigir que los re-

miendos del calzado no se conocieran. El Provisor todos los días le pasaba revista, como á un recluta, mirándole de hito en hito cuando le creía distraído: y si notaba algún descuido de indumentaria que acusara pobreza indigna de un mitrado, le reprendía con acritud.



—Esto es absurdo—decía De Pas.—¿Quiere Vd. ser el obispo de *Los Miserables*, un obispo de libro prohibido? ¿Hace Vd. eso para darnos en cara á los demás que vamos vestidos como personas decentes y como exige el decoro de la Iglesia? ¿Cree Vd. que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas ó un limpia-chimeneas, llegaría la Iglesia á dominar en las regiones en que el poder habita?

—No es eso, hijo mío, no es eso—respondía el obispo sofocado, con ganas de meterse debajo de tierra.

—Si es una gloria veros vestidos de nuevo; si así debe

ser; si ya lo sé. ¿Crees tú que no gozo yo mirándoos á ti y á don Custodio y al primo del ministro, tan buenos mozos, tan relucientes, tan lechuguinos con vuestro sombrero de teja cortito, abierto, felpudo,... pues yo lo creo... si eso es una bendición de Dios; si así debe ser... ¿Pero sabes tú quién es Rosendo? Es un grandísimo pillo que me pide tres pesetas por unas medias suelas, y ni siquiera tapa un agujerito que le puede salir á la piel... Estos son nuevos, palabra de honor que son nuevos, pero se ríen; ¿qué les hemos de hacer si tienen buen humor?

Durante algunos años Fortunato había sido el predicador de moda en Vetusta. Su antecesor rara vez subía al púlpito, y el verle á él en la cátedra del Espíritu Santo casi todos los días despertó la curiosidad primero, después el interés y hasta el entusiasmo de los fieles. Su elocuencia era espontánea, ardiente; improvisaba; era un orador verdadero, valía más que en el papel, en el púlpito, en la ocasión. Hablaba de repente, llamas de amor místico subían de su corazón á su cerebro, y el púlpito se convertía en un pebetero de poesía religiosa cuyos perfumes inundaban el templo, penetraban en las almas. Sin pesar en ello, Fortunato poseía el arte supremo del escalofrío; sí, los sentía el auditorio al oír aquella palabra de unción elocuente y santa. La caridad en sus labios era la necesidad suprema, la belleza suma, el mayor placer. Cuando Fortunato bajaba de la cátedra deseando á todos la gloria por los siglos de los siglos, la unción del prelado corría por el templo como una influencia magnética; parecía que si se tocaban los cuerpos iban á saltar chispas de caridad eléctrica; el entusiasmo, la conversión, se leían en miradas y sonrisas; en aquellos momentos los vetustenses tomaban en serio lo de ser todos hermanos.

Pero esto había sido al principio. Después... el pú-

blico empezó á cansarse. Decían que el obispo *se prodigaba demasiado*. «El Magistral no se prodigaba.»

—Estudia más los sermones—decían unos.

—Es más profundo, aunque menos ardiente.

—Y más elegante en el decir.

—Y tiene mejor figura en el púlpito.

—El Magistral es un artista, el otro un apóstol.

Hacía mucho tiempo que Glocester, el Arcediano, no se explicaba por qué gustaba el obispo como predicador. «Él confesaba que no entendía aquello. Era demasiado florido.» Para Glocester no pasaba de *mera retórica* aquello de abrasarse en amor del prójimo. «Le sonaba á hueco.»

«—¿Y el dogma? ¿Y la controversia? El obispo nunca hablaba mal de nadie; para él como si no hubiera un grosero materialismo ni una hidra revolucionaria, ni un satánico *non serviam* libre-pensador.»

En concepto de Glocester, Camoirán había comenzado á desacreditarse en los *sermones de la Audiencia*. Todos los viernes de Cuaresma la Real Audiencia Territorial pagaba y oía con religiosa atención ó mística somnolencia un sermón que alguna notabilidad del púlpito vetustense predicaba en Santa María, la iglesia antiquísima.

«—Pues bien—decía Glocester—allí no se habla por hablar, ni lo primero que viene á la boca; allí no basta abrasarse en fuego divino; es necesario algo más, so pena de ofender la ilustración de aquellos señores. Se habla á jurisconsultos, á hombres de ciencia, señor mío, y hay que tentarse la ropa antes de subir á la cátedra sagrada. El obispo había hablado á los *señores del margen*, á la Audiencia Territorial ni más ni menos que al común de los fieles.»

El actual Regente—que no era Quintanar—había dicho, en confianza, á un oidor que *el sermón no tenía miga*. El oidor había corrido la noticia y el fiscal se

atrevió á decir que el obispo no se iba al grano.

Para irse al grano Gloucester. Aquel mismo año en que Fortunato lo había hecho tan mal, en concepto de los señores magistrados, se lució en su sermón de viernes el sinuoso Arcediano. Ya lo anunciaba él muchos días antes.

«—Señores, no llamarse á engaño; á mí hay que leerme entre líneas; yo no hablo para criadas y soldados; hablo para un público que sepa... eso, leer entre líneas.»

La musa de Gloucester era la ironía. Aquel viernes memorable, Mourelo se presentó en el púlpito sonriente, como solía (ocho días antes se había desacreditado el obispo), saludó al altar, saludó á la Audiencia y se dignó saludar al católico auditorio. Su mirada escudriñó los rincones de la iglesia para ver si, conforme le habían anunciado, algún libre-pensadorzuelo de Vestusta, de esos que estudian en Madrid y vuelven podridos, estaba oyéndole. Vió dos ó tres que él conocía, y pensó: «Me alegro; ahora veréis lo que es bueno.»

El regente—que no era Quintanar—con el entrecejo arrugado y la toga tersa, sentado en medio de la nave en un sillón de terciopelo y oro, contemplaba al predicador, preparándose á separar el grano de la paja, dado que hubiera de todo. Otros magistrados, menos inclinados á la crítica, se disponían á dormir disimuladamente, valiéndose de recursos que les suministraba la experiencia de estrados.

Gloucester se fué al grano en seguida. La antifrasis, el eufemismo, la alusión, el sarcasmo, todos los proyectiles de su retórica, que él creía solapada y hábil, los arrojó sobre el impío Arouet, como él llamaba á Voltaire siempre. Porque Mourelo andaba todavía á vueltas con el pobre Voltaire; de los modernos impíos sabía poco; algo de Renan y de algún apóstata español, pero nada más. Nombres propios casi ninguno: el

grosero materialismo, el asqueroso sensualismo, los cerdos de los establos de Epicuro y otras colectividades así hacían el gasto; pero nada de Strauss ni de las luchas exegeticas de Tubinga y Göttinga; amigo, esto quedaba para el Magistral, con no poca envidia de Gloucester.

Voltaire, y á veces el extraviado filósofo ginebrino, pagaban el pato. Pero no; otro caballo de batalla tenía el Arcediano: el paganismo, la antigua idolatría. Aquel día, el viernes, estuvo oportunísimo burlándose de los egipcios. Al Regente le costó trabajo contener la risa, que procuraba excitar Gloucester.

Aquellos grandísimos puercos que adoraban gatos, puerros y cebollas, le hacían mucha gracia al orador sagrado. «¡Con qué sandunga les tomaba el pelo á los egipcios!» según expresión de Joaquinito Orgaz, religioso por buen tono y que creía sinceramente que era un disparate la idolatría.

«—Sí, Señor Excelentísimo, sí, católico auditorio, aquellos habitantes de las orillas del Nilo, aquellos ciegos cuya sabiduría nos mandan admirar los autores impíos, adoraban el puerro, el ajo, la cebolla.» *¡Risum teneatis!* «*¡Risum teneatis!*» repetía encarándose con el perro de san Roque, que estaba con la boca abierta en el altar de enfrente. El perro no se reía.

Cerca de media hora estuvo abrumando á los Faraoes y sus súbditos con tales cuchufletas. «¡Dónde tenían la cabeza aquellos hombres que adoraban tales inmundicias!»

Ronzal, Trabuco, que admiró aquel sermón, dos meses después sacaba partido de las citas de Gloucester en las discusiones del Casino, y decía:

«—Señores, lo que sostengo aquí y en todos los terrenos, es que si proclamamos la libertad de cultos y el matrimonio civil, pronto volveremos á la idolatría, y seremos como los antiguos egipcios, adoradores

de Isis y *Busilis*; una gata y un perro según creo.»

El regente opinó, y con él toda la Territorial, que el señor Mourelo, arcediano, había estado á mayor altura que el señor Obispo. Esto cundió por las tertulias, corrillos y paseos, y cuantos pretendían pasar plaza de personas instruidas lamentaron que no hubiera más fondo en los sermones del prelado, que no se preparase y que *se prodigara tanto*.

Al cabo, la opinión llegó á decir esto, aunque ya sin el visto bueno de Gloucester:

«—Que había que desengañarse; el verdadero predicador de Vetusta era el Magistral.»

Pronto fué tal opinión un lugar común, una frase hecha, y desde entonces la fama del Obispo como orador se perdió irremisiblemente. Cuando en Vetusta se decía algo por rutina, era imposible que idea contraria prevaleciese.

Y así, fué en vano que en cierto sermón de Semana Santa Fortunato estuviera sublime al describir la crucifixión de Cristo.

Era en la parroquia de San Isidro, un templo severo, grande; el recinto estaba casi en tinieblas; tinieblas como reflejadas y multiplicadas por los paños negros que cubrían altares, columnas y paredes; sólo allá, en el tabernáculo, brillaban pálidos algunos cirios largos y estrechos, lamiendo casi con la llama los piés del Cristo, que goteaban sangre; el sudor pintado reflejaba la luz con tonos de tristeza. El Obispo hablaba, con una voz de trueno lejano, sumido en la sombra del púlpito; sólo se veía de él, de vez en cuando, un reflejo morado y una mano que se extendía sobre el auditorio. Describía el crugir de los huesos del pecho del Señor al relajar los verdugos las piernas del mártir, para que llegaran los piés al madero en que iban á clavarlos. Jesús se encogía, todo el cuerpo tendía á encaramarse, pero los verdugos forcejeaban; ellos ven-

cerían. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» exclamaba el Justo, mientras su cuerpo dislocado se rompía por dentro con chasquidos sordos. Los verdugos se irritaban contra la propia torpeza; no acababan de clavar los piés... Sudaban jadeantes y maldicientes; su aliento manchaba el rostro de Jesús... «¡Y era un Dios! el Dios único, el Dios de ellos, el nuestro, el de todos! ¡Era Dios!...» gritaba Fortunato horrorizado, con las manos crispadas, retrocediendo hasta tropezar con la piedra fría del pilar; temblando ante una visión, como si aquel aliento de los sayones hubiese tocado su frente y la cruz y Cristo estuvieran allí, suspendidos en la sombra sobre el auditorio, en medio de la nave. La inmensa tristeza, el horror infinito de la ingratitud del hombre matando á Dios, absurdo de maldad, los sintió Fortunato en aquel momento con desconsuelo inefable, como si un universo de dolor pesara sobre su corazón. Y su ademán, su voz, su palabra supieron decir lo indecible, aquella pena. Él mismo, aunque de lejos, y como si se tratara de otro, comprendió que estaba siendo sublime; pero esta idea pasó como un relámpago, se olvidó de sí, y no quedó en la iglesia nadie que comprendiera y sintiera la elocuencia del apóstol, á no ser algún niño de imaginación fuerte y fresca que por vez primera oía la descripción de la escena del Calvario.

Á las pausas elocuentes, cargadas de efectos patéticos, á que obligaba al Obispo la fuerza de la emoción, contestaban abajo los suspiros de ordenanza de las beatas, plebeyas y aldeanas, que eran la mayoría del auditorio. Éran los sollozos indispensables de los días de Pasión; los mismos que se exhalaban ante un sermón de cura de aldea, mitad suspiros, mitad eruptos de la vigilia.

Las señoras no suspiraban; miraban los devocionarios abiertos y hasta pasaban hojas. Los inteligentes

opinaban que el prelado « se había descompuesto », tal vez se había perdido. « Aquello era sacar el Cristo. » El púlpito no era aquello. Gloucester, desde un rincón, se escandalizaba para sus adentros. « ¡ Pero *eso* es un cómico ! » pensaba ; y pensaba repetirlo en saliendo. Creía haber encontrado una frase: « ¡ Pero *eso* es un cómico ! »

El Magistral no era cómico, ni trágico, ni épico. « No le gustaba sacar el Cristo ». En general prescindía en sus sermones de la epopeya cristiana y pocas veces predicó en la Semana de Pasión. « Rehuía los lugares comunes », según don Saturnino Bermúdez. La verdad era que De Pas no tenía en su imaginación la fuerza plástica necesaria para pintar las escenas del Nuevo Testamento con alguna originalidad y con vigor. Cada vez que necesitaba repetir lo de : « *Y el Verbo se hizo carne* » en lugar del pesebre y el Niño Dios veía, dentro del cerebro, las letras encarnadas del Evangelio de san Juan, en un cuadro de madera en medio de un altar : *Et Verbum caro factum est*.

En cierta época, cuando era joven, al pensar en estas cosas la duda le había atormentado tantas veces con punzadas de remordimiento, si quería figurarse la vida de Jesús, que ya tenía miedo de tales imágenes ; huía de ellas, no quería quebraderos de cabeza. « Bastante tenía él en que pensar. » Era un iconoclasta para sus adentros. Le faltaba el gusto de las artes plásticas ; y, sin atreverse á decirlo, opinaba que los cuadros, aunque fuesen de grandes pintores, profanaban las iglesias. Del dogma le gustaba la teología pura, la abstracción, y al dogma prefería la moral. La vocación de la filosofía teológica y el prurito de la controversia habían nacido ya en el seminario ; su espíritu se había empapado allí de la pasión de escuela, que suple muchas veces al entusiasmo de la verdadera fe. La experiencia de la vida había despertado su afición á los estudios morales. Leía con deleite los *Caracteres de La Bruyère* ;

de los libros de Balmes sólo admiraba *El Criterio* y— ¡quién se lo hubiera dicho al señor Carraspique!—en las novelas, prohibidas tal vez, de autores contemporáneos, estudiaba costumbres, temperamentos, buscaba observaciones, comparando su experiencia con la ajena.

¡Cuántas veces sonreía el Magistral con cierta lástima al leer en un autor impío las aventuras ideales de un presbítero! «¡Qué de escrúpulos! ¡qué de sinuosidades! ¡cuántos rodeos para pecar! y después ¡qué de remordimientos! «Estos liberales, añadía para sí, ni siquiera saben tener mala intención. Estos curas se parecen á los míos como los reyes de teatro se parecen á los reyes».

Los sermones de don Fermín tenían por asunto casi siempre ó la lucha con la impiedad moderna, la controversia de actualidad, ó los vicios y virtudes y sus consecuencias. Él prefería esta última materia. De vez en cuando, para conservar su fama de sabio entre las *personas ilustradas* de Vetusta, la emprendía con los infieles y herejes. Pero no se remontaba á los egipcios, ni siquiera á Voltaire. Los herejes que descuartizaba el Magistral eran frescos. Atacaba á los protestantes; se burlaba con gracia de sus discusiones, buscaba con arte el lado flaco de sus doctrinas y de su disciplina eclesiástica. Describiendo á veces los Consistorios de Berlín hacía pensar al auditorio: «¡Pero aquellos desgraciados están locos!»

No era su afán pintar á los enemigos como criminales encenagados en el error, que es delito, sino como duros de mollera. La vanidad del predicador comunicaba luégo con la de sus oyentes y se hacía una sola; nacía el entusiasmo cordial, magnético de dos vanidades conformes.

«¡Lástima que tantos y tantos millones de hombres como viven en las tinieblas de la idolatría, de la here-

jía, etc., no tuviesen el talento natural de los vetustenses apiñados en el crucero de la catedral, al rededor del púlpito! La salvación del mundo sería un hecho.»

El empeño constante del Magistral en la *cátedra* era demostrar «matemáticamente» la verdad del dogma. «Prescindamos por un momento del auxilio de la fe, ayudémonos sólo de nuestra razón... Ella basta para probar...» ¡Gran interés ponía en que la razón bastase! «La razón no explica los misterios, es verdad: pero explica que no expliquen.»—«Esto es mecánico» repetía, descendiendo gustoso al estilo familiar. En tales momentos su elocuencia era sincera; cuando traía entre ceja y ceja un argumento, cuando se esforzaba en demostrar por su $a+b$ teológico-racional cualquier artículo de fe, hablaba con calor, con entusiasmo. Entonces, sólo entonces se descomponía un poco; dejaba los ademanes acompasados, suaves, académicos, y encogía las piernas, se bajaba como un cazador en acecho, para disparar sobre el argumento contrario, daba palmadas rápidas, sin medida sobre el púlpito, se arrugaba su frente, se erizaban las puntas de acero que tenía en los ojos, y la voz se transformaba en trompeta desapacible y algo ronca... Pero ¡ay! esto era perderse. Su público no entendía aquello... y Dē Pas volvía á ser quien era, se erguía, doblaba las puntas de acero y tornaba á descargar citas sobre los abrumados vetustenses, que salían de allí con jaqueca y diciendo:

«¡Qué hombre! ¡qué sabiduría! ¿cuándo aprenderá estas cosas? ¡Sus días deben de ser de cuarenta y ocho horas!»

Las damas, aunque admiraban también aquello de que Renan copia á los alemanes, y lo de que no hay más sabios que el P. Secchi y otros cinco ó seis jesuitas, con lo demás de Götinga y de Tubinga y lo del orientalista Oppen, etc., etc., preferían oír al Magistral

en sus *sermones de costumbres* y él también prefería agradar á las señoras.

Si en los asuntos dogmáticos buscaba el auxilio de la sana razón, en los temas de moral iba siempre á parar á la utilidad. La salvación era un negocio, el gran negocio de la vida. Parecía un Bastiat del púlpito. «El interés y la caridad son una misma cosa. Ser bueno es *entenderla*.» Los muchos indianos que oían al Magistral sonreían de placer ante aquellas fórmulas de la salvación.

«¡ Quien se lo hubiera dicho! después de haber hecho su fortuna en América, ahora en el *pais natal*, sin moverse de casa, podían ganar fácilmente el cielo. ¡Habían nacido de piés!» Según De Pas, los malvados eran otros tontos, como los herejes. Y también aquello era mecánico, también lo demostraba por $a+b$. Pintaba á veces, con rasgos dignos de Molière ó de Balzac, el tipo del avaro, del borracho, del embustero, del jugador, del soberbio, del envidioso, y después de las vicisitudes de una existencia mísera resultaba siempre que *lo peor era para él*.

Su estudio más acabado era el del joven que se entrega á la lujuria. Le presentaba primero fresco, colorado, alegre, como una flor, lleno de gracia, de sueños de grandeza, esperanza de los suyos y de la patria... y después, seco, frío, hastiado, mustio, inútil.

Casi siempre se olvidaba de decir la que les esperaba á las víctimas del vicio en el otro mundo. Aquella moral utilitaria la entendían las señoras y los indianos perfectamente. El resumen que hacía de ella en sus adentros era este :

«¡ Guarda Pablo !»

«¡ Qué razón tiene !» pensaban muchas damas al oírle hablar del adulterio. Las más de estas eran *mujeres honradas* que no habían sido adúlteras, que no habían hecho más que *tontear, como todas*. En ocasiones se les

figuraba á las apasionadas de don Fermín que el imprudente contaba desde el púlpito lo que ellas le habían dicho en el confesonario.

También en el tribunal de la penitencia había derrochado el Provisor al Obispo.

Cuando Camoirán llegó á Vetusta, se vió acosado por el *bello sexo* de todas las clases: todas querían al Obispo por padre espiritual. Pero en el confesonario se desacreditó antes que en el púlpito. ¡Era tan soso! Y tenía la manga muy estrecha y sin gracia. Preguntaba poco y mal. Hablaba mucho y á todas les decía casi lo mismo. Además, era demasiado madrugador y ni siquiera guardaba consideraciones á las señoras delicadas. Se ponía en el confesonario al ser de día.

Se le fué dejando poco á poco. Aquello de tener que mezclarse en la capilla de la Magdalena (del trasaltar) con multitud de criadas y beatas pobres, tenía poca gracia. Y el obispo las iba llamando por *rigorosa antigüedad*, como en una peluquería, sin tener en cuenta si eran amas ó criadas. «Era demasiado *hacer el apóstol.*» Se le dejó.

Pronto se vió rodeado nada más de populacho madrugador. Canteros, albañiles, zapateros y armeros carlistas, beatas pobres, criadas tocadas de misticismo más ó menos auténtico, chalequeras y ribeteadoras, este fué su pueblo de penitentes bien pronto. «Por eso él se quejaba, muy afligido, de las malas costumbres y de los muchos nacimientos ilegítimos que debía de haber, según su cuenta. ¡Si tratara con señoritas!»

En una ocasión llegó á decirle al Gobernador civil:

—Hombre, ¿no estaría en sus atribuciones de usted prohibir el paseo de la zapatilla?

Aludía el obispo al paseo de los artesanos en el *Boulevard*, entre luz y luz.

Creía que de allí y de los bailes peseteros del Teatro nacía la corrupción creciente de Vetusta.

Así era el buen Fortunato Camoirán, prelado de la diócesis exenta de Vetusta la muy noble ex-corte; aquel humilde Obispo á quien el Provisor en cuanto entró en el salón reprendió con una mirada como un rayo.

El obispo estaba sentado en un sillón y las dos señoras en el sofá.

Eran Visita, la del Banco, y Olvido Páez, la hija de Páez el Americano, el segundo millonario de la Colonia.

El Obispo al ver al Magistral se ruborizó, como un estudiante de latín sorprendido por sus mayores con la primera tagarnina.

«¿Qué era aquello?» quería decir la mirada del Magistral, que saludó á las señoras inclinándose con gracia y coquetería inocente. «¡Unas señoras con el Obispo! Y ningún caballero las acompañaba! Esto era nuevo.»

Cosas de Visitación. Se trataba de seducir á su Ilustrísima para que fuese á honrar con su presidencia el solemne reparto de premios á la virtud, *organizado* por cierto círculo filantrópico. El círculo se llamaba *La Libre Hermandad*, nombre feo, poco español y con olor nada santo. En tal sociedad había una junta de caballeros y otra *agregada* de damas *protectrices* (gramática del Presidente del círculo).

La Libre Hermandad se había fundado con ciertos aires de institución independiente de todo yugo religioso, y su primer presidente fué el señor don Pompeyo Guimarán, que de milagro no estaba excomulgado y que no comulgaba jamás.

Era el Círculo algo como una oposición á *Las Hermanitas de los Pobres*, á la *Santa Obra del Catecismo*, á las *Escuelas Dominicales*, etc., etc. Desde luego se le declaró la guerra por el elemento religioso y á los pocos meses no había un pobre en todo el Ayuntamiento de

Vetusta que quisiera las limosnas, los premios ni la enseñanza de *La Libre Hermandad*.

Las niñas de las *Escuelas Dominicales* y los chiquillos del *Catecismo*, que cantaban por las calles en vez de coplas profanas el

Santo Dios, Santo Fuerte,
Santo Inmortal,

y lo de

Venid y vamos todos
con flores á María,

inventaron un cantar contra el Círculo. Decía así:

Los niños pobres no quieren
ir á la Libre Hermandad,
los niños pobres prefieren
la Cristiana Caridad.

La *cristiana caridad* y la perfección de la rima revelaban el estilo de don Custodio el beneficiado, que era —á tanto había llegado—director de las Escuelas Dominicales de niñas pobres.

La Libre Hermandad se hubiera muerto de consunción sin el valeroso sacrificio de su Presidente. Comprendió el señor Guimarán que los tiempos no estaban para secularizar la caridad y las primeras letras y presentó su dimisión «sacrificándose, decía, no á las imposiciones del fanatismo, sino al bien de los niños abandonados.» Con la dimisión de don Pompeyo y la feliz idea de crear la junta agregada de damas *protectorices* ganó algo la sociedad benéfica, y ya no se la hizo guerra sin cuartel. Pero aún no había lavado su pecado original que llevaba en el nombre. El Provisor despreciaba el tal círculo.

Visitación fué la primera dama agregada, por su

prurito de agregarse á todo. Actualmente era la tesorera de las *protectrices*.

Se trataba ahora de borrar los últimos vestigios de herejía ó lo que fuese, congraciándose con la catedral y rogando al señor Obispo que presidiera el solemne reparto de premios aquel año. «Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato?—Visitación, la del Banco.» ¿Quién más á propósito para tales atrevimientos? Por el bien parecer pidió que en su visita le acompañase otra dama *de viso*. Ninguna quiso ir, no se atrevían. Se votó y se nombró á Olvido Páez, por la representación de su papá y lo bien quista que era la joven en Palacio.

«—Sí—decía en la junta Visitación—que venga Olvido; así no creará el Magistral que el tiro va contra él; porque, como á mí no me puede ver...»

Y era verdad; el Magistral despreciaba á la del Banco y la tenía por una grandísima cualquier cosa. Era de las pocas señoras que ayudaban al Arcediano en su conspiración contra el Vicario general. Sin embargo, Visita confesaba á veces con don Fermín, á pesar de los desaires de éste. «Ya sabía él á qué iba allí aquella buena pécora, pero chasco se llevaba; la confesaba por los mandamientos y se acabó.»

«—¿Y qué más? adelante; ¿y qué más? estilo Ripamilán. Á buena parte iba la correveidile de Glocester.»

Fortunato ya había dado palabra de honor de ir á la solemne sesión de la Libre Hermandad. Esto y el ver allí á la de Páez, su más fiel devota, agravó el mal humor del Vicario. Le costó trabajo estar fino y cortés y lo consiguió gracias á la costumbre de dominarse y disimular. Visitación se complacía en adivinar la cólera del Provisor y le abrumaba á chistes, y le mareaba con aquel atolondramiento «que á él se le ponía en la boca del estómago.»

—Pero, señoras mías—dijo De Pas—hablemos con formalidad un momento.

—¿Qué? ¿cómo se entiende? ¿quiere Vd. recoger velas, que se desdiga S. I.?

—Creo, que...

—Nada, nada! La palabra es palabra. Nos vamos, nos vamos; ea, ea, conversación; no oigo nada... Vamos, Olvido... no oigo... no oigo...

Por una especie de milagro acústico cada palabra de Visitación sonaba como siete; parecía que estaba allí perorando toda la junta de *protectrices*.

Se levantó y se dirigió á la puerta llevando como á remolque á la de Páez.

El Magistral protestó en vano: «Aquella sociedad la había fundado un ateo, era enemiga de la Iglesia...»

—No hay tal—gritó desde la puerta Visita;—si así fuera, no figuraríamos nosotras como damas agregadas.

—Yo lo soy—advirtió la de Páez—por empeño de ésta que convenció á papá.

—Pero, señores, si la *Libre Hermandad* ha cantado ya la palinodia; si desde que ingresamos en ella nosotras, se acabó lo de la libertad y toda esa jarana...

—Tiene razón—se atrevió á decir el Obispo, á quien todavía engañaba el aturdimiento postizo de la del Banco;—tiene razón esa loquilla...

—No tiene tal!—gritó el Provisor, perdiendo un estribo por lo menos.—No tiene tal; y esto ha sido... una imprudencia.

Visita volvió la cara y sacó la lengua. «¡Cómo le trata!» pensó, envidiando á un hombre que osaba llamar imprudente al obispo.

Las damas salieron: S. I. quedó corrido; y después de indicar al Magistral que las acompañara por los pasillos estrechos y enrevesados, se puso en salvo, encerrándose en el oratorio, para evitar explicaciones.

El Magistral no pensó en buscarle.

La de Páez iba con la cabeza baja. Temía también una reprensión del prebendado. Éste aprovechó un momento en que Visita se detuvo para saludar á una familia que ella había recomendado al Obispo, y acercándose al oído de la joven dijo en tono de paternal autoridad:

—Ha hecho Vd. mal, pero muy mal en acompañar á esta... loca.

—Pero si me votaron...

—Si Vd. no fuera de esa junta...

—Papá espera á Vd. hoy á comer. Iba á escribirle yo misma, pero dése Vd. por convidado.

—Bueno, bueno; ¿no le gusta á Vd. oír las verdades?

—Lo que digo es que papá...

—Pues hoy no puedo ir... á comer. Estoy convidado hace días... otro Francisco que... pero allá nos veremos dentro de una hora; en cuanto despache de prisa y corriendo...

Se despidieron; las damas salieron á la calle y el Provisor entró, dejando atrás pasillos, galerías y salones, en las oficinas del gobierno eclesiástico.

Llegó á su despacho el señor vicario general, y sin saludar á los que allí le esperaban, se sentó en un sillón de terciopelo carmesí detrás de una mesa de ministro cargada de papeles atados con balduque. Apoyó los codos en el pupitre y escondió la cabeza entre las manos. Sabía que le esperaban, que pretendían hablarle, pero fingía no notarlos. Esta era una de las maneras que usaba para hacer sentir el peso de su tiranía; así humillaba á los subalternos; despreciándolos hasta no verlos á los dos pasos. Primero era su mal humor. Un mal humor de color de pez. La bilis le llegaba á los dientes. ¿Por qué? Por nada. Ningún disgusto grave le habían dado; pero tantas pequeñeces juntas le habían echado á perder aquel día que ha-

bía creído feliz al ver el sol brillante, al lavarse alegre frente al espejo. Primero su madre tratándole como á un chiquillo, recordándole las calumnias con que le perseguían; después las noticias alarmantes y las bromas necias del médico, luégo aquella Visitación, la Libre Hermandad, Olvidito faltando á la disciplina... y sobre todo aquel demonio de Obispo alarmándole con su humildad, recordándole nada más que con su presencia de liebre asustada toda una historia de santidad, de grandeza espiritual enfrente de la historia suya, la de don Fermín... que... ¿para qué ocultárselo á sí mismo? era poco edificante... Aquel paralelo eterno que estaba haciendo Fortunato sin saberlo, irritaba al Magistral. Y ahora le irritaba más que nunca. Ahora le parecía que la superioridad intelectual del vicario era nada en frente de la grandeza moral del obispo. Él era la única persona que sabía comprender todo el valor de Fortunato. ¡Qué poéticas, qué nobles, qué espirituales le parecían ahora la virtud del otro, su elocuencia, su culto romántico de la Virgen! Y las propias habilidades ¡que ruines, qué prosáicas! su carácter fuerte y dominante ¡qué ridículo en el fondo! «Á quién dominaba él? Á escarabajos!»

—¿Qué hay?—gritó con voz agria, levantando la cabeza y mirando á los escarabajos que tenía enfrente.

Eran un clérigo que parecía seglar y un seglar que parecía clérigo; mal afeitados los dos, peor el sacerdote que mostraba el rostro lleno de púas negras ásperas; vestían ambos de paisano, pero como los curas de aldea; el alzacuello del clérigo era blanco y estaba manchado con vino tinto y sudor grasiento; el cuello de la camisa del otro parecía también un alzacuello; usaba corbatín negro abrochado en el cogote.

Don Carlos Peláez, notario eclesiástico que desempeñaba otros dos ó tres cargos en Palacio, no todos

compatibles, se jactaba de ser una de las personas más influyentes en la curia eclesiástica y aun en el ánimo del señor Provisor. Bien iba á probarlo ahora interponiendo su favor para arrancar al mísero párroco de Contracayes, aldea de la montaña, de las garras de la disciplina. Había habido *un soplo*, cosa de envidiosos, y el Provisor sabía que Contracayes (el cura) tenía la debilidad de convertir el confesonario en escuela de seducción. De Pas había querido echar todo el peso de la censura eclesiástica y las más severas penas sobre Contracayes; pero gracias á los ruegos del notario había consentido, antes de proceder, en celebrar una conferencia con el párroco montañés, prometiendo que, si advertía en él verdadero arrepentimiento, se contentaría con un castigo de carácter reservado, que en nada perjudicaría la fama del clérigo, gran elector, y muy buen partidario de la causa óptima.

—¿Qué hay?— repitió el Magistral, sonriendo por máquina al notario.

Peláez señaló á su compañero, que era un buen mozo, moreno, de cejas muy pobladas, ceño adusto, ojos de color de avellana que echaban fuego, boca grande, orejas puntiagudas, cuello muy robusto y abultada nuez. Parecía todo él tizado, y no lo estaba; tenía tanto de carbonero como de cura; aquel matiz de las púas negras entre la carne amoratada de las mejillas se hubiera creído que le cubría todo el cuerpo. Nunca se había visto enfrente del Provisor, á quien temía por los rayos que manejaba, pero nada más hasta el punto que un gigantón salvaje puede temer á quien puede aplastar, en último caso, de una puñada. Notó don Fermín que Contracayes estaba más aturdido que atemorizado. Saludó el cura con un gruñido, y el Provisor no contestó siquiera.

El notario se volvió todo mieles; se sentó de soslayo en una silla para dar á entender al cura que estaba

allí como en su casa; hablaba con el lenguaje más familiar posible, sin pecar de irreverente; se permitía bromitas y estuvo á punto de declarar que el pecado de sollicitación no era de los más feos y que se podría echar tierra fácilmente al asunto. Y como el Magistral arrugase el ceño, Peláez mudó de conversación y habló con falso aturdimiento de las últimas elecciones y hasta aludió á las hazañas de cierto cura de la montaña que conocía él, que había metido el resuello en el cuerpo á una pareja de la guardia civil. Contracayes sonrió como un oso que supiera hacerlo.

El Magistral estaba pensando en la manera de sollicitar á sus penitentes que tendría aquel salvaje... Hubo un momento de silencio. No se había hablado palabra del *negocio* y hasta el mismo Peláez comprendió que había que abordar la *cuestión espinosa*.

Don Fermín, recordando de repente su mal humor, sus contratiempos del día, se puso en pié y encarándose con el párroco — que también se levantó como si fueran á atacarle, dijo con voz áspera:

—Señor mío, estoy enterado de todo, y tengo el disgusto de decirle que su asunto tiene muy mal arreglo. El concilio Tridentino considera el delito que Vd. ha cometido, como semejante al de herejía. No sé si Vd. sabrá que la Constitución *Universi Domini* de 1622, dada por la santidad de Gregorio XV le llama á Vd. y á otro como Vd. execrables traidores, y la pena que señala al crimen de sollicitar *ad turpia* á las penitentes, es severísima; y manda además que sea Vd. degradado y entregado al brazo secular.

El párroco abrió los ojos mucho y miró espantado al notario, que, á espaldas de don Fermín, le guiñó un ojo.

—Benedicto XIV—continuó el Magistral—confirmó respecto de los solicitantes las penas impuestas por Sixto V y Gregorio XV... y, en fin, por donde quiera que se mire el asunto está Vd. perdido...

—Yo creía...

—Creía Vd. mal, señor mío! Y si Vd. duda de mi palabra, ahí tiene Vd. en ese estante á Giraldis: «*Expositio juris Pontificii* que en el tomo II, parte 1.^a, trata la cuestión con gran copia de datos...»

El señor Peláez estaba acostumbrado al estilo del Provisor, que nunca era más erudito que al echar la zarpa sobre una víctima.

—Señor—se atrevió á decir Contracayes, algo amostazado y perdiendo mucha parte del miedo;—con la palabra de V. S. tengo ya bastante, y no es de los sagrados cánones de lo que me quejo, sino de mi mala suerte que me hizo resbalar y caer donde otros muchos, muchísimos que conozco resbalan pero no caen.

El Magistral se volvió de pronto, como si le hubiesen mordido en la espalda.

—¡Salga Vd. de aquí, señor insolente, y no me duerma Vd. en Vetusta!...—gritó.

—Pero, señor...

—¡Silencio digo! silencio y obediencia ó duerma Vd. en la cárcel de corona...

Y el Magistral descargó un puñetazo formidable sobre la mesa-escritorio.

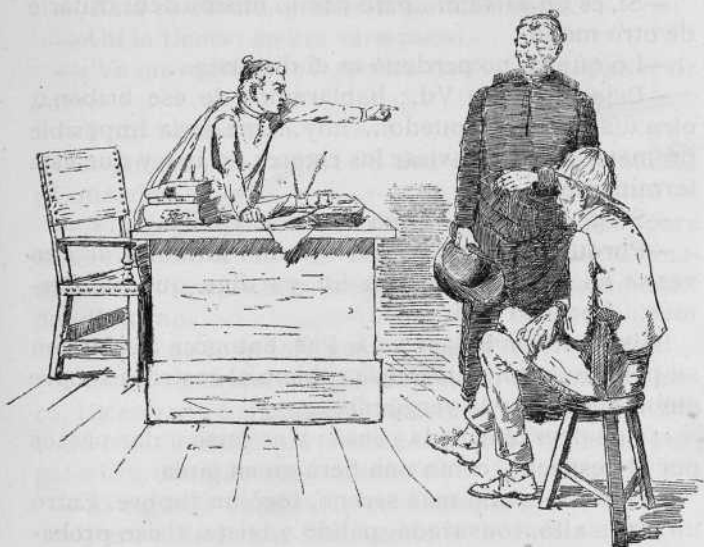
—¡Pues para este viaje no necesitábamos alforjas!—gritó Contracayes, no menos furioso, volviéndose al consternado Peláez, que no había previsto aquel choque de dos malos genios.

—Pero, señores, calma...

—¡Fuera de aquí, so tunante!—gritó el Magistral terciando el manto, descomponiéndose contra su costumbre...—¡Desgraciado de ti! date por perdido, mal clérigo...

—¿Pero yo qué he dicho, señor?—exclamó el párroco, que se asustó un poco ante la actitud de aquel hombre, en quien reconocía la superioridad moral de un Júpiter eclesiástico.

En cuanto conoció que su autoridad se acataba, De Pas fué amansando el oleaje de su cabeza; y al fin, pálido, pero con voz ya severa :



—Salga Vd.—dijo señalando á la puerta—salga Vd... libre por ser un loco... pero ni dos horas permanezca en la ciudad, ni hable con alma viviente de lo ocurrido aquí... y en cuanto á su crimen execrable, yo me entenderé, sin necesidad de ver á Vd., con el señor Peláez, y él le comunicará lo que resolvamos.

El clérigo quiso humillarse, pedir perdón...

—Salga Vd. inmediatamente.

Salió.

Peláez temblando y lívido se atrevió á decir :

—¡Cuánto siento!... señor Magistrat...

—No sienta Vd. nada. Han venido Vds. en mal día. Estoy nervioso. Quise asustarle, imponerle respeto

por el terror... y no conté con mi mal humor; me he exaltado de veras, me he dejado llevar de la ira...

—¡ Oh, no, eso no ! él si que es un animal, un salvaje...

—Sí, es un salvaje... pero por lo mismo debí tratarle de otro modo.

—Lo que yo no perdono es el disgusto...

—Deje Vd., deje Vd.; hablaremos de ese bribón... otro día. Hoy no puedo... hoy... me sería imposible prometer á Vd. suavizar los rigores de la ley que está terminante.

—Sí, ya sé... pero, como nunca se aplica...

—Porque no hay pruebas... como ahora. Y alguna vez se ha de empezar. En fin, ya digo que hablaremos... Necesito estar solo...

Salió también Peláez y De Pas, entonces á solas con su pensamiento, dejó que le subiera al rostro la sangre amontonada por la vergüenza...

«¡ Qué degradación !» pensó ; y se puso á dar paseos por el despacho, como una fiera en su jaula.

Cuando se sintió más sereno, tocó un timbre. Entró un joven alto, tonsurado, pálido y triste, tísico probablemente. Era un primo del Magistral que hacía allí veces de secretario.

—¿ Qué habéis oído ?

—Voces ; nada.

—El cura de Contracayes, que es un salvaje...

—Sí, ya sé...

—¿ Qué hay ?

—Nada urgente.

—¿ De modo que puedo irme ? No me necesitáis...

—No ; hoy no.

—Bueno, pues me voy... me duele la cabeza... no estoy para nada... Pero no se lo digas á mi madre... Si sabe que dejé el despacho tan pronto... creará que estoy enfermo...

—Sí, sí, eso sí.

—Ah! oye; la licencia para el oratorio de los de Páez, ¿vino ya?

—Sí.

—¿Está corriente, puedo llevármela ahora?

—Ahí la tienes, en ese cartapacio.

—¿Va en regla todo? ¿Podrá doblar el coadjutor de Parves?...

—Todo va en regla.

—Aquí veo una tarjeta de don Saturno Bermúdez. ¿Á qué vino?

—Á lo de siempre, á que no hagamos caso del pobre don Segundo, el cura de Tamaza, que reclama el dinero de las misas de San Gregorio que le ha hecho decir don Saturno...

—Y que no le quiere pagar.

—Es su costumbre. Está empeñado con todo el clero. Ha salvado á medio purgatorio (el joven tonsurado tosió con violencia por contener la risa), á medio purgatorio á costa de sus *ingleses*.

—El cura de Tamaza es un vocinglero...

—Pero pide lo que le deben...

—Pero no se puede hacer nada... ¿Quieres tú que yo me ponga de punta con el obispillo de levita?

—Eso no. Lo pagaríamos en el *Lábaro* que él inspira y que ahora te trata bien. Á propósito de periódicos; ayer venía en «*La Caridad*» de Madrid una correspondencia de Vetusta, y, mucho me engaño, ó en ella andaba la mano de Gloucester.

—¿Qué decía?

—Tontunas, que los carlistas estaban enseñoreados de algunas diócesis en que, contra el derecho, eran vicarios generales los que no podían serlo, sino interinamente y por gracia especial; pero que por ciertos servicios á la causa del Pretendiente, los superiores jerárquicos hacían la vista gorda.

—De modo, ¿que yo no puedo ser vicario general?

—Por lo visto no; porque entre los casos de excepción citan «los prebendados de oficio» y traen á cuento no sé qué disposiciones de los Papas...

—Sí, ya sé; un Breve de Paulo V y dos ó tres de Gregorio XV. ¡Majaderos! Y milagro será que no vengan también en lo de «ser natural de la diócesis.» ¡Idiotas! Qué poco sentido práctico tienen esos falsos católicos!... Gloucester debe de ser el corresponsal de ese papelucho; esas agudezas romas son de él. ¡Puf! ¡qué enemigos, señor, qué enemigos! ¡bestias, nada más que bestias!

El Magistral respiraba con fuerza, como aparentando ahogarse en aquel ambiente de necedad...

Quiso marcharse, sin ver á ningún clérigo ni seglar de los que esperaban en la antesala y en la oficina antigua... pero no pudo defenderse de las invasiones; el señor Carraspique asomó las narices por una puerta...

—¿Se puede?

«¡Era Carraspique!» Adelante, hubo que decir.

Venía á recomendar el pronto despacho de una expedición á la agencia de Preces; y algunos asuntos de capellanías... Hubo que acudir á los registros, consultar á los empleados. El Magistral, distraído, se aventuró á pasar del despacho á la oficina y allí se vió rodeado de litigantes, de pretendientes, casi todos muy afeitados, todos vestidos de negro, ó con sotana ó con levita que lo parecía. La oficina no ostentaba el lujo del despacho ni mucho menos; era grande, fría, sucia; el mobiliario indecoroso, y tenía un olor de sacristía mezclado con el peculiar de un cuerpo de guardia. Los empleados tenían la palidez de la abstinencia y la contemplación, pero producido por los miasmas del covachuelismo, miserable, sórdido y malsano, complicado aquí con la ictericia de los rapavelas.

Había una mesa en cada esquina, y al rededor de todas curas y legos que hablaban, gesticulaban, iban y venían, insistían en pedir algo con temor de un desaire; los empleados, más tranquilos, fumaban ó escribían, contestaban con monosílabos, y á veces no contestaban. Era una oficina como otra cualquiera con algo menos de malos modos y con poco más de hipocresía impasible y cruel.

Cuando entró el Provisor, disminuyó el ruido; los más se volvieron á él, pero el *jefe* se contentó con poner una mano delante de la cara como rechazando á todos los importunos y se fué á una mesa á preguntar por un expediente de mansos. «Lo que él decía; en las oficinas de Hacienda pública no daban razón; los expedientes de mansos dormían el sueño eterno, cubiertos de polvo.»

El señor Carraspique daba pataditas en el suelo.

—¡Estos liberales!—murmuraba cerca del Magistral.
—¡Qué Restauración ni qué niño muerto! son los mismos perros con distintos collares...

—El Estado se burla de la Iglesia, sí señor, eso es evidente, no hay concordato que valga; todo se promete, y no se hace nada...

Dos curas se acercaron humildemente al Magistral... Eran de la aldea; también ellos querían saber si los expedientes de mansos...

—Nada, nada, señores, ya lo oyen Vds.—dijo el Provisor en voz alta, porque se enterasen todos los presentes y no le aburrieran más—en las oficinas del gobierno civil dicen que se resolverán los expedientes uno á uno, porque no hay criterio general aplicable, es decir, que no se resolverán nunca los expedientes dichosos...

De Pas se vió cogido por la rueda que le sujetaba diariamente á las fatigas canónico-burocráticas: sin pensarlo, contra su propósito, se encenagó como todos

los días en las complicadas cuestiones de su gobierno eclesiástico, mezcladas hasta lo más íntimo con sus propios intereses y los de su señora madre; con cien nombres de la disciplina, muchos de los cuales significaban en la primitiva Iglesia poéticos, puros objetos del culto y del sacerdocio, se disfrazaba allí la eterna cuestión del dinero; espolios, vacantes, medias annatas, patronato, congruas, capellanías, estola, pié de altar, licencias, dispensas, derechos, cuartas parroquiales... y otras muchas docenas de palabras iban y venían, se combinaban, repetían y suplían, y en el fondo siempre sonaban á metal, y siempre el lucro del Provisor, el de su madre, iba agarrado á todo. Nunca había puesto los piés allí doña Paula, pero su espíritu parecía presidir el mercado singular de la curia eclesiástica. Ella era el general invisible que dirigía aquellas cotidianas batallas; el Magistral era su instrumento inteligente.

Como todos los días, se presentaron aquella mañana cuestiones turbias que el Provisor acostumbraba resolver como por máquina, con el criterio de su ganancia, con habilidad pasmosa, y con la más correcta forma, con pulcritud aparente exquisita. Más de una vez, sin embargo, al resolver una injusticia, un despojo, una crueldad útil, vaciló su ánimo (estaba nervioso, no sabía qué hierba había pisado), pero el recuerdo de su madre por un lado, la presencia de aquellos testigos ordinarios de su frescura, de su habilidad y firmeza, por otro, y en gran parte la fuerza de la inercia, la costumbre, le mantenían en su puesto; fué el de siempre, resolvió como siempre, y nadie tuvo allí que pensar si el Provisor se habría vuelto loco, ni él necesitó inventar cuentos para engañar á su madre. «Doña Paula podía estar satisfecha de su hijo; de su hijo; no del soñador necio y casquivano que aquella mañana se turbaba al leer una carta insignificante, y

se alegraba sin saber por qué al ver un sol esplendoroso en un cielo diáfano. ¡El sol, el cielo! ¿qué le importaban al Vicario general de Vetusta? ¿No era él un curial que se hacía millonario para pagar á su madre deudas sagradas y para saciar con la codicia la sed de ambiciones fallidas?»

«Sí, sí; eso era él; y no había que hacerse ilusiones, ni buscar nueva manera de vivir. Debía estar satisfecho y lo estaba.»

«—¡Hora y media en la oficina!—se dijo al salir del palacio, entre avergonzado y contento; y él que creía no haber pasado allí veinte minutos!»

Cuando se vió otra vez al aire libre, en la Corralada, De Pas respiró con fuerza... se le figuraba aquel día, que salir del Palacio era salir de una cueva. De tanto hablar allá dentro, tenía la boca seca y amarga y se le antojaba sentir un saborcillo á cobre. Se encontraba un aire de monedero falso. Se apresuró á dejar la plazuela que cubría de sombra la parda catedral... huyó hacia las calles anchas, dejó la Encimada con sus resonantes aceras gastadas y estrechas, su triste soledad solemne, su hierba entre los guijarros, sus caserones ahumados, sus rejas de hierro encorvadas, y buscó la Colonia, saliendo por la plaza del Pan, la calle del Comercio y el Boulevard, de cuyos arbolillos caían hojas secas sobre anchas losas. El manteo del Magistral las atraía, las arrastraba por la piedra en pos de sí con un ruido de marejada rítmico y gárrulo.

Allí se veía ya mucho cielo; todo azul; en frente la silueta del Corfín, azulada también. Aquello era la alegría, la vida. «¡Capellanías, bulas, medias annatas, reservas! ¿qué tenía que ver el mundo, el ancho, el hermoso mundo con todo eso? ¿Sabía aquel gigante de piedra, el Corfín grave, majestuoso, tranquilo, lo que eran agencias ni si la había de preces, ni por qué costaba dinero el sacar licencias de cualquier cosa?»

Iba el Magistral por el Boulevard adelante, saludando á diestro y siniestro, asustado con que se le ocurrieran á él estos pensamientos de bucólica religiosa. Precisamente siempre había sido enemigo de las Arcadias eclesiásticas y profesaba una especie de positivismo prosaico respecto de las necesidades temporales de la Iglesia. ¿Estaría enfermo? ¿Se iría á volver loco? Sin poder él remediarlo, mientras el aire fresco —el viento había cambiado del mediodía al noroeste— le llenaba los pulmones de voluptuosa picazón, la fantasía, sin hacer caso de observaciones ni mandatos, seguía herborizando y se había plantado en los siglos primeros de la Iglesia, y el Magistral se veía con una cesta debajo del brazo recogiendo de puerta en puerta por el Boulevard y el Espolón las ricas frutas que Páez, don Frutos Redondo y demás *Vespucios* de la Colonia arrancaban con sus propias manos en aquellos jardines que en efecto iba viendo á un lado y á otro detrás de verjas doradas, entre follaje deslumbrante y lleno de rumores del viento y de los pájaros.

El hotel de Páez era el primero de los seis que adornaban la calle Principal, flanqueándola por la parte del Sur. Era un gran cubo que parecía una torre atalaya de las que hay á lo largo de la costa en la provincia de Vetusta, recuerdo, según dicen, de la defensa contra los Normandos.

El señor de Páez no temía ningún desembarco de piratas, pues el mar estaba á unas cuantas leguas de su palacio, pero creía que la «*elegancia sólida*» consistía en fabricar muros muy espesos, en desperdiciar los mármoles, y, en fin, en trabajos *ciclopícos*», según su incorrecta expresión. En lo más alto del frontispicio había en vez de un escudo, que el señor Páez no tenía, un gran semicírculo de jaspe negro y en medio, en letras de oro, esta elocuente leyenda: 1868, que no indicaba más que la fecha de la construcción ciclópea.

En las esquinas del terrado de gran balaustrada que coronaba el castillo, sendas águilas de hierro pintado de verde probaban á levantar el vuelo. Aquellas águilas, según el señor Páez, hacían juego con otras dos bordadas en la alfombra de su despacho. No era el bueno de don Francisco el más rico americano de la Colonia; algunos millones más tenía don Frutos, pero al *Vespucio* de las Águilas «ni don Frutos ni san Frutos ni nadie le ponía el pié delante «tocante al rumbo» y él era el único vetustense que hacía visitas en coche y tenía lacayos de librea con galones á diario, si bien á estos lacayos jamás conseguía hacerles vestirse con la pulcritud, corrección y severidad que él había observado en los congéneres de la Corte.

Veinticinco años había pasado Páez en Cuba sin oír misa, y el único libro religioso que trajo de América fué el *Evangelio del pueblo* del señor Henao y Muñoz; no porque fuese Páez demócrata, ¡Dios le librase! sino porque le gustaba mucho el estilo cortado! Creía firmemente que Dios era una invención de los curas; por lo menos en la Isla no había Dios. Algunos años pasó en Vetusta sin modificar estas ideas, aunque guardándose de publicarlas; pero poco á poco entre su hija y el Magistral le fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal infalible de buen tono. Al cabo llegó Páez á ser el más ferviente partidario de la religión de sus mayores. «Indudablemente, decía, la Metrópoli debe ser religiosa». Y se hizo religioso; daba todo el dinero que se le pedía para el culto, y si muchas veces al disparatar lo hacía en menoscabo del dogma, siempre estaba dispuesto á retractarse y á cambiar aquel dislate por otro inofensivo.

Por dos brechas había logrado entrar la religión, en forma de Magistral, en la fortaleza de aquel espíritu libre-pensador y berroqueño: los dos flacos de Páez eran el amor á su hija y la manía del buen tono.

Decía Olvido con voz aguda y en tono de reprensión:

«—Papá, eso es cursi»; y don Francisco abominaba de aquello que antes le pareciera excelente.

El Magistral dominaba por completo á Olvidito y Olvido mandaba en su papá por la fuerza del cariño y por su conocimiento de lo que llamaban allí buen tono.

Olvido era una joven delgada, pálida, alta, de ojos pardos y orgullosos; no tenía madre y hacía la vida de un idolillo próximamente, suponiendo actividad y conciencia en el ídolo. La servían negros y negras y un blanco, su padre, el esclavo más fiel. Ni un capricho había dejado de satisfacer en su vida la niña. Á los diez y ocho años se le ocurrió que quería ser desgraciada, como las heroínas de sus novelas, y acabó por inventar un tormento muy romántico y muy divertido. Consistía en figurarse que ella era como el rey Midas del amor, que nadie podía quererla por ella misma, sino por su dinero, de donde resultaba una desgracia muy grande efectivamente. Cuantos jóvenes elegantes, de buena posición, nobles ó de talento relativo, se atrevieron á declararse á Olvido, recibieron las fatales calabazas que ella se había jurado dar á todos con una fórmula invariable. «El amor no era su lote»; no creía en el amor. Poco á poco se fué apoderando de su ánimo aquella farsa inventada por ella y tomó la niña en serio su papel de reina Midas; renunció al amor, antes de conocerlo, y se dedicó al lujo con toda el alma. Amó el arte por el arte: ella era la que más riqueza ostentaba en paseos, bailes y teatro; llegó á ser para Olvido una religión el traje. No lucía dos veces uno mismo. Llegaba tarde al paseo, daba tres ó cuatro vueltas, y cuando ya se sentía bastante envidiada, á casa, sin dignarse jamás pasar los ojos sobre ningún individuo del sexo fuerte en estado de merecer. Los vetustenses llegaron á mirarla como un maniquí car-

gado de artículos de moda, que sólo divertía á las señoritas. «Era una gran proporción» en quien no había que pensar.

«Olvido espera un príncipe ruso» era la frase consagrada. Cuando un incauto forastero se atrevía á probar fortuna, se le llamaba «el príncipe ruso» por ironía hasta que salía con las manos en la cabeza.

Á la de Páez se le ocurrió después, cansada de no tener en el corazón más que trapos, hacerse devota. Buscó al Magistral con buenos modos, como al Magistral le gustaba que le buscasen, y lo encontró. Se entendieron. Para don Fermín aquella muchacha delgada, fría, seca, no era más que el camino que conducía á don Francisco, que empleaba sus millones en comprar influencia. Pero Olvido tuvo la mala ocurrencia de enamorarse místicamente (así se decía ella) del Magistral. Éste se hizo el desentendido, aprovechó aquella nueva necesidad de la niña para ganar al padre cuanto antes, y como no vió ningún peligro para nadie en la pasión imaginaria de la americanilla antojadiza, no la apartó de su lado, como había hecho con otras mujeres menos tímidas y más temibles para la carne. De Pas tenía un proyecto: casar á Olvido con quien él quisiera; creía poder conseguirlo; pero aún no había candidato; aquella proporción debía ser el premio de algún servicio muy grande que se le hiciera á él, no sabía cuándo ni en qué necesidad fuerte.

Aquella mañana se le recibió en el *hotel-Páez* como siempre, bajo palio, según la frase de don Francisco.

Pisando aquellas alfombras, viéndose en aquellos espejos tan grandes como las puertas, hundiendo el cuerpo, voluptuosamente, en aquellas blanduras del lujo cómodo, ostentoso, francamente loco, pródigo y deslumbrador, el Magistral se sentía trasladado á regiones que creía adecuadas á su gran espíritu; él, lo pensaba con orgullo, había nacido para aquello; pero

su madre codiciosa, la fortuna propia insuficiente para tanto esplendor, el estado eclesiástico, la necesidad de aparentar modestia y casi estrechez, le tenían alejado del ambiente natural... que era aquel... El Magistral al entrar en estos salones y gabinetes suavizaba más sus modales suaves y con fácil elegancia, manejaba el manteo y plegaba la sotana y movía manos, ojos y cuello con una distinción profana que no llegaba nunca á la desfachatez del cura que reniega del pudor de los hábitos al pisar los palacios del gran mundo,.. ó sus sucedáneos. De Pas nunca dejaba de ser el Magistral; pero demostraba, sin más que moverse, sonreír ó mirar, que el prebendado, sin dejar de serlo, podía ser hombre de sociedad como cualquiera. Uníase esta gracia á las cualidades físicas de que estaba adornado, á su fama de hombre elocuente, de gran influencia y de talento, y, como decía la Marquesa de Vegallana, «era un cura muy presentable».

Don Francisco Páez y su hija suplicaron á don Fermín que comiera con ellos; no tenían á nadie, sería una comida de familia... los tres solos.

—¡Los tres solos!—decía Olvido dejando de ser sorbete por un momento.

El Magistral de piés, en el umbral de una puerta, con una colgadura de terciopelo cogida y arrugada por su blanca mano, se inclinaba con gracia, sonreía, y movía la cabeza pequeña y bien torneada diciendo: *no* con el gesto... con cierta coquetería *epícena*.

—¡Anda, papá! sujétale—decía Olvido con voz suplicante, arrastrando las sílabas que parecían salir de la nariz.

—Imposible.

—Es muy terco hija, déjale... no quiere que le agradezcamos la licencia del oratorio y el permiso para doblar la misa para don Anselmo.

—Agradézcaselo Vd. á Su Santidad.

—Sí, que por mi cara bonita me entrega Su Santidad esta gracia...

El Magistral sonreía, dispuesto á escapar si querían asirle.

—Pero, vamos á ver, una razón, dé Vd. una razón—gritó Olvido, otra vez restituida á su natural frigórico.



El Magistral se puso un poco encarnado.

Tuvo que mentir.

—Estoy convidado en casa de otro Francisco hace tres días; no puedo faltar, sería un desaire... ya sabe Vd. lo que son estos pueblos... qué dirían...

No había tal cosa. Nadie le había convidado á comer. Le esperaba su madre como todos los días.

Sin embargo, al negarse á aceptar aquel convite espontáneo y cordial, que en cualquier otra ocasión le hubiera halagado, obedecía á un presentimiento. No sabía por qué se le figuraba que le iban á convidar en casa de Vegallana, última visita que pensaba hacer. ¿Por qué le habían de convidar? Además allá comían á la francesa, aunque doña Rufina solía cambiar las horas y comer á la que se le antojaba. De todas suertes, los días de Paquito Vegallana no solían celebrarlos con *gaudeamus*, ni él estaba invitado ni... con todo... dejó aquella visita para última hora. Y ¿por qué había de preferir la mesa de los marqueses á la de Páez, no menos espléndida? Aunque quiso rehuir la contestación á esta pregunta capciosa, la conciencia se la dió como un estallido en los oídos, antes que pudiera él preparar una mentira. «Es que la Regenta come á veces con los marqueses, especialmente en días como este, porque á ella la miran como una de la familia.»

«¿Y qué le importaba á él ni la familia, ni la Regenta, ni la comida de los marqueses?»

Después de visitar á otros dos Pacos de importancia y á una Paca beata, el Magistral, con un tantico de hambre, de hambre sana, entró por los pórticos de la plaza Nueva en la calle de Los Canónigos, atravesó la de Recoletos y llegó á la de la Rúa, y al portero del marqués de Vegallana, que era un enano vestido con librea caprichosa, le preguntó con voz temblona:

—¿Está el señorito?

En aquel momento se abría la puerta del patio con estrépito y sonaban dentro carcajadas. El Magistral reconoció la voz de Visita que gritaba:

—¡Pues no señor! no son azules...

—Sí, señora, azules con listas blancas—respondía Paco, batiendo palmas.

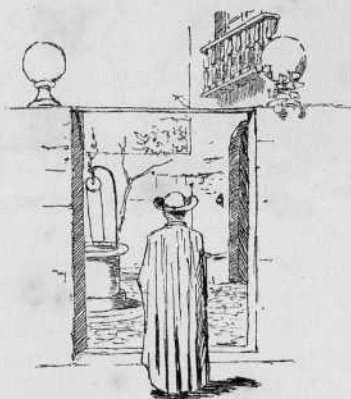
—¿A qué no? ¿á qué no?

—Tonta, tonta—decía otra voz más suave desde una

ventana del primer piso—no le creas; si no se ha visto nada... si estaba yo más abajo y no ví nada...

Esta voz era la de Ana Ozores.

Al Magistral le zumbaron los oídos... y entró en el patio.





XIII

EL sol entraba en el salón amarillo y en el gabinete de la Marquesa por los anchos balcones abiertos de par en par; estaba convidado también, así como el vientecillo indiscreto que movía los flecos de los guardamallitas de raso, los cristales prismáticos de las arañas, y las hojas de los libros y periódicos esparcidos por el centro de la sala y las consolas. Si entraban raudales de luz y aire fresco, salían corrientes de alegría, carcajadas que iban á perder sus resonancias por las calles solitarias de la Encima-

da, ruido de faldas de enaguas almidonadas, de manteos crugientes, de sillas traídas y llevadas, de abanicos que aletean... Lo mejor de Vetusta llenaba el salón y el gabinete. Doña Rufina vestida de azul eléctrico, empolvada la cabeza que adornaban flores naturales que parecían, sin que se supiera por qué, de trapo, doña Rufina reinaba y no gobernaba en aquella sociedad tan de su gusto, donde canónigos reían, aristócratas fatuos hacían el pavo real, muchachuelas coqueteaban, jamonas lucían carne blanca y fuerte, diputados provinciales salvaban la comarca, y elegantes de la legua imitaban las amaneradas formas de sus congéneres de Madrid.

La Marquesa tendida en una silla larga, forrada de satén, estaba en la galería de su gabinete respirando con delicia el aire fresco de la calle. Se disputaba á gritos. Cerca de ella, triunfante, en pié, con un abanico de nácar en la mano derecha, dándose aire voluptuosamente, ostentaba Gloucester su buena figura torcida. Con la mano izquierda sujetaba, como con un clavo romano, los pliegues del manteo, que caía con gracia camino del suelo, deteniéndose en brillante montón de tela negra sobre la falda de color cereza de la siempre llamativa Obdulia Fandiño; quien á los piés de la Marquesa y á los piés del Arcediano, sentada en un taburete histórico (robado al salón arqueológico del marqués) se inclinaba más graciosa que recatada y honesta sobre el regazo de su noble amiga. Estas tres personas formaban grupo en el balcón de galería, y desde el gabinete, sentados aquí y allá, y algunos en pié, oían á Gloucester tres canónigos más, el capellán de la casa, don Aniceto, tres damas nobles, la gobernadora civil, Joaquinito Orgaz, y otros dos pollos vetustenses, de los que estudiaban en la Corte.

Se discutía á gritos, entre carcajadas, con chistes repetidos de generación en generación y de pueblo en

pueblo, y con frases hechas inveteradas, si la mujer puede servir á Dios lo mismo en el siglo que en el claustro; y si se necesita más virtud para atreverse á resistir las tentaciones que asedian en el mundo á una buena madre y fiel esposa, que para encerrarse en un convento.

Todas las señoras menos una, alta, gruesa y vestida con hábito del Carmen (una señora que parecía un fraile) sostenían que tiene más mérito la buena casada del siglo que la esposa de Jesús.

La gobernadora se exaltaba; accionaba con el abanico cerrado y puesto sobre su cabeza y llamaba *señor mío* al Arcediano.

Glocester defendía el claustro, pero batiéndose en retirada por galantería, sonriendo y abanicándose.

En el salón se hablaba de política local. Gran conflicto habrían creado al gobierno, en opinión de todos los del corro, el alcalde presidente del Ayuntamiento y la viuda del marqués de Corujedo exigiendo el mismo estancuillo, el importante estancuillo del Espolón para sus respectivos recomendados.

El jefe económico había dicho que allá el gobernador; lo estaba refiriendo él á los presentes. El gobernador había consultado al gobierno por telégrafo (lo acababa de decir la gobernadora), y el gobierno tenía que decidir entre desairar á la dama conservadora que disponía de más votos en Vetusta ó á uno de los más firmes apoyos de la causa del orden, que era el señor alcalde.

Los pareceres se dividían. El marqués de Vegallana y Ripamillán, que estaba en medio del grupo, volviéndose á todos lados, opinaban que *ellos* gobierno, darian el estanco á la viuda. «¡Primero que todo eran las señoras!»

Trabuco, ó sea Pepe Ronzal, de la comisión provincial, creía con la mayoría de los presentes, el jefe eco-

nómico inclusive, que la razón de estado aconsejaba preferir la pretensión del alcalde, aunque éste, según malas lenguas, quería el estanco para una su ex-concubina.

—¡Ya ven Vds., eso es un escándalo!—decía el marqués, que tenía todos sus hijos ilegítimos en la aldea;—ese hombre no sabe recatarse...

—Yo paso por eso—decía el Arcipreste;—lo malo no es que él quiera pagar deudas sagradas, lo malo es haberlas contraído... ¡Pero la otra es una dama!...

Mientras en el salón y en el gabinete se discutía así y de otras muchas maneras, por las habitaciones interiores del primer piso, por el comedor, por los pasillos, por la escalera que conducía al patio y á la huerta, corrían alegres, revoltosos, Paco Vegallana, que celebraba sus días, Visitación, Edelmira, sobrina de la marquesa (una niña de quince años que parecía de veinte), don Saturnino Bermúdez y el señor de Quintanar; la Regenta y don Álvaro Mesía presenciaban los juegos inocentes de los otros desde una ventana del comedor que daba al patio.

Quintanar le había pedido á Paco un batín para reemplazar la levita de tricot que se le enredaba en las piernas. El batín le venía ancho y corto. Era de alpaca muy clara.

El Magistral se encontró en la escalera con Visitación y Quintanar que buscaban por los rincones la petaca del ex-regente, que Edelmira y Paco habían escondido. Don Saturnino Bermúdez, pálido y ojoso, con una sonrisa cortés que le llegaba de oreja á oreja, venía detrás, solo, también hecho un loquillo de la manera más desgraciada del mundo. Daba tristeza verle divertirse, saltar, imitar la alegría bulliciosa de los otros. Pero, amigo, era su obligación: era pariente, era de los íntimos de la casa, de los que se quedaban á comer, y necesitaba hacer lo que los demás, correr,

alborotar, y hasta dar pellizcos á las señoras, si á mano venía. Siempre se quedaba solo; si quería decir algo á la Regenta, á Visitación ó á Edelmira, le dejaban las damas con la palabra en la boca, sin poder remediarlo, distraídas. No era falta de educación, sino que los párrafos de Bermúdez eran tan complicados, constaban de tantos incisos y colones, que oírle uno entero sería obra de regla. Cuando vió al Magistral vió el cielo abierto; ya tenía pretexto para volver á ser formal. Le saludó con la finura «que le era característica» y se dispuso á acompañarle al salón. Paco le había saludado de lejos, deprisa y mal, porque en aquel momento huía con la petaca de Quintanar á esconderla en la huerta, seguido de Edelmira, su más rolliza y vivaracha y colorada prima.

—Es loco ese chico, cuando se pone á enredar—dijo Bermúdez disculpando á su pariente, y como recibiendo en calidad de deudo de los marqueses al señor Magistral.

Don Fermín miró de soslayo á la Regenta y á don Álvaro que hablaban en la ventana del comedor. Hizo como que no los veía, y con un poco de fuego en las mejillas, se dejó llevar por don Saturnino hasta el salón.

Los señores graves le recibieron con las más lisonjeras muestras de respeto y estimación.

—¡ Oh, señor Magistral !

—¡ Oh cuánto bueno !

—Aquí está el Antonelli de Vetusta.

El Marqués le dió un abrazo, que envidió un cura pequeño, paniaguado de la casa.

Ripamilán estrechó la mano de don Fermín con cariño efusivo; y juntos pasaron al gabinete.

Los tres canónigos se levantaron; la señora que parecía un fraile sonrió satisfecha y murmuró :

—¡ Ah, señor Provisor !...

—Gracias á Dios, señor perdido...—gritó la Marquesa incorporándose un poco y alargando una mano, que desde lejos, y gracias á su buena estatura, pudo estrechar el Magistral con gallardía, haciendo un arco sobre el cuerpo gentil, color cereza, de Obdulia, que desde allá abajo parecía querer tragar al buen mozo en los abismos de los grandes ojos negros.—El Arcediano se quedó con el abanico abierto, inmóvil, como aspa de molino sin aire. Comprendió de repente que acababa de ser desbancado; de papel principal se convertía en partiquino. En efecto, su discurso, que escuchaban con deleite curas y damas, se ahogó sin que nadie lo echase de menos. Gloucester se sintió eclipsado de tal modo, que hasta creyó tener frío, como si de pronto se hubiera escondido el sol.

«Siempre sucedía lo mismo; había motivo para aborrecer á aquel hombre.» Sin embargo, Mourelo, á fuer de canónigo de mundo, ocultó una vez más sus sentimientos y tendió la mano á su enemigo, acompañando la acción con una catarata de gritos guturales con que significaba su inmensa alegría.

—¡Hola, hola, hola!..—y daba palmaditas en el hombro al otro.

El Magistral no pudo saborear tranquilamente aquel triunfo vulgar, ordinario, porque sin querer pensaba en el grupo de la ventana del comedor. Mientras respondía con modestia y discreción á todos aquellos amigos, su imaginación estaba fuera.

Pasaban minutos y minutos y los del comedor no venían.

«¿Comería en casa de la Marquesa, Anita? Entonces no iría á reconciliar aquella tarde, como rezaba su carta...»

La aparente cordialidad y la alegría expansiva de todos los presentes, ocultaba un fondo de rencores y envidias. Aquellas señoras, clérigos y caballeros par-

ticulares estaban divididos en dos bandos enemigos en aquel instante; el bando de los envidiados y el de los envidiosos; el de los convidados á comer, que eran pocos, y el de los no convidados. Aunque se hablaba tanto de tantas cosas, la idea que preocupaba á todos era la del convite. No se aludía á él y no se pensaba en otra cosa. Empezaron las despedidas, y los que se iban disimulaban el despecho, cierta vergüenza; se creían humillados, casi en ridículo. Muchacho había que saludaba torpemente y salía como corrido. Las señoras eran las que peor fingían tranquilidad é indiferencia. Algunas salían ruborizadas. Gloucester era de los que no estaban convidados. La duda que le mortificaba era ésta: «¿Y él? ¿está convidado De Pas?» No lo sabía, y no quería marcharse sin averiguarlo. Como pasaba el tiempo, y ya gabinete y salón quedaban poco á poco despejados, el Magistral creyó que debía irse. Se acercó á la Marquesa, pero no tuvo valor para despedirse y le habló de cualquier cosa. En aquel momento entró Visitación en el gabinete, echando fuego por ojos y mejillas, habló aparte, y «con permiso de aquellos señores» á la Marquesa y á Obdulia: las tres rodearon al Magistral y con permiso de los señores—que ya no eran más que el Arcediano y dos pollos vetustenses insignificantes,—tuvieron con él un conciliábulo en que hubo risas, protestas del Magistral, mimosas y elegantes en los gestos que las acompañaban. En los murmullos de las damas habría súplicas en quejidos, coqueterías sin sexo, otras con él, aunque honestamente señaladas; Gloucester, que fingía atender á lo que le decían los pollos insulsos, devoraba con el rabillo del ojo á los del grupo. «No cabía duda, le estaban suplicando que se quedase á comer.» Terminó el conciliábulo, salieron Obdulia y Visitación, corriendo, alborotando, haciendo alarde de la confianza con que trataban á los marqueses, y los jóvenes se

despidieron. Quedaban en el gabinete la Marquesa, el Magistral y Glocester. Hubo un momento de silencio. El Arcediano se dió un minuto de prórroga para ver si el otro se despedía también. En el salón se oyó la voz de algunos que decían adiós al Marqués... ya no quedaban en la casa más que los convidados... Glocester, sacando fuerzas de flaqueza, se levantó, tendió la mano á doña Rufina, y salió diciendo chistes, haciendo venias y prodigando risas falsas. Iba ciego; ciego de vergüenza y de ira. «¡Convidar al otro... á un prebendado de oficio... y desairarle á él... que era dignidad! Siempre el enemigo triunfante!... Pero ya las pagaría todas juntas.»

En el portal, mientras se echaba el manteo al hombro (y eso que hacía calor) pensó esta frase: «¡esta señora marquesa es una... trotaconventos, es una Celestina!... Se quiere perder á esa joven! se quiere *metérselo* por los ojos!... Y salió á la calle pensando atrocidades y buscando fórmula *decorosa* para comunicar al prójimo lo que pensaba.

Los convidados eran: Quintanar y señora, Obdulia Fandiño, Visitación, doña Petronila Rianzares (la señora que parecía un fraile), Ripamillán, Álvaro Mesía, Saturnino Bermúdez, Joaquín Orgaz, y á última hora el Magistral con algunos otros vetustenses ilustres, v. gr., el médico Somoza. Edelmira se cuenta como de la casa, pues en ella era huésped.

Otros años no se celebraban de esta manera los días de Paco; los celebraba él fuera de casa. Pero esta vez se había improvisado aquella fiesta de confianza y se comía á la española, por excepción, para visitar por la tarde, en los coches de la casa, la quinta del Vivero, donde el marqués tenía una quinta rodeada de grandes bosques y una fábrica de curtidos, montada á la antigua. Se trataba de ir á ver los perros de caza y uno del monte de San Bernardo que Paco había comprado

días antes. Eran su orgullo. Después de las mujeres venales, el marquesito adoraba los animales mansos, sobre todo perros y caballos.

Lo de convidar al Magistral había sido un *complot* entre Quintanar, Paco y Visitación. La idea se debía á la del Banco. Era una broma que quería darle á Mesía; quería ver al confesor y al diablo, al tentador, uno en frente de otro. Á Quintanar se le dijo que se convidaba á De Pas para ver á Obdulia coquetear con el clérigo, y al pobre Bermúdez, enamorado de la viuda, rabiarse en silencio. Á Quintanar le pareció bien la ocurrencia, pero dijo «que él se lavaba las manos, por lo que había de irreverente en el propósito; á pesar de que ya se sabía que él consideraba á los curas tan hombres como los demás.»

—Por otra parte—añadió el ex-regente—me alegro de que don Fermín coma con nosotros, porque de este modo se le quitará á mi mujer la idea empecatada de ir á reconciliar esta tarde... Quiero que se acostumbre á ver á su nuevo confesor de cerca, para que se convenza de que es un hombre como los demás... Eso es... y salvo el respeto debido... á ver si Vds. me lo emborrachan...

Paco no quería perjudicar á Mesía en sus planes, á los cuales tal vez obedecía en parte la fiesta de aquel día; pero encontró muy gracioso y picante el molestar al señor Magistral, si, como Visitación sospechaba, á este ilustre canónigo le disgustaba ver á la Regenta entregada al brazo secular de Mesía.

Visitación había dicho á Paco de buenas á primeras, que ella lo sabía todo, que Alvaro tampoco para ella tenía secretos.

—¿Pero y Ana? ¿te ha dicho algo?

—¿Ana? En su vida; buena es ella. Pero déjate...

—Por supuesto que no se trata más que de una cosa... *espiritual*...

—Ya lo creo... espiritualísima...

—Porque sino, nosotros... no nos prestaríamos... ya ves... el pobre don Víctor...

—¡Ya se ve!... Bromas, chico, nada mas que bromas; pero ya verás como al Provisor le saben á cuerno quemado (así hablaba Visitación con sus amigos íntimos).

—Le consolará Obdulia, que le asedia y le prefiere á don Saturno, al mitrado y á mi amigo Joaquín.

—Pero él la aborrece... es muy escandalosa... no le gustan así...

—Tú si que le odias á él...

—Me cargan los hipócritas, chico... Y oye; á ti te conviene que el Magistral se quede.

—¿Por qué?

—Porque Obdulia te dejará en paz, y podrás cultivar á la primita... ¡Oh, eso sí que no te lo perdono! Protejo la inocencia... yo vigilaré...

—No seas boba... basta que esté en mi casa para que yo la respete...

—¡Ay, ay! qué bueno es eso... mire el señor del respeto... no me fio...

Edelmira había interrumpido el diálogo y sin más se convino en rogar á la Marquesa que convidase, con reiteradas súplicas, si era preciso, al señor Magistral.

Visitación lo arregló todo en un minuto.

Como siempre. Donde ella estaba, nadie hacía nada más que ella. Pasaba la vida ocupada en su gran pasión de tratar asuntos de los demás, de chupar golosinas ajenas, y comer fuera de casa. Allá quedaba el modesto marido, el humilde empleado del Banco, de cuerpo pequeño, de rostro de ángel envejecido, atusando el bigotillo gris y cuidando de la prole. Visitación lo exigía así. No había de hacerlo ella todo. ¿Quién guiaba la casa? ¿Quién la salvaba en los apuros? ¿Quién conjuraba las cesantías? ¿Quién sorteaba las

dificultades del presupuesto? ¿Quién era allí el gran arbitrista rentístico? Visitación. Pues que la dejaran divertirse, salir; no parar en casa en todo el día. Además, era mujer de tal despacho que su ajuar quedaba dispuesto para todo el día, la casa limpia, la comida preparada antes que en otros lugares se diese un escobazo y se encendiese lumbre. Algo sucio iba todo, pero iba tranquila la conciencia, salía á caza de noticias, de chismes, de terrones de azúcar y de recomendaciones la señora del Banco que estaba en todas partes y siempre en activo servicio.

Su nueva campaña, la más importante acaso de su vida, la llamaba ella *para meterle por los ojos á ese*: el dativo que se suplía era Anita. Quería meterle á don Alvaro por los ojos, y después de la conversación de la tarde anterior con Mesía, no pensaba en otra cosa. Por la mañana había ido á casa de Quintanar, quien se paseaba por su despacho, en mangas de camisa, con los tirantes bordados colgando: representaban, en colores vivos de seda fina, todos los accidentes de la caza de un ciervo fabuloso de cornamenta inverosímil. Ocupábase don Víctor en abrochar un botón del cuello; mordía el labio inferior, y estiraba la cabeza hacia lo alto, como si pidiera ayuda á lo sobrenatural y divino. Visitación entró en el despacho equivocada...

—¡Ah! Vd. dispense—dijo—¿estorbo?

—No, hija, no; llega Vd. á tiempo. Este pícaro botón...

Y mientras le abrochaba, la dama, sin quitarse los guantes, el botón del cuello, don Víctor comenzó á darle cuenta de sus propósitos irrevocables de distraer á su mujer...

—Mi programa es éste.

Y se lo expuso *c* por *b*.

Visitación lo aprobó en todas sus partes y juntos se fueron al tocador de Ana, que de prisa y como ocul-

tándose, cerraba en aquel instante la carta que poco después don Fermín leía delante de su madre.

Casi á viva fuerza habían hecho Visitación y Quintanar que Ana se vistiera, «como Dios manda,» y saliese con ellos. Visita se había separado en la plaza de la catedral para ir al asunto de la *Libre Hermandad*. En la casa de Vegallana se volverían á ver. La Marquesa había escrito muy temprano á los Quintanar convidándoles á comer y anunciándoles el programa del día. Ana disputó con su marido; quería ir á reconciliar, se lo había dicho así en una carta al Provisor, no era cosa de traerle y llevarle. «—Nada, nada! Don Víctor estaba dispuesto á ser inflexible...»

—Reconciliarás, si te encuentras con fuerzas para ello, después de comer en casa del Marqués; y presto, para ir en seguida al Vivero... ¡No transijo!

Y se fueron á dar los días á varios Franciscos y Franciscas.

Á la una y cuarto estaban en casa del Marqués.

Lo primero que vió Ana fué á don Alvaro.

Tuvo miedo de ponerse encarnada, de que le temblase la voz al contestar al cortés saludo de Mesía. Miró á su marido, algo asustada, pero Quintanar estrechaba la mano de don Álvaro con cariñosa efusión. Le era muy simpático, y aunque se trataban poco, cada vez que se hablaban estrechaban los lazos de una amistad incipiente que *amenazaba* ser íntima y duradera. Don Álvaro tenía para Quintanar el raro mérito de no ser terco: en Vetusta todos lo eran según el buen aragonés; pero aquel modelo de caballeros elegantes no insistía en mantener una opinión descabellada, siempre concluía por darle la razón á Quintanar, quien decía á espaldas del buen mozo: «¡ Si éste se fuera á Madrid haría carrera... con esa figura, y ese aire, y ese talento social!... Oh, ha de ser un hombre!»

Ana tomó la resolución repentina de dominarse, de tratar á don Alvaro como á todos, sin reservas sospechosas, pensando que en rigor nada había, ni podía, ni debía haber entre los dos.

Cuando, pocos minutos después, hábilmente la sitiaba junto á una ventana del comedor, mientras Víctor iba con Paco á las habitaciones de éste á ponerse el batín ancho y corto, la Regenta necesitó recordar, para mantenerse fría y serena, que nada serio había



habido entre ella y aquel hombre; que las miradas que podían haberle envalentonado no eran compromisos de los que echa en cara ningún hombre de mundo. Ana hablaba de los hombres de mundo por lo que había leído en las novelas; ella no los había tratado en este terreno de prueba.

Don Álvaro se guardó de aludir al encuentro de la noche anterior; nada dijo de la escena rápida del parque; pero habló con más confianza, en un tono familiar que nunca había empleado con ella. Se habían hablado pocas veces y siempre entre mucha gente.

Ana trataba á todo Vetusta, pero con los hombres siempre había sido poco íntima y nada continuadas sus relaciones. Sólo Paco y Frígilis eran amigos de confianza. No era expansiva; su amabilidad invariable no animaba, contenía. Visita aseguraba que aquel corazóncito no tenía puerta. Ella no había encontrado la llave por lo menos.

Don Álvaro habló mucho y bien, con naturalidad y sencillez, procurando agradar á la Regenta por la bondad de sus sentimientos más que por el brillo y originalidad de las ideas. Se veía claramente que buscaba simpatía, cordialidad, y que se ofrecía como un hombre de corazón sano, sin pliegues ni repliegues. Reía con franca jovialidad, abriendo bastante la boca y enseñando una dentadura perfecta. Ana encontró de muy buen gusto el sesgo que Mesía daba á su extraña situación. Cuando don Álvaro callaba, ella volvía á sus miedos; se le figuraba que él también volvía á pensar en lo que mediaba entre ambos, en la aparición diabólica de la noche anterior, en el paseo por las calles, y en tantas citas implícitas, buscadas, indagadas, solicitadas sin saber cómo por él; cobarde, criminalmente consentidas por ella.

Mesía era poco más alto que Ana; don Álvaro tenía que inclinarse para que su aliento, al hablar, rozase blandamente la cabeza graciosa y pequeña de la dama. Parecía una sombra protectora, un abrigo, un apoyo; se estaba bien junto á aquel hombre como una fortaleza. Ana, mientras oía, con la frente inclinada, mirando las piedras del patio, sólo podía vislumbrar de soslayo el gabán claro, pulquérismo del buen mozo. Don Álvaro al moverse con alguna viveza, dejaba al aire un perfume que Ana la primera vez que lo sintió reputó delicioso, después temible; un perfume que debía marear muy pronto; ella no lo conocía, pero debía de tener algo de tabaco bueno y otras cosas

puramente masculinas, pero de hombre elegante solo. Á veces la mano del interlocutor se apoyaba sobre el antepecho de la ventana; Ana veía, sin poder remediarlo, unos dedos largos, finos, de cutis blanco, venas azules y uñas pulidas, ovaladas y bien cortadas. Y si bajaba los ojos más, para que el otro no creyese que le contemplaba las manos, veía el pantalón que caía en graciosa curva sobre un pié estrecho, largo, calzado con esmero ultra-vetustense. No podía haber pecado ni cosa parecida en reconocer que todo aquello era agradable, parecía bien y debía ser así.

Ana oía vagamente los ruidos de la cocina donde Pedro disponía con voces de mando los preparativos de la comida; el rumor de los surtidores del patio y las carcajadas y gritos de su marido, de Visita, de Edelmira y de Paco, que iban y venían por las escaleras, por los corredores, por la huerta, por toda la casa.

No había visto al Provisor entrar. Visita se acercó á la ventana para decirle al oído :

—Hijita, si quieres, puedes confesar ahora porque ahí tienes al padre espiritual... ya comerá contigo.

Ana se estremeció y se separó de Mesía sin mirarle.

—Hola, hola—dijo don Víctor que entraba dando el brazo á la robusta y colorada Edelmira—mujercita mía, ¿con que se está Vd. de palique con ese caballero?... Pues aquí me tiene Vd. con mi parejita, eso es, en justa venganza.

Sólo Edelmira rió la gracia, que tenía para ella novedad. Pasaron todos al salón donde estaban los demás convidados. Obdulia hablaba con el Magistral y Joaquinito Orgaz; el Marqués discutía con Bermúdez, que inclinaba la cabeza á la derecha, abría la boca hasta las orejas sonriendo, y con la mayor cortesía del mundo ponía en duda las afirmaciones del magnate.

—Sí, señor, yo derribaba San Pedro sin inconveniente y hacia el mercado...

—¡ Oh, por Dios, señor Marqués!... No creo que usted... se atreviera... sus ideas.

—Mis ideas son otra cosa. El mercado de las hortalizas no puede seguir al aire libre, á la intemperie.

—Pero San Pedro es un monumento y una gloriosa reliquia.

—Es una ruina.

—No tanto...

El Magistral intervino huyendo de Obdulia, que le asediaba ya, según habían previsto Paco y Visita.

Al entrar en el salón la Regenta, De Pas interrumpió una frase pausada y elegante, porque no pudo menos, y se inclinó saludando sin gran confianza.

Detrás de Ana apareció Mesía, que traía la mejilla izquierda algo encendida y se atusaba el rubio y sedoso bigote. Venía mirando al frente, como quien ve lo que va pensando y no lo que tiene delante. El Magistral le alargó la mano que Mesía estrechó mientras decía:

—Señor Magistral, tengo mucho gusto...

Se trataban poco y con mucho cumplido. Ana los vió juntos, los dos altos, un poco más Mesía, los dos esbeltos y elegantes, cada cual según su género; más fornido el Magistral, más noble de formas don Álvaro, más inteligente por gestos y mirada el clérigo, más correcto de facciones el elegante.

Don Alvaro ya miraba al Provisor con prevención, ya le temía; el Provisor no sospechaba que don Alvaro pudiera ser el enemigo tentador de la Regenta; si no le quería bien, era por considerar peligrosa para la propia la influencia del otro en Vetusta, y porque sabía que sin ser adversario declarado y boquirroto de la Iglesia, no la estimaba. Cuando le vió con Anita en la ventana, conversando tan distraídos de los demás, sintió don Fermín un malestar que fué creciendo mientras tuvo que esperar su presencia.

Ana le sonrió con dulzura franca y noble y con una humildad pudorosa que aludía, con el rubor ligero que le mostraba, á los secretos confesados la tarde anterior. Recordó todo lo que se habían dicho y que había hablado como con nadie en el mundo con aquel hombre que le había halagado el oído y el alma con palabras de esperanza y consuelo, con promesas de luz y de poesía, de vida importante, empleada en algo bueno, grande y digno de lo que ella sentía dentro de sí, como siendo el fondo del alma. En los libros algunas veces había leído algo así, pero ¿qué vetustense sabía hablar de aquel modo? Y era muy diferente leer tan buenas y bellas ideas, y oirlas de un hombre de carne y hueso, que tenía en la voz un calor suave y en las letras silbantes música, y miel en palabras y movimientos. También recordó Ana la carta que pocas horas antes le había escrito, y éste era otro lazo agradable, misterioso, que hacía cosquillas á su modo. La carta era inocente, podía leerla el mundo entero; sin embargo, era una carta de que podía hablar á un hombre, que no era su marido, y que este hombre tenía acaso guardada cerca de su cuerpo y en la que pensaba tal vez.

No trataba Ana de explicarse cómo esta emoción ligeramente voluptuosa se compadecía con el claro concepto que tenía de la clase de amistad que iba naciendo entre ella y el Magistral. Lo que sabía á ciencia cierta era que en don Fermín estaba la salvación, la promesa de una vida virtuosa sin aburrimiento, llena de ocupaciones nobles, poéticas, que exigían esfuerzos, sacrificios, pero que por lo mismo daban dignidad y grandeza á la existencia muerta, animal, insostenible que Vetusta la ofreciera hasta el día. Por lo mismo que estaba segura de salvarse de la tentación francamente criminal de don Alvaro, entregándose á don Fermín, quería desafiar el peligro y se dejaba mirar á

las pupilas por aquellos ojos grises, sin color definido, transparentes, fríos casi siempre, que de pronto se encendían como el fanal de un faro, diciendo con sus llamaradas desvergüenzas de que no había derecho á quejarse. Si Ana, asustada, otra vez buscaba amparo en los ojos del Magistral, huyendo de los otros, no encontraba más que el telón de carne blanca que los cubría, aquellos párpados insignificantes, que ni discreción expresaban siquiera, al caer con la casta oportunidad de ordenanza.

Pero al conversar, don Fermín no tenía inconveniente en mirar á las mujeres; miraba también á la Regenta, porque entonces sus ojos no eran más que un modo de penetración de las palabras; allí no había sentimiento, no había más que inteligencia y ortografía. En silencio y cara á cara era como él no miraba á las señoras si había testigos.

Don Alvaro vió que mientras la conversación general ocupaba á todos los convidados, que esperaban en el salón, en pié los más, la voz que les llamase á la mesa; Ana disimuladamente se había acercado al Magistral y junto á un balcón le hablaba un poco turbada y muy quedo, mientras sonreía ruborosa.

Mesia recordó lo que Visitación le había dicho la tarde anterior: *cuidado con el Magistral, que tiene mucha teología parda*. Sin que nadie le instigara era él ya muy capaz de pensar groseramente de clérigos y mujeres. No creía en la virtud; aquel género de materialismo que era su religión, le llevaba á pensar que nadie podía resistir los impulsos naturales, que los clérigos eran hipócritas necesariamente, y que la lujuria mal refrenada se les escapaba á borbotones por donde podía y cuando podía. Don Alvaro, que sabía presentarse como un personaje de novela sentimental é idealista, cuando lo exigían las circunstancias, era en lo que llamaba *El Lábaro* el santuario de la concien-

cia, un cínico sistemático. En general envidiaba á los curas con quienes confesaban sus queridas y los temía. Cuando él tenía mucha influencia sobre una mujer, la prohibía confesarse. «Sabía muchas cosas.» En los momentos de pasión desenfrenada á que él arrastraba á la hembra siempre que podía, para hacerla degradarse y gozar él de veras con algo nuevo, obligaba á su víctima á desnudar el alma en su presencia, y las aberraciones de los sentidos se transmitían á la lengua, y brotaban entre caricias absurdas y besos disparatados confesiones vergonzosas, secretos de mujer que Mesía saboreaba y apuntaba en la memoria. Como un mal clérigo, que abusa del confesonario, sabía don Alvaro flaquezas cómicas ó asquerosas de muchos maridos, de muchos amantes, sus antecesoras, y en el número de aquellas crónicas escandalosas entraban, como parte muy importante del caudal de obscenidades, las pretensiones lúbricas de los *solicitantes*, sus extravíos, dignos de lástima unas veces, repugnantes, odiosos las más. Orgulloso de aquella ciencia, Mesía generalizaba y creía estar en lo firme, y apoyarse en «hechos repetidos hasta lo infinito» al asegurar que la mujer busca en el clérigo el placer secreto y la voluptuosidad espiritual de la tentación, mientras el clérigo abusa, sin excepciones, de las ventajas que le ofrece una institución «cuyo carácter sagrado don Alvaro no discutía...» delante de gente, pero que negaba en sus soledades de materialista en octavo francés, de materialista á lo *commis-voyageur*.

No pensaba, Dios le librase, que el Magistral buscara en su nueva hija de penitencia la satisfacción de groseros y vulgares apetitos; ni él se atrevería á tanto, ni con dama como aquella era posible intentar semejantes atropellos... pero «por lo fino, por lo fino» (repetía pensándolo) es lo más probable que pretenda seducir

á esta hermosa mujer, desocupada, en la flor de la edad y sin amar. «Sí, este cura quiere hacer lo mismo que yo, sólo que por otro sistema y con los recursos que le facilita su estado y su oficio de confesor... Oh! debía acudir antes para impedirlo, pero ahora no puedo, aún no tengo autoridad para tanto.» Estas y otras reflexiones análogas pusieron á Mesia de mal humor y airado contra el Magistral, cuya influencia en Vetusta, especialmente sobre el sexo débil y devoto, le molestaba mucho tiempo hacía.

—¿Demodo que esta tarde ya no puede ser?—decía Ana con humilde voz, suave, temblorosa.

—No señora—respondió el Magistral, con el timbre de un céfiro entre flores;—lo principal es cumplir la voluntad de don Víctor, y hasta adelantarse á ella cuando se pueda. Esta tarde, alegría y nada más que alegría. Mañana temprano...

—Pero Vd. se va á molestar... Vd. no tiene costumbre de ir á la catedral á esa hora...

—No importa, iré mañana, es un deber... y es para mí una satisfacción poder servir á Vd., amiga mía...

No era en estas palabras, de una galantería vulgar, donde estaba la dulzura inefable que encontraba Ana en lo que oía: era en la voz, en los movimientos, en un olor de *incienso espiritual* que parecía entrar hasta el alma.

Quedaron en que á la mañana siguiente, muy temprano, don Fermín esperaría en su capilla á la Regenta para reconciliar.

«—Y mientras tanto, no pensar en cosas serias; divertirse, alborotar, como manda el señor Quintanar, que además de tener derecho para mandarlo, pide muy cuerdamente. Es muy posible que sus... tristezas de Vd., esas inquietudes... (el Magistral se puso levemente sonrosado, y le tembló algo la voz, porque estaba aludiendo á las confidencias de la tarde anterior),

esas angustias de que Vd. se queja y se acusa tengan mucho de nerviosas y también puedan curarse, en la parte que al mal físico corresponde, con esa nueva vida que le aconsejan y le exigen. Sí, señora, ¿por qué no? Oh, hija mía, cuando nos conozcamos mejor, cuando Vd. sepa cómo pienso yo en materia de *placeres mundanos...* (Eran sus frases...) los *placeres del mundo* pueden ser, para un alma firme y bien alimentada, pasatiempo inocente, hasta soso, insignificante; distracción útil, que se aprovecha como una medicina insípida, pero eficaz...

Ana comprendía perfectamente. «Quería decir el Magistral que cuando ella gozase las delicias de la virtud, las diversiones con que podía solazarse el cuerpo le parecerían juegos pueriles, vulgares, sin gracia, buenos sólo porque la distraían y daban descanso al espíritu. Entendido. Después de todo, así era ahora: ¡la divertían tan poco los bailes, los teatros, los paseos, los banquetes de Vetusta!»

Quintanar se acercó, y como oyera á don Fermín repetir que era higiénico el ejercicio y muy saludable la vida alegre, distraída, aplaudió al Magistral con entusiasmo, y aún aumentó su satisfacción cuando supo que ya no reconciliaría Ana aquella tarde.

—Absurdo!—dijo don Fermín;— esta tarde al campo... al Vivero...

—¡A comer, á comer!—gritó la Marquesa desde la puerta del salón donde acababa de recibir la noticia.

—¡Santa palabra!—exclamó el Marqués.

Cada cual dijo algo en honor del nuncio, y todos hablando, gesticulando, contentos, «sin ceremonias,» que eran excusadas en casa de doña Rufina, pasaron al comedor. Los marqueses de Vegallana sabían tratar á sus convidados con todas las reglas de la etiqueta empalagosa de la aristocracia provinciana; pero en

estas fiestas de amigos íntimos, de que á propósito se excluía á los parientes linajudos que no gustaban de ciertas confianzas, se portaban como pudiera cualquier plebeyo rico, aunque sin perder, aun en las mayores expansiones, algunos aires de distinción y señoría vetustense que les eran ingénitos. El Marqués tenía el arte de saber darse tono *á la pata la llana*, como él decía en la prosa más humilde que habló aristócrata.

«La comida era de confianza, ya se sabía.» Esto quería decir que el Marqués y la Marquesa, no prescindían de sus manías y caprichos gastronómicos en consideración á los convidados; pero éstos serían tratados á cuerpo de rey; la confianza en aquella mesa no significaba la escasez ni el desaliño; se prescindía de la librea, de la vajilla de plata, heredada de un Vegallana, alto dignatario en Méjico, de las ceremonias molestas; pero no de los vinos exquisitos, de los aperitivos y entremeses en que era notable aquella mesa, ni, en fin, de comer lo mejor que producía la fauna y la flora de la provincia en agua, tierra y aire. Otros aristócratas disputaban á Vegallana la supremacía en cuestión de nobleza ó riqueza, pero ninguno se atrevía á negar que la cocina y la bodega del Marqués eran las primeras de Vetusta.

Ordinariamente la Marquesa se hacía servir por muchachas de veinte abriles próximamente, guapas, frescas, alegres, bien vestidas y limpias como el oro.

—«Ello será de mal tono—decía—cosa de pobretes, pero todos mis convidados quedan contentos de tal servicio.»

—«Porque tengo observado—añadía—que á las señoras no les gustan, por regla general, los criados; no se fijan en ellos, y á los hombres siempre les gustan las buenas mozas, aunque sea en la sopa.»

Paquito había escogido con entusiasmo la innova-

ción de su mamá diciendo: «¡Eso es! Esta servidumbre de doncellas parece que alegra; me recuerda las horchaterías y algunos cafés de la Exposición...» Al Marqués le era indiferente el cambio. De todas suertes él no pecaba en cosa, ni siquiera dentro del casco de la población.

El comedor era cuadrado, tenía vistas á la huerta y al patio y mediante cuatro grandes ventanas rasgadas hasta cerca del techo, no muy alto. En cada ventana había acumulado la Marquesa flores en tiestos, jardineras, jarrones japoneses, más ó menos auténticos, y contrastaban los colores vivos y metálicos de esta exposición de flores con los severos tonos del nogal mate que asombraban el artesonado del techo y se mostraban en molduras y tableros de los grandes armarios corridos, de cristales, que rodeaban el comedor en todo el espacio que dejaban libres los huecos y un gran sofá arrimado á un testero. También adornaban las paredes, allí donde cabían, cuadros de poco gusto, pero todos alusivos á las múltiples industrias que tenían relación con el comer bien. Allí la caza del tiempo que se le antojaba á Vegallana del feudalismo; la castellana en el palafrén, el paje á sus piés con el azor en el puño levantado sobre su cabeza; la garza allá en las nubes, de color de yema de huevo; más atrás el amo de aquellos bosques, del castillo roquero y del pueblecillo que se pierde en lontananza... En frente una escena de novela de Feuillet; caza también; pero sin garza, ni azor, ni señor feudal: un rincón del bosque, una dama que monta á la inglesa, y un jinete que le va á los alcances dispuesto, según todas las señas, á besarle una mano en cuanto pueda cogerla... En otra parte una mesa revuelta; más allá un bodegón de un realismo insufrible después de comer. Y por último, en el techo, en la vertical del centro de mesa, en un medallón, el retrato de don Jaime Balmes, sin que

se sepa por qué ni para qué. ¿Qué hace allí el filósofo catalán? El Marqués no ha querido explicarlo á nadie. Á Bermúdez le parece un absurdo; Ronzal dice que es «*un anacronismo*»; pero á pesar de estas y otras murmuraciones, conserva en el medallón á Balmes y no da explicaciones el jefe del partido conservador de Vetusta.

Á la Marquesa le parece esta una de las tonterías menos cargantes de su marido.

Se sentaron los convidados; no hubo más sillas destinadas que las de la derecha é izquierda respectivas de los amos de la casa. Á la derecha de doña Rufina se sentó Ripamilán y á su izquierda el Magistral; á la derecha del Marqués doña Petronila Rianzares y á la izquierda don Víctor Quintanar. Los demás donde quisieron ó pudieron. Paco estaba entre Edelmira y Visitación; la Regenta entre Ripamilán y don Alvaro; Obdulia entre el Magistral y Joaquín Orgaz, don Saturnino Bermúdez entre doña Petronila y el capellán de los Vegallana. Don Víctor tenía á su izquierda á don Robustiano Somoza, el rozagante médico de la nobleza, que comía con la servilleta sujeta al cuello con un gracioso nudo.

El Marqués, antes que los demás comiesen la sopa se sirvió un gran plato de sardinas, mientras hablaba con doña Petronila del derribo de San Pedro, que á la dama le parecía ignominioso. Los convidados en tanto se entretenían en los variados, ricos y raros entremeses. ¡Ya lo sabían! estaban en confianza y había que respetar las costumbres que todos conocían. Vegallana empezaba siempre por sus sardinas; devoraba unas cuantas docenas, y en seguida se levantaba, y discretamente desaparecía del comedor. Siguiendo uso inveterado todos hicieron como ya no notaban la ausencia del Marqués; y en tanto llegó y se sirvió la sopa. Cuando el amo de la casa volvió á su asiento, estaba un poco pálido y sudaba.

—¿Qué tal?—preguntó la Marquesa entre dientes, más con el gesto que con los labios.

Y su esposo contestó con una inclinación de cabeza que quería decir:

—¡Perfectamente!—Y en tanto se servía un buen plato de sopa de tortuga. El Marqués ya no tenía las sardinas en el cuerpo.

Otro misterio como el de Balmes en el techo.

La Marquesa hacía sus comistrajos singulares, en que nadie reparaba ya tampoco; comía lechuga con casi todos los platos y todo lo rociaba con vinagre ó lo untaba con mostaza. Sus vecinos conocían sus caprichos de la mesa y la servían solícitos, con alardes de larga experiencia en aquellas combinaciones de aderezos avinagrados en que ayudaban al ama de la casa. Ripamilán, mientras discutía acalorado con su querido amigo don Víctor, en pié, moviendo la cabeza como con un resorte, arreglaba la ensalada tercera de la Marquesa, con una habilidad de máquina en buen uso, y la señora le dejaba hacer, tranquila, aunque sin quitar ojo de sus manos, segura del acierto exacto del diminuto canónigo.

—¡Señor mío!—gritaba Ripamilán, mientras disolvía sal en el plato de doña Rufina batiendo el aceite y el vinagre con la punta de un cuchillo;—¡señor mío! yo creo que el señor de Carraspique está en su perfecto derecho; y no sé de dónde le vienen á Vd. esas ideas disolventes, que en cuarenta años que llevamos de trato no le he conocido...

—¡Oiga Vd., mal clérigo!—exclamó Quintanar, que estaba de muy buen humor y empezaba á sentirse rejuvenecido;—yo bien sé lo que me digo, y ni tú ni ningún calaverilla ochentón como tú me da á mí lecciones de moralidad. Pero yo soy liberal...

—Pamplinas.

—Más liberal hoy que ayer, mañana más que hoy...

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron Paco y Edelmira, que también se sentían muy jóvenes; y obligaron á don Víctor á chocar las copas.

Todo aquello era broma; ni don Víctor era hoy más liberal que ayer, ni trataba de Vd. á Ripamilán, ni le tenía por calavera; pero así se manifestaba allí la alegría que á todos los presentes comunicaba aquel vino



transparente que lucía en fino cristal, ya con reflejos de oro, ya con misteriosos tornasoles de gruta mágica, en el amaranto y el violeta oscuro del Burdeos en que se variaban los rayos más atrevidos del sol, que entraba atravesando la verdura de la hojarasca, tapiz de las ventanas del patio. ¿Por qué no alegrarse? ¿por qué no reír y disparatar? Todo era contento: allí en la huerta rumores de agua y de árboles que mecía el viento, cánticos locos de pájaros dicharacheros; de las ventanas del patio venían perfumes traídos por el airecillo que hacía sonajas de las hojas de las plantas. Los surtidores de abajo eran una orquesta que acompañaba al bullicioso banquete; Pepa y Rosa vestidas de colorines, pero con trajes de buen corte ceñido, airo-sas, limpias como armiños, sinuosas al andar de faldas.

sonoras, risueñas, rubia la una, morena como mulata la que tenía nombre de flor, servían con gracia, rapidez, buen humor y acierto, enseñando á los hombres dientes de perlas, inclinándose con las frentes á coquetona humildad, de modo que, según Ripamilán, aquella buena comida presentada así era miel sobre hojuelas.

Los de la mesa correspondían á la alegría ambiente; reían, gritaban ya, se obsequiaban, se alababan mutuamente con pullas discretas, por medio de antífrasis; ya se sabía que una censura desvergonzada quería decir todo lo contrario: era un elogio sin pudor.

En la cocina había ecos de la alegría del comedor; Pepa y Rosa cuando entraban con los platos venían sonriendo todavía al espectáculo que dejaban allá dentro; en toda la casa no había en aquel momento más que un personaje completamente serio: Pedro el cocinero. Ya se divertiría después; pero ahora pensaba en su responsabilidad; iba y venía, dirigía aquello como una batalla; se asomaba á veces á la puerta del comedor y rectificaba los ligeros errores del servicio con miradas magnéticas á que obedecían Pepa y Rosa como autómatas, disciplinadas á pesar de la expansión y la algazara, cual veteranos.

Después de Pedro los menos bulliciosos eran la Regenta y el Magistral; á veces se miraban, se sonreían, De Pas dirigía la palabra á Anita de rato en rato, tendiendo hacia ella el busto por detrás de la Marquesa, para hacerse oír; don Álvaro los observaba entonces, silencioso, cejijunto, sin pensar que le miraba Visación, que estaba á su lado. Un pisotón discreto de la del Banco le sacaba de sus distracciones.

—Pican, pican—decía Visita.

—¿El qué?—preguntaba la Marquesa que comía sin cesar y muy contenta entre el bullicio—¿qué es lo que pica?

—Los pimientos, señora.

Y don Álvaro agradecía á Visitación el aviso y volvía á engolfarse en el palique general, ocultando como podía su aburrimiento que para sus adentros llamaba soberano.

«¡Cosa más rara! Estaba tocando el vestido y á veces hasta sentía una rodilla de la Regenta, de la mujer que deseaba,—¿cuándo se vería él en otra?—y sin embargo se aburría, le parecía estar allí de más, seguro de que aquella comida no le serviría para nada en sus planes, y de que la Regenta no era mujer que se alegrase en tales ocasiones, á lo menos por ahora.»

«Sería una gran imprudencia dar un paso más; si yo aprovechase la excitación de la comida me perdería para mucho tiempo en el ánimo de esta señora; estoy seguro de que ella también se siente excitadilla, de que también está pensando en mis rodillas, y en mis codos, pero no es tiempo todavía de aprovechar estas ventajas fisiológicas... Esta ocasión no es ocasión... Veremos allá en el Vivero; pero aquí nada, nada; por más que pinche el apetito.» Y estaba más fino con Anita, la obsequiaba con *la distancia* en que él sabía hacerlo, pero nada más. Visitación veía visiones. «¿Qué era aquello?» Miraba pasmado á Mesía, cuando nadie lo notaba, y abría los ojos mucho, hinchando los carrillos, gesto que daba á entender algo como esto:

«Me pareces un papanatas, y me pasma que estés hecho un doctrino cuando yo te he puesto á su lado con el mejor propósito...»

Mesía, por toda respuesta, se acercaba entonces á ella, le pisaba un pié; pero la del Banco le recibía á pataditas, con lo que daba á entender «que no era tambor de marina» y que seguía dominando en ella el criterio que había presidido á la bofetada de la tarde anterior.

Paco no se atrevía á pisar á su *prima nueva*, pero la

tenía encantada con sus bromas de señorito fino, que vivió y *la corrió* en Madrid. Además ¡olía tan bien el primo y á cosas tan frescas y al mismo tiempo tan delicadas y elegantes! Allá en su pueblo Edelmira había pensado mucho en el Marquesito, á quien había visto dos ó tres veces siendo ella muy niña y él un adolescente. Ahora le veía como nuevo y superaba en mucho á sus sueños é imaginaciones; era más guapo, más sonrosado, más alegre y más gordo. El Marquesito vestía aquella tarde un traje de alpaca fina, de color de garbanzo, chaleco del mismo color de piqué y calzaba unas babuchas de verano que Edelmira consideraba el colmo de la elegancia, aunque parecía cosa de turcos. Los dijes del primo, la camisa de color, la corbata, las sortijas ricas y vistosas, las manos que parecían de señorita, todo esto encantaba á Edelmira que era también muy amiga de la limpieza y de la salud.

Paco había ido aproximando una rodilla á la falda de la joven; al fin sintió una dureza suave y ya iba á retroceder, pero la niña permaneció tan tranquila, que el primo se dejó aquella pierna arrimada allí como si la hubiese olvidado. La inocencia de Edelmira era tan poco espantadiza que Paco hubiera podido propasarse á pisarle un pié sin que ella protestase á no sentirse lastimada. «Además, pensaba la joven, estas son cosas de aquí;» la tradición contaba mayores maravillas de la casa de los tíos.

Obdulia, sentada en frente, miraba á veces con languidez á la rozagante pareja. Se acordaba del sol de invierno de la tarde anterior. ¡Paco ya lo había olvidado! no pensaba más que en aquella hermosura fresca, oliendo á yerba y romero que le venía de la aldea á alegrarle los sentidos. Pero la viuda, después de consagrar un recuerdo triste á sus devaneos de la víspera, se volvió al Magistral insinuante, provocativa; procuraba marearle con sus perfumes, con sus miradas de

telón rápido y con cuantos recursos conocía y podían ser empleados contra semejante hombre y en tales circunstancias. De Pas respondía con mal disimulado desprecio á las coqueterías de Obdulia y no le agradecía siquiera el holocausto que le estaba ofreciendo de los obsequios de Joaquín Orgaz que ella desdeñaba con mal disimulado énfasis.

Á Joaquinito le llevaban los demonios. «Aquella mujer era una... tal... y lo decía en flamenco para sus adentros. ¿Pues no le estaba poniendo varas al Provisor?» Esto que no lo notaban, ó fingían no verlo, los demás convidados, lo estaba observando él por lo que le importaba. Pero no se daba por vencido, insistía en galantear á la viuda, fingiendo no ver lo del Magistral. Ordinariamente Obdulia y Joaquinito se entendían. «Señor! si había llegado á darle cita en una carbonera! Verdad era que él no podía vanagloriarse de haber tomado aquella plaza... desmantelada; no había gozado los supremos favores... todavía; pero en fin, anticipos... arras... ó como quiera llamarse, eso sí. ¡Oh! como él llegara á vencer por completo, y así lo esperaba, ya le pagaría ella aquellos desdenes caprichosos, aquellos cambios de humor, y aquella humillación de posponerle á un *carca*.

El que no esperaba nada, el que estaba desengañado, triste hasta la muerte, era don Saturnino Bermúdez. Después de la escena de la catedral donde creía haber adelantado tanto—bien á costa de su conciencia—no había vuelto á ver á Obdulia; y aquella mañana, al acercarse á ella para decirle cuánto había padecido con la ausencia de aquellos días (si bien ocultando los restreñimientos que le habían tenido obseso y en cama), al ir á rezarle al oído el discursito que traía preparado—estilo Feuillet pasado por la sacristia—Obdulia le había vuelto la espalda y no una vez sino tres ó cuatro, dándole á entender claramente, que *non erat*

hic locus, que á él sólo se le toleraría en la iglesia.

«¡Así eran las mujeres! así era singularmente aquella mujer! ¿Para qué amarlas? ¿Para qué perseguir el ideal del amor? Ó, mejor dicho, ¿para qué amar á las mujeres vivas, de carne y hueso? Mejor era soñar, seguir soñando.» Así pensaba melancólico Bermúdez, que tenía el vino triste, mientras contestaba distraído, pero muy friamente, á doña Petronila Rianzares que se ocupaba en hacer en voz baja un panegirico del Magistral, su ídolo. Bermúdez miraba de cuando en cuando á la Regenta, á quien había amado en secreto, y otras veces á Visitación á quien había querido siendo él adolescente, allá por la época en que la del Banco, según malas lenguas, se escapó con un novio por un balcón. Ni siquiera Visitación le había hecho caso en su vida; jamás le había mirado con los ojillos arrugados con que ella creía encantar; no era desprecio; era que para las señoras de Vetusta, Bermúdez era un sabio, un santo, pero no un hombre. Obdulia había descubierto aquel varón, pero había despreciado en seguida el descubrimiento.

El Magistral, Ripamilán, don Víctor, don Álvaro, el Marqués y el médico llevaban el peso de la conversación general; Vegallana y el Magistral tendían á los asuntos serios, pero Ripamilán y don Víctor daban á todo debate un sesgo festivo y todos acababan por tomarlo á broma. El Marqués en cuanto se sintió fuerte, merced al sabio equilibrio gástrico de líquidos y sólidos que él establecía con gran tino, insistió en su espíritu de reformista de cal y canto. «Ea! que quería derribar á San Pedro; y que no se le hablase de sus ideas; aparte de que él no era un fanático, ni el partido conservador debía confundirse con ciertas doctrinas ultramontanas, aparte de esto, una cosa era la religión y otra los intereses locales; el mercado cubierto para las hortalizas era una necesidad. ¿Emplazamiento?

uno solo, no admitía discusión en esto, la plaza de San Pedro; ¿pero cómo? ¿dónde? Mediante el derribo de la ruinosa iglesia.»

Doña Petronila protestaba invocando la autoridad del Magistral. El Magistral votaba con doña Petronila, pero no esforzaba sus argumentos. Ripamilán, que tenía los ojillos como dos abalorios, gritaba:

—¡Fuera ese iconoclasta! ¡Las hortalizas, las hortalizas! Eso quiere decir que á V. E., señor Marqués, la religión, el arte y la historia le importan menos que un rábano?

—Bravo, paisano!—gritó don Víctor, en pié, con una copa de Champaña en la mano.

—No hay formalidad, no se puede discutir—decía el Marqués;—este Quintanar aplaude ahora al otro y antes se llamaba liberal.

—¿Pero qué tiene que ver?

—No quiere Vd. derribar la iglesia, pero quería excluir á las hijas de Carraspique...

—Una sencilla secularización.

—Víctor, Víctor, no disparates...—se atrevió á decir sonriendo la Regenta.

—Son bromas—advirtió el Magistral.

—¿Cómo bromas?—gritó el médico.—Á fe de Somoza, que si don Víctor ataca á mi primo Carraspique en broma, yo empuño la espada, le ataco en serio y las cañas se vuelven lanzas. Señores, aquella niña se pudre...

Se acabó la discusión, sin causa, ó por causa de los vapores del vino, mejor dicho. Todos hablaban; Paco quería también secularizar á las monjas; Joaquinito Orgaz comenzó á decir chistes flamencos que hacían mucha gracia á la Marquesa y á Edelmira. Visitación llegó á levantarse de la mesa para azotar con el abanico abierto á los que manifestaban ideas poco ortodoxas. Pepa y Rosa y las demás criadas sonreían

discretamente, sin atreverse á tomar parte en el desorden, pero un poco menos disciplinadas que al empezar la comida. Pedro ya no se asomaba á la puerta. Se habían roto dos copas. Los pájaros de la huerta se posaban en las enredaderas de las ventanas para ver qué era aquello y mezclaban sus gritos gárrulos y agudos al general estrépito.

—El café en el cenador!—ordenó la Marquesa.

—Bien bien!—gritaron don Víctor y Edelmira, que cogidos del brazo y á los acordes de la marcha real (decía el ex-regente), que tocaba allá dentro Visitación en un piano desafinado, se dirigieron los primeros á la huerta, seguidos de Paco, empeñado en ceñir las canas de don Víctor con una corona de azahar. La había encontrado en un armario de la alcoba de su hermana Emma. Allí iba á dormir Edelmira. Salieron todos á la huerta, que era grande, rodeada, como el Parque de los Ozores, de árboles altos y de espesa copa, que ocultaban al vecindario gran parte del recinto. Don Víctor, Paco y Edelmira corrían por los senderos allá lejos entre los árboles. Don Alvaro daba el brazo á la Marquesa, y delante de ellos, detenida por la conversación de doña Rufina iba Anita, mordiendo hojas del boj de los parterres, con la frente inclinada, los ojos brillantes y las mejillas encendidas. El Magistral se había quedado atrás, en poder de doña Petronila Rianzares que le hablaba de un asunto serio: la casa de las Hermanitas de los Pobres que se construía cerca del Espolón, en terrenos regalados por doña Petronila con admiración y aplauso de toda Vetusta católica. Era la de Rianzares viuda de un antiguo intendente de la Habana, quien la había dejado una fortuna de las más respetables de la provincia; gran parte de sus rentas la empleaba en servicio de la Iglesia, y especialmente en dotar monjas, levantar conventos y proteger la causa de Don Carlos, mientras

estuvo en armas el partido. Creíase poco menos que papisa y se hubiera atrevido á excomulgar á cualquiera provisionalmente, segura de que el Papa sancionaría su excomunión; trataba de potencia á potencia al Obispo, y Ripamilán, que no la podía ver porque era un marimacho, según él, la llamaba el Gran Constantino, aludiendo al Emperador que protegió á la Iglesia. «Piensa la buena señora que por haber sabido conservar con decoro las tocas de la viudez y por levantar edificios para obras pías es una santa y poco menos que el Metropolitano.» Tenía razón el Arcipreste; doña Petronila no pensaba más que en su protección al culto católico y opinaba que los demás debían pasarse la vida alabando su munificencia y su castidad de viuda.

No reconocía entre todo el clero vetustense más superior que el Magistral, á quien consideraba más que al Obispo; «era todo un grande hombre que por humildad vivía postergado.» El Magistral trataba á la de Rianzares como á una reina, según el Arcipreste, ó como si fuera el obispo-madre; ella se lo agradecía y se lo pagaba siendo su abogado más elocuente en todas partes. Donde ella estuviera, que no se murmurase; no lo consentía.

Cuando llegaron al cenador donde se empezaba á servir el café, la de Rianzares inclinaba su cabeza de fraile corpulento cerca del hombro del Magistral, diciendo con los ojos en blanco, y llena de miel la boca:

—Vamos! amigo mío!... se lo suplico yo... acompáñeme al Vivero... sea amable... por caridad...

El Magistral no menos dulce, suave y pegajoso, recibía con placer aquel incienso, detrás del cual habría tantas talegas.

—Señora... con mil amores... si pudiera... pero... tengo que hacer, á las seis he de estar...

—Oh, no, no valen disculpas... Ayúdeme Vd., Marquesa, ayúdeme Vd. á convencer á este pícaro.

La Marquesa ayudó, pero fué inútil. Don Fermín se había propuesto no ir al Vivero aquella tarde; comprendía que eran allí todos íntimos de la casa menos él; ya había aceptado el convite porque... no había podido menos, por una debilidad, y no quería más debilidades. ¿Qué iba á hacer él en aquella excursión? Sabía que al Vivero iban todos aquellos locos, Visitación, Obdulia, Paco, Mesía, á divertirse con demasiada libertad, á imitar muy á lo vivo los juegos infantiles. Ripamilán se lo había dicho varias veces. Ripamilán iba sin escrúpulo, pero ya se sabía que el Arcipreste era como era; él, De Pas, no debía presenciar aquellas escenas, que sin ser precisamente escandalosas... no eran para vistas por un canónigo formal. No, no había que prodigarse; siempre había sabido mantenerse en el difícil equilibrio de sacerdote sociable sin degenerar en mundano; sabía conservar su buena fama. La excesiva confianza, el trato sobrado familiar dañaría á su prestigio; no iría al Vivero. Y buenas ganas se le pasaban, eso sí; porque aquel señor Mesía se había vuelto á pegar á las faldas de la Regenta, y ya empezaba don Fermín á sospechar si tendría propósitos *non sanctos* el célebre don Juan de Vetusta.

La Marquesa, sin malicia, como ella hacía las cosas, llamó á su lado á Anita para decirla:

—Ven acá, ven acá, á ver si á ti te hace más caso que á nosotras este señor displicente.

—¿De qué se trata?

—De don Fermín que no quiere venir al Vivero.

El don Fermín, que ya tenía las mejillas algo encendidas por culpa de las libaciones más frecuentes que de costumbre, se puso como una cereza cuando vió á la Regenta mirarle cara á cara y decir con verdadera pena:

—Oh, por Dios, no sea Vd. así, mire que nos da á todos un disgusto; acompáñenos Vd., señor Magistral...

En el gesto, en la mirada de la Regenta podía ver cualquiera y lo vieron De Pas y don Alvaro, sincera expresión de disgusto: era una contrariedad para ella la noticia que le daba la Marquesa.

Por el alma de don Alvaro pasó una emoción parecida á una quemadura; él, que conocía la materia, no dudó en calificar de celos aquello que había sentido. Le dió ira el sentirlo. «Quería decirse que aquella mujer le interesaba más de veras de lo que él creyera; y había obstáculos, y ¡de qué género! ¡Un cura! Un cura guapo, había que confesarlo... Y entonces, los ojos apagados del elegante Mesía brillaron al clavarse en el Magistral que sintió el choque de la mirada y la resistió con la suya, erizando las puntas que tenía en las pupilas entre tanta blandura. Á don Fermín le asustó la impresión que le produjo, más que las palabras, el gesto de Ana; sintió un agradecimiento dulcísimo, un calor en las entrañas completamente nuevo; ya no se trataba allí de la vanidad suavemente halagada, sino de unas fibras del corazón que no sabía él cómo sonaban. «¡Qué diablos es esto!» pensó De Pas; y entonces precisamente fué cuando se encontró con los ojos de don Alvaro; fué una mirada que se convirtió, al chocar, en un desafío; una mirada de esas que dan bofetadas; nadie lo notó más que ellos y la Regenta. Estaban ambos en pié, cerca uno de otro, los dos arrogantes, esbeltos; la ceñida levita de Mesía, correcta, severa, ostentaba su gravedad con no menos dignas y elegantes líneas que el manteo ampuloso, hierático del clérigo, que relucía al sol, cayendo hasta la tierra.

Ambos le parecieron á la Regenta hermosos, interesantes, algo como San Miguel y el Diablo, pero el

Diablo cuando era Luzbel todavía; el Diablo Arcángel también; los dos pensaban en ella, era seguro; don Fermín como un amigo protector, el otro como un enemigo de su honra, pero amante de su belleza; ella daría la victoria al que la merecía, al ángel bueno, que era un poco menos alto, que no tenía bigote (que siempre parecía bien), pero que era gallardo, apuesto á su modo, como se puede ser debajo de una sotana. Se tenía que confesar la Regenta, aunque pensando un instante nada más en ello, que la complacía encontrar á su salvador, tan airoso y bizarro, tan distinguido, como decía Obdulia, que en esto tenía razón. Y sobre todo, aquellos dos hombres mirándose así por ella, reclamando cada cual con distinto fin la victoria, la conquista de su voluntad, eran algo que rompía la monotonía de la vida vetustense, algo que interesaba, que podía ser dramático, que ya empezaba á serlo. El honor, aquella quisicosa que andaba siempre en los versos que recitaba su marido, estaba á salvo, ya se sabe, no había que pensar en él; pero bueno sería que un hombre de tanta inteligencia como el Magistral la defendiera contra los ataques más ó menos temibles del buen mozo, que tampoco era rana, que estaba demostrando mucho tacto, gran prudencia y lo que era peor, un interés verdadero por ella. Eso sí, ya estaba convencida, don Alvaro no quería vencerla por capricho, ni por vanidad, sino por verdadero amor; de fijo aquel hombre hubiera preferido encontrarla soltera. En rigor, don Víctor era un respetable estorbo. Pero ella le quería, estaba segura de ello, le quería con un cariño filial, mezclado de cierta confianza conyugal, que valía por lo menos tanto, á su modo, como una pasión de otro género. Y además, si no fuera por don Víctor, el Magistral no tendría por qué defenderla, ni aquella lucha entre dos hombres *distinguidos* que comenzaba aquella tarde tendría razón de ser. No había

que olvidar que don Fermín no la quería ni la podía querer para sí, sino para don Víctor.»

Cuando Ana se perdía en estas y otras reflexiones parecidas, se oyó la voz de Obdulia que daba grandes chillidos pidiendo socorro. Los que tomaban pacíficamente café bajo la glorieta, acudieron al extremo de la huerta.

—Dónde están? dónde están?— preguntaba asustada la Marquesa.

—En el columpio! en el columpio! —dijo el médico don Robustiano.

Era un columpio de madera, como los que se ofrecen al público madrileño en la romería de San Isidro, aunque más elegante y fabricado con esmero; en uno de los asientos, que imitaba la barquilla de un globo, en cuclillas, sonriente y pálido, don Saturnino Bermúdez, como á una vara del suelo, inmóvil, hacía la figura más ridícula del mundo, con plena conciencia de ello, y más ridículo por sus conatos de disimularlo procurando dar á su situación unos aires de tolerable, que no podía tener. En el otro extremo, en la barquilla opuesta, que se había enganchado en un puntal de una pared, restos del andamiaje de una obra reciente, ostentaba los llamativos colores de su falda y su exuberante persona Obdulia Fandiño agarrada á la nave como un náufrago del aire, muy de veras asustada, y coqueta y aparatosa en medio del susto y de lo que ella creía peligro.

—No se mueva Vd., no se mueva Vd.—gritaba don Víctor, haciendo aspavientos debajo de la barquilla, y probablemente viendo lo que á Obdulia, en aquel trance á lo menos, no le importaba mucho ocultar.

—No te muevas, no te muevas, mira que si te caes te matas... —decía Paco, que buscaba algo para desenganchar el columpio.

—Tres metros y medio —dijo el Marqués que llegó

á tiempo de dar la medida exacta del batacazo posible, á ojo, como él hacía siempre los cálculos geométricos.

El caso era que don Víctor, ni Paco, ni Orgaz podían por su propia industria arbitrar modo de subir á la altura de aquel madero y librar á Obdulia.

—Tuvo la culpa Paco —decía Visitación, ceñidas con una cuerda las piernas, por encima del vestido.— Empujó demasiado fuerte, para que se cogiera Saturno y, ¡zás! subió la barquilla allá arriba y al bajar... se enganchó en ese palo.

Obdulia no se movía, pero gritaba sin cesar.

—No grites, hija —decía la Marquesa, que ya no la miraba por no molestarse con la incómoda postura de la cabeza echada hacia atrás;—ya te bajarán...

Probó el Marqués á encaramarse sobre una escalera de mano de pocos travesaños, que servía al jardinero para recortar la copa de los arbolillos y las columnas de boj. Pero el Marqués, aun subido al palo más alto no llegaba á coger la barquilla del columpio, de modo que pudiera hacer fuerza para descolgarla.

—Que llamen á Diego... á Bautista...—decía la Marquesa.

—Sí, sí; que venga Bautista!...—gritaba Obdulia recordando la fuerza del cochero.

—Es inútil —advirtió el Marqués —Bautista tiene fuerza, pero no alcanza más de mi estatura... no hay más remedio que buscar otra escalera...

—No la hay en el jardín...

—Sabe Dios donde parecerá...

—Por Dios! por Dios!... que ya me muevo, que me caigo de miedo...

Entonces don Alvaro, á quien Ana había dirigido una mirada animadora y suplicante, se decidió. Rato hacía que se le había ocurrido que él, gracias á su estatura, podría coger cómodamente la barquilla y

arrancarla de sus prisiones... pero ¿qué le importaba á él Obdulia? Podía hacer una figura ridícula, mancharse la levita. La mirada de Ana le hizo saltar á la escalera. Por fortuna era ágil. La Regenta le vió tan airoso, tan pulcro y elegante en aquella situación de farolero como paseando por el Espolón.

—Bravo! bravo! —gritaron Edelmira y Paco al ver los brazos del buen mozo entre los palos de la barquilla del columpio.

—No me tires! No me tires!—gritó Obdulia que sintió las manos de su ex-amante debajo de las piernas. Visita le dió un pellizco á Edelmira á quien ya tuteaba. La chica se fijó en la intención del pellizco porque se había fijado en el tratamiento. ¡Le había llamado de tú!

—Esté Vd. tranquila; no va con Vd. nada—respondió don Alvaro... ya arrepentido de haber cedido al ruego tácito de Anita.

Empleaba largos preparativos para colocar los brazos de modo que hicieran la fuerza suficiente para levantar el columpio á pulso... Al intentar el primer esfuerzo, que desde luégo reputó inútil, pensó en la cara que estaría poniendo el Magistral.

—Ahúpa!... —gritó abajo Visitación para mayor ignominia.

—No puede Vd., no puede Vd!... no lo mueva Vd., es peor!... Me voy á matar!—gritó la Fandiño.

Los demás callaban.

—Estáte quieta!—dijo en voz baja, ronca y furiosa don Alvaro, que de buena gana la hubiera visto caer de cabeza.

É intentó el segundo esfuerzo sin fortuna.

Aquello no se movía. Sudaba más de vergüenza que de cansancio. Un hombre como él debía poder levantar á pulso aquel peso.

—Deje Vd., deje Vd., á ver si Bautista—dijo la Marquesa...—¡demonio de chicos!

—Bautista no alcanza—observó otra vez el Marqués. —Otra escalera... que vayan á las cocheras... Allí debe de haber...

Don Alvaro dió el tercer empujón... Inútil. Miró hacia abajo como buscando modo de librarse de parte del peso. En el otro cajón, debajo de sus narices, en aptitud humilde y ridícula, vió á don Saturnino en cuclillas, inmóvil, admirado de todos los presentes. Mesía no pudo menos de sonreír, á pesar de que le estaban llevando los demonios.

Con deseos de escupirle miró á Bermúdez, que le sonreía sin cesar, y dijo con calma forzada:

—Hombre! ¡pues tiene gracia! ¿Ahí se está Vd.? ¿Vd. se piensa que yo hago juegos de Alcides y se me pone ahí en calidad de plomo?...

Carcajada general.

—Sí, ríanse Vds.—clamó Obdulia —pues el lance es gracioso.

—Yo...—balbuceó Bermúdez—Vd. dispense... como nadie me decía nada... creí que no estorbaba... y además... creía que al bajarme... pudiese empeorar la situación de esa señora... alguna sacudida...

—Ay, no, no! no se baje Vd.—gritó la viuda con espanto.

—¿Cómo que no?—rugió furioso don Alvaro.— ¿Quiere Vd. que yo levante este armatoste con los dos encima y á pulso?...

—Es... que... yo no veo modo... si no me ayudan... está tan alto esto...

—Una vara escasa—advirtió el Marqués.

Paco tomó en brazos á don Saturno y le sacó del cajón nefando.

—Ahora—dijo—nosotros te ayudaremos, empujando desde aquí abajo...

— Eso es inútil — observó el Magistral con una voz muy dulce; — como el madero aquel se ha metido entre los dos palos de la banda... si no se alza á pulso todo el columpio... no se puede desenganchar.

— Es claro — bramaba desde arriba el otro; y probó otra vez su fuerza.

Pero Bermúdez pesaba muy poco por lo visto, porque don Alvaro no movió el pesado artefacto.

El elegante se creía á la vergüenza en la picota, y de un brinco, que procuró que fuese gracioso, se puso en tierra. Sacudiendo el polvo de las manos y limpiando el sudor de la frente, dijo:

— Es imposible! Que se busque otra escalera.

— Ya podía estar buscada.

— Si yo alcanzase... — insinuó entonces el Magistral, con modestia en la voz y en el gesto.

— Es verdad — dijo la Marquesa — Vd. es también alto.

— Sí llega, sí llega — gritó Paco, que quiso verle hacer titeres.

— Sí, alcanza Vd. — concluyó Vegallana padre. — Como tenga Vd. fuerza... Y aquí... nadie le ve.

Lo difícil era subir á lo alto de la escalera sin hacer la triste figura con el traje talar.

— Quitese Vd. el manteo — observó Ripamilán.

— No hace falta — contestó De Pas horrorizado ante la idea de que le vieran en sotana.

Y sin perder un ápice de su dignidad, de su gravedad ni de su gracia, subió como una ardilla al travesaño más alto, mientras el manteo flotaba ondulante á su espalda.

— Perfectamente — dijo metiendo los brazos por donde poco antes había introducido los suyos Mesía.

Aplausos en la multitud. Obdulia comprimió un chillido de mal género.

Doña Petronila, extática, con la boca abierta, exclamó por lo bajo:

—¡Qué hombre! ¡Qué lumbrera!

Sin gran esfuerzo aparente, con soltura y gracia, el Magistral suspendió en sus brazos el columpio, que libre de su prisión y contenido en su descenso por la fuerza misma que lo levantara, bajó majestuosamente. Somoza, Paco y Joaquín Orgaz ayudaron á Obdulia á salir del cajón maldito. El Magistral tuvo una verdadera ovación. Paco le admiró en silencio: la fuerza muscular le inspiraba un terror algo religioso; él había malgastado la suya en las lides de amor. Tenía bastante carne, pero blanda. Don Alvaro disimuló difícilmente el bochorno. «¡Mayor puerilidad! pero estaba avergonzado de veras.» Además, él que miraba á los curas como flacas mujeres, como un sexo débil especial á causa del traje talar y la lenidad que les imponen los cánones, acababa de ver en el Magistral un atleta; un hombre muy capaz de matarle de un puñetazo si llegaba esta ocasión inverosímil. Recordaba Mesía que muchas veces (especialmente con motivo de las elecciones en las aldeas) había él dicho v. gr.: «Pues al señor cura que no se divierta, que no abuse de la ventaja de sus faldas, porque si me incomodo le cojo por la sotana y le tiro por el balcón.» Siempre se le había figurado, por no haberlo pensado bien, que á los curas, una vez perdido el respeto religioso, se les podía abofetear impunemente; no les suponía valor, ni fuerza, ni sangre en las venas... «Y ahora... aquel canónigo, que tal vez era un poco rival suyo, le daba aquella leccioncita de gimnasia, que muy bien podía ser una saludable advertencia.»

La gratitud de Obdulia no tenía límites, pero el Magistral creyó necesario buscárselos mostrándose frío, seco y dándola á entender que «no lo había hecho por ella.» La viuda, sin embargo, insistió en sostener que le debía la vida.

—¡Indudablemente!—corroboraba doña Petronila,

que no sospechaba cómo quería pagar Obdulia aquella vida que decía deber al Magistral.

Ana admiró en silencio la fuerza de su padre espiritual, en la que no vió más que un símbolo físico de la fortaleza del alma; fortaleza en que ella tenía, indudablemente, una defensa segura, inexpugnable, contra las tentaciones que empezaban á acosarla.

Visita subió entonces al columpio, pero con las piernas atadas: no quería que se le viesen los bajos.

Obdulia protestó.

—¿Cómo? ¿pues se veía algo? ¡no quiero! ¡no quiero! ¿por qué no se me ha advertido? Esto es una traición.

—Tiene razón esta señora—dijo don Víctor—igualdad ante la ley; fuera esa cuerda.

Edelmira subió al columpio sin atarse. No había para que tomar precauciones, no se veía nada.

Don Víctor y Ripamilán se columpiaron también, pero se mareaban.

—Ya están los coches—gritó la Marquesa—desde lejos; y corrieron todos al patio.

La Marquesa, doña Petronila, la Regenta y Ripamilán, subieron á la carretela descubierta; carruaje de lujo que había sido excelente pero que estaba anticuado y torpe de movimientos. El tronco de caballos negros era digno del rey. Los demás se acomodaron en un coche antiguo de viaje, sólido, pero de mala facha, tirado por cuatro caballos; era el que servía ordinariamente al Marqués en sus excursiones por la provincia, para llevar y traer electores unas veces y otras para cazar acaso en terreno vedado. ¡Se decían tantas cosas del coche de camino! Su figura se aproximaba á las sillas de posta antiguas, que todavía hacen el servicio del correo en Madrid desde la Central á las Estaciones. Lo llamaban la *Góndola* y el *Familiar* y con otros apodos.

Al Magistral se le hizo un poco de sitio, entre Ripamilán y Anita, con palabra solemne de dejarle en el Espolón, donde él tenía que buscar á cierta persona. (No había tal cosa, era un pretexto para cumplir su propósito de no ir al Vivero).

—Le secuestramos—había dicho Obdulia...

—Sí, sí, secuestrarlo, es lo mejor: no se le dejará apearse—añadió doña Petronila.

—No; protesto... entonces no subo.

Subió; y la carretela salió arrancando chispas de los guijarros puntiagudos por las calles estrechas de la Encimada. Detrás iba la *Góndola*, atronando al vecindario con horrisono estrépito de cascabeles, latigazos, cristales saltarines, y voces y carcajadas que sonaban dentro.

Todavía calentaba el sol y las damas de la carretela improvisaron con las sombrillas un toldo de colores que también cobijaba al Magistral y al Arcipreste. Ripamilán, casi oculto entre las faldas de doña Petronila á quien llevaba enfrente, iba en sus glorias; no por su contacto con el Gran Constantino, sino por ir entre damas, bajo sombrillas, oliendo perfumes femeniles, y sintiendo el aliento de los abanicos; ¡salir al campo con señoras! ¡la bucólica cortesana, ó poco menos! El bello ideal del poeta setentón, del eterno amador platónico de Filis y Amarilis con corpiño de seda, se estaba cumpliendo.

El Magistral iba un poco avergonzado: le pesaba, por un lado—y por otro no—la casualidad, ó lo que fuere, de ir tocando con Ana. Tocando apenas, por supuesto; ni ella ni él se movían. Él estaba turbado, ella no; iba satisfecha á su lado; seguía figurándose como un escudo bien labrado y fuerte. Ella le quitaba el sol, y él la defendía de don Alvaro. «Si este señor viniera al Vivero... no se atrevería el otro tal vez á acercarse... y si no... va... se va á atrever... claro, como allí

cada cual corre por su lado, y Víctor es capaz de irse con Paco y Edelmira á hacer el tonto, el chiquillo... No, pues lo que es que le temo no quiero que lo conozca; de modo que si se acerca... no huiré. ¡Si éste quisiera venir!...»

—Don Fermín—le dijo, cerca ya del Espolón, con voz humilde, con el respeto dulce y sosegado con que le hablaba siempre.—Don Fermín ¿por qué no viene usted con nosotros? Poco más de una hora... creo que volveremos hoy más pronto... ¡venga Vd.... venga Vd.!

De Pas sentía unas dulcísimas cosquillas por todo el cuerpo al oír á la Regenta; y sin pensarlo se inclinaba hacia ella, como si fuera un imán. Afortunadamente las otras damas y el Arcipreste iban muy enfrascadas en una agradable conversación que tenía por objeto despellejar á la pobre Obdulia. Ripamilán citaba, como solía en tal materia, al obispo de Nauplia, la fonda de Madrid, los vestidos de la prima cortesana, etc., etc. No cabe negar que la resolución del Magistral estuvo á punto de quebrantarse, pero le pareció indigno de él mostrar tan poca voluntad y temió además lo que podía suceder en el Vivero. Él no podía hacer el cadete; si don Alvaro quería buscar el desquite de la derrota del columpio y le desafiaba en otra cualquier clase de ejercicio, él, con su manteo y su sotana, y su canongía á cuestas, estaba muy expuesto á ponerse en ridículo. No, no iría. Y sintió al afirmarse en su propósito una voluptuosidad intensa, profunda; era el orgullo satisfecho. Bien sabía él la fuerza que tenía que emplear para resistir la tentación que salía de aquellos labios más seductores cuanto menos maliciosos; por lo mismo apreció más la propia energía, el temple de su alma, que «indudablemente había venido al mundo para empresas más altas que luchar con oscuros vetustenses.»

Volvió los ojos blandos á su amiga y poniendo en la

voz un tono de cariñosa confianza, nuevo, algo parecido, según notó la Regenta, al que había usado Mesía aquella tarde en el balcón del comedor, contestó el Magistral muy quedado :

—No debo ir con Vds...

Y el gesto, indescriptible, dió á entender que lo sentía, pero que como él era cura... y ella se había confesado con él... y Paco y Obdulia y Visita eran un poco locos, y en Vetusta los ociosos, que eran casi todos, murmuraban de lo más inocente...

Todo eso, aunque no lo quisiera decir aquel gesto, entendió la Regenta, y se resignó á habérselas otra vez con Mesía sin el amparo del Provisor.

No hablaron más. Se detuvo el carruaje ; el Magistral se levantó y saludó á las damas. La Regenta le sonrió como hubiera sonreído muchas veces á su madre si la hubiera conocido. De Pas no sabía sonreír de aquella manera ; la blandura de sus ojos no servía para tales trances, y contestó mirando con chispas de que él no se dió cuenta... ni Ana tampoco.

Estaban á la entrada del Espolón, *el paseo de los curas*, según antiguo nombre. Allí se apeó don Fermín entre lamentos de doña Petronila.

—Es Vd. muy desabrido—dijo la Marquesa, permitiéndose un tono familiar que empleaba con todos los canónigos menos con don Fermín.

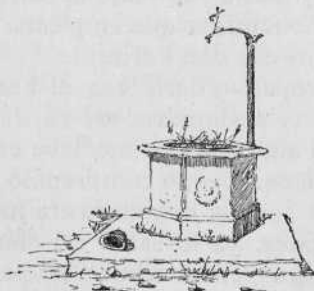
Y hasta se propasó á darle con el abanico cerrado en la mano. Quería significar así su deseo de estrechar la amistad algo fría que mediaba entre el Provisor y los Vegallana. Bien lo comprendió y lo agradeció De Pas. Intimar con los Vegallana era intimar con don Víctor y la esposa, ya lo sabía él ; siempre estaban juntos unos y otros, en el teatro, en paseo, en todas partes, y la Regenta comía en casa del Marqués muy á menudo. De modo que, para verla, allí mucho mejor que en la catedral. Todo esto se le pasó por las mien-

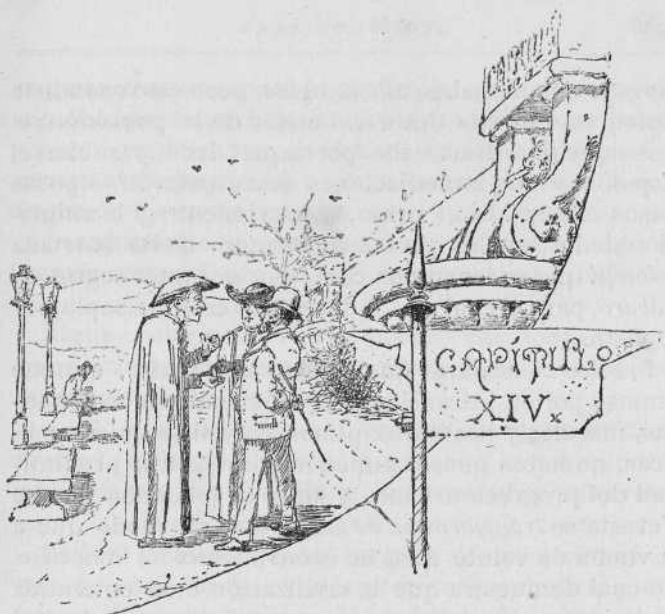
tes al Magistral en el poco tiempo que necesitó para quitar el pié del estribo y hacer el último saludo á las señoras, dando un paso atrás.

—Anda, Bautista!—gritó la Marquesa; y la carretela siguió su marcha ante la espectación de sacerdotes, damas y caballeros particulares que paseaban en el Espolón, chiquillos que jugaban en el prado vecino y artesanos que trabajaban al aire libre.

Los ojos del Magistral siguieron mientras pudieron el carruaje. La Regenta le sonreía de lejos, con la expresión dulce y casta de poco antes, y le saludaba tímidamente sin aspavientos con el abanico... Después no se vió más que la angulosa silueta de Ripamilán, que movía los brazos como las aspas de un molino de muñecas.

El otro coche pasó como un relámpago. De Pas vió una mano enguantada que le saludaba desde una ventanilla. Era una mano de Obdulia, la viuda eternamente agradecida. No saludaba con las dos, porque la izquierda se la oprimía dulce y clandestinamente Joaquinito Orgaz, quien jamás hizo ascos en platos de segunda mesa, en siendo succulentos.





ERA el Espolón un paseo estrecho, sin árboles, abrigado de los vientos del Nordeste, que son los más fríos en Vetusta, por una muralla no muy alta, pero gruesa y bien conservada, á cuyos extremos ostentaban su arquitectura achaparrada sendas fuentes monumentales de piedra oscura, revelando su origen en el ablativo absoluto *Rege Carolo III*, grabado en medio de cada mole como por obra del agua resbalando por la caliza años y más años. Del otro lado limitaban el paseo largos bancos de piedra también; y no tenía el Espolón más adorno, ni atractivo, á no ser el sol, que, como lo hubiera toda la tarde, calentaba aquella muralla triste. Al abrigo de ella paseaban desde tiempo inmemorial los muchos clérigos que son principal ornamento de la antigua corte vetustense; por invierno de dos á cuatro ó cinco de la tarde, y en verano, poco antes de ponerse el sol hasta la noche. Era aquel un lugar, á más de abrigado, solita-

rio y lo que llamaban allí *recogido*, pero esto cuando la Colonia no existía. Ahora lo mejor de la población, el ensanche de Vetusta iba por aquel lado, y si bien el Espolón y sus inmediaciones se respetaron, á pocos pasos comenzaba el ruido, el movimiento y la animación de los hoteles que se construían, de la barriada *colonial* que se levantaba como por encanto, según *El Lábaro*, para el cual diez ó doce años eran un soplo por lo visto.

Preciso es declarar que el clero vetustense, aunque famoso por su intransigencia en cuestiones dogmáticas, morales y hasta disciplinarias, y si se quiere políticas, no había puesto nunca malos ojos á la proximidad del progreso urbano, y antes se felicitaba de que Vetusta se *transformase de día en día*, de modo que á la vuelta de veinte años *no hubiera quien la conociese*. Lo cual demuestra que la civilización bien entendida no la rechazaba el clero, así parroquial como catedral de la *Vetusta católica* de Bermúdez.

Hubo más; aunque tradicionalmente el Espolón venía siendo patrimonio de sacerdotes, magistrados melancólicos y *familias de luto*; como algunas señoras notasen que el *Paseo de los curas* era más caliente que todos los demás, comenzaron en tertulias y cofradías á tratar la cuestión de si debía trasladarse el paseo de invierno al Espolón. Don Robustiano Somoza, que ante todo era higienista público, gritaba en todas partes:

—¡Pues es claro! Pues si es lo que yo vengo diciéndolo hace un siglo; pero aquí no se puede luchar con las preocupaciones, con el fanatismo. Esos curas, que son listos, con pretexto de la soledad y el retiro han cogido, allá en tiempo de la sopa boba, han cogido para sí el mejor sitio de recreo, el más abrigado, el más higiénico...

En fin, que algunas señoras de las más encopetadas

se atrevieron á romper la tradición, y desde Octubre en adelante, hasta que volvía Pascua florida, se pasearon con gran descoco en el Espolón. Tras aquellas fueron atreviéndose otras; los *pollos* advirtieron que el Paseo de los curas era más corto y más estrecho que el Paseo grande, y esto les convenía. Y en un año se transformò en *Paseo de Invierno* el apetecible Espolón, secularizándose en parte.

Algunos clérigos, viejos ó pobres, casi todos protestaron y acabaron por abandonar su Espolón desparramándose por las carreteras.

«—¡ El mundo, la locura, los arrojaba de su solitario recreo! ¡ El siglo lo invadía todo! » Y la emprendían por el camino de Castilla y otras calzadas polvorosas entre las filas interminables de álamos y robles.

Pero el elemento joven, los más de los canónigos y beneficiados, los que vestían con más pulcritud y elegancia, los que usaban el sombrero de canal suelta el ala, ancho y corto, se resignaron, y toleraron la invasión de la Vetusta elegante. No tuvieron inconveniente, ó lo disimularon, en codearse con damas y caballeros; después de todo, ellos no habían ido á buscar el gentío, el bullicio mundanal; ellos seguían *en su casa*, en sus dominios, haciendo como que no notaban la presencia de los intrusos.

Tal vez á esta nueva costumbre de la vida vetustense debíase en parte el gran esmero que se echaba de ver de poco acá en el traje de muchos sacerdotes. Lo que se puede bien llamar juventud dorada del clero de la capital, tan envidiada por sus colegas de la montaña, que según ellos mismos se embrutecían á ojos vistas, la juventud dorada acudía sin falta todas las tardes de Otoño y de Invierno que hacía bueno al Espolón; iba lo que se llama reluciente; parecían diamantes negros, y sin que nadie tuviera nada que decir, presenciaban las idas y venidas de las jóvenes elegantes; y los que

eran observadores podían notar las señales del amor, de la coquetería, en gestos, movimientos, risas, miradas y rubores. Pero nada más.

Sin embargo, el Rector del Seminario, hombre excesivamente timorato, según frase de la Marquesa de Vegallana, no pasaba por aquellas mescolanzas de curas y mujeres paseando todos revueltos, en un recinto que no tenía un tiro de piedra de largo, y que tendría cinco varas escasas de ancho.

«—No, señor—le decía al Obispo;—yo no comprendo que pueda ser cosa inocente é inofensiva que un sacerdote tropiece con los codos de todas las señoritas majas del pueblo...» El Obispo creía que las señoritas eran incapaces de tales tropezones. «Si fuesen aquellas empecatadas del boulevard, las chalequeras...»

Pronto se olvidó la protesta del Rector del Seminario.

—¿Quién hace caso de ese señor?—decía Visitación la del Banco—un hombre cerril; santo, eso sí, pero montaraz. En fin, un hombre que me echó á mí de la sacristía de Santo Domingo siendo yo tesorera del Corazón de Jesús!

—Un hombre así—aseveraba Obdulía—debía pasar la vida sobre una columna...

—Como san Simón *Estiliita*—acudió Trabuco, que estaba presente.

Desde Pascua florida hasta el equinoccio de Otoño próximamente, los curas se quedaban casi solos en el Espolón; pero en Octubre volvían algunas señoras que tenían miedo á la humedad y á *la influencia del arbolado* allá arriba en el paseo de Verano. La tarde en que el carruaje de los Vegallana dejó al Magistral á la entrada del Espolón, paseaban allí muchos clérigos y no pocos legos de edad y respetabilidad, pero pocas señoras. Sin embargo, las que había bastaron para comentar con abundancia de escolios y notas el hecho

extraordinario de apearse el Magistral de la carretela de los Vegallana donde todas con sus propios ojos—cada cual—le acababan de ver al lado de la Regenta. «En nombrando el ruín de Roma...» habían dicho muchos al ver aparecer la carretela. Los curas, valga la verdad, también hablaban del suceso *inopinado*, como lo llamaba Mourelo. El ex-alcalde Foja se paseaba en medio del Arcediano, el ilustre Glocester, y del beneficiado don Custodio, el más almibarado presbítero de Vetusta. No solía el liberal usurero acompañarse de sotanas, pero aquella tarde había juntado á los tres enemigos del Magistral la importancia de los acontecimientos.

—¡Qué desfachatez!—decía Foja.

—Es un insensato; no sabe lo que es diplomacia, lo que es disimulo—advertía Mourelo.

—Y yo que no quería creer á Vd. cuando me decía que se había quedado á comer con ellos...

—¡Ya ve Vd!—exclamó Glocester triunfante.

—¿Y á dónde van los otros?

—Al Vivero, de fijo; ya sabe Vd... á brincar y saltar como potros...

—¡Esas son las clases conservadoras!

—No, señor; esa es la excepción...

—Y mire Vd. que venir en carruaje descubierto.....

—Y junto á ella...

—Y apearse aquí—se atrevió á decir el beneficiado.

—Justo; tiene razón éste... apearse aquí...

—Señor Arcediano, permítame Vd. decirle que su colega de Vd. está dejado de la mano de Dios.

—¡Ya lo creo! ¡ya lo creo! y lo siento... Pero ese Obispo, ese bendito señor... En fin, ¿qué quiere Vd? —indicó Glocester sonriendo con malicia.

En aquel momento se le ocurrió una frase y para exponerla á su auditorio con toda solemnidad se detuvo, extendió la mano, como separando á los otros

dos, y echando el cuerpo del lado de Foja le dijo al oído, á voces:

—¡Amigo mío, de todo ha de haber en la Iglesia de Dios!

Rieron los otros el chiste, y no cesaron las carcajadas, hasta que el Magistral pasó al lado de los murmuradores. Los dos clérigos le saludaron muy cortésmente y Glocester dando un paso hacia él le acarició con una palmadita familiar sobre el hombro.

La envidia se lo comía, pero Glocester no era hombre que gastase menos disimulo. Ó era diplomático ó no lo era.

El Magistral se contentó con escupirle para sus adentros.

Dió algunas vueltas solo, saludando á diestro y siniestro con la amabilidad de costumbre, por máquina, sin ver apenas á quien saludaba. Llevaba el manto terciado sobre la panza, que comenzaba á indicarse; y mano sobre mano—ya se sabe que eran muy hermosas—á paso lento (que buen trabajo le costaba, más de buen grado hubiera echado á correr... detrás de los coches del marqués) anduvo por allí un cuarto de hora desafiando humildemente las miradas de todos, seguro de que todos ó los más hablaban de él, y de la confesión de dos horas ó tres ó cuatro. «¡Sabría Dios cuántas serían ya!—Aquel Glocester y su don Custodio habrían tenido buen cuidado de hacer rodar la bola.... ¡Las cosas que dirían ya los enemigos! Pero ¿qué le importaba á él? Lo que ahora le pesaba era no haber seguido al Vivero; de todos modos habían de murmurar los miserables! y en cuanto á las personas decentes, las que á él le importaban, esas no habían de creer nada malo porque él, como hacía Ripamilán, como habían hecho otros sacerdotes, fuese á las posesiones de Vegallana.»

Algunos amigos verdaderos, ó por lo menos parti-

darios declarados del Magistral paseaban por el Espolón; pero no se atrevían á acercarse al ilustre Vicario general; llevaba cara de pocos amigos, á pesar de su sonrisita dulce, clavada allí desde que se veía en la calle. Así como á los delicados de la vista la claridad les hace arrugar los párpados, á don Fermín le hacía sonreír; parecía aquella sonrisa con que siempre le veía el público, un efecto extraño de la luz en los músculos de su rostro.

Pero esto no engañaba á los que le conocían bien, —los más muy á su costa.—El primero que se atrevió á acercarse fué el Deán que llegaba entonces al Paseo. El mismo De Pas le salió al encuentro. El Deán no hablaba casi nunca, y paseando menos. Se emparejaron y don Fermín siguió como si estuviera solo. Se acercó después el canónigo pariente del ministro y hubo que hablar y en seguida se agregó un *obispo de levita* (frase que hacía fortuna por aquella época) y la conversación se animó; se habló de política y de intrigas palaciegas; de mil cosas que le parecían al Magistral necedades, dicharachos indignos de sacerdotes. «¿Pero y él? ¿en qué iba pensando él? Aquello sí que era pueril, ridículo, y hasta pecaminoso. ¿Pues no se había puesto á fijarse, porque iba con la cabeza gacha, en los manteos y sotanas de sus colegas, y en los suyos, y no estaba pensando, que el traje talar era absurdo, que no parecían hombres, que había afeminamiento carnavalesco en aquella industria?... ¡mil locuras! lo cierto era que le estaba dando vergüenza en aquel momento llevar traje largo y aquella sotana que él otras veces ostentaba con majestuoso talante. Si á lo menos tuviera una abertura lateral, como algunas túnicas... pero entonces se verían las piernas, —¡qué horror!— los pantalones negros, el varón vergonzante que lleva debajo el cura.»

—¿Qué opina Vd.?—le preguntó el obispo laico en

aquel instante, deteniéndose, poniéndosele delante para intimarle la respuesta.

No sabía de qué hablaban, se le había ido el santo al cielo con los cortes de la sotana.

—La verdad es que la cuestión—dijo—la cuestión... merece pensarse.

—¡Pues eso digo yo!—gritó el otro, triunfante, y le dejó seguir andando.

—¿Ven Vds.? el señor Provisor opina lo mismo que yo; dice que merece estudiarse la cuestión, que es ardua... ¡yo lo creo!

El Magistral respiró; pero antes de exponerse á otra pregunta *inopinada*, como diría Mourelo, se despidió de aquellos señores asegurando que tenía que hacer en Palacio.

No podía más; aquella tarde la compañía de sus colegas le asfixiaba; toda aquella tela negra colgando le abrumaba; podía decir cualquier desatino si continuaba allí. Y se marchó á paso largo. Su última mirada fué para la lontananza del camino del Vivero por donde había visto desaparecer entre nubes de polvo los coches.

«¡Estamos buenos!» iba pensando por las calles. Era enemigo de dar nombre á las cosas, sobre todo á las difíciles de bautizar. ¿Qué era aquello que á él le pasaba? No tenía nombre. Amor no era; el Magistral no creía en una pasión especial, en un sentimiento puro y noble que se pudiera llamar amor; esto era cosa de novelistas y poetas, y la hipocresía del pasado había recurrido á esa palabra santificante para disfrazar muchas de las mil formas de la lujuria. Lo que él sentía no era lujuria; no le remordía la conciencia. Tenía la convicción de que aquello era nuevo. ¿Estaría malo? ¿Serían los nervios? Somoza le diría de fijo que sí.»

«De todas maneras, había sido una necedad, y tal vez una grosería, haber desairado á aquellas señoras. ¿Qué estarían diciendo de él en el Vivero?»

Subía el Magistral por las primeras calles de la Encimada, pasó por la puerta del Gobierno civil y allá dentro, en medio del patio, vió un pozo que él sabía que estaba ciego. Se acordó de que Ripamilán le había hablado varias veces de un pozo seco que había en el Vivero. Paco Vegallana, Obdulia, Visita y demás gente loca—había dicho el Arcipreste—se entretienen en cortar helechos, yerbas, ramas de árboles y arrojarlo todo al pozo, y cuando ya llega la hojarasca cerca de la boca... zas! se tiran ellos dentro, primero uno, después otro y á veces dos ó tres á un tiempo... Al mismo Ripamilán, con toda su respetabilidad, le habían hecho descender á aquel agujero, y por cierto que para sacarlo se había necesitado una cuerda... El Magistral tenía aquel pozo, que no había visto, delante de los ojos, y se figuraba á Mesía dentro de él, sobre las ramas y la yerba con los brazos extendidos esperando la dulce carga del cuerpo mortal de Anita!... ¿Tendría ella tan reprehensible condescendencia? ¿Se dejaría echar al pozo? Don Fermín estaba en ascuas. ¿Qué le importaba á él? Pues estaba en ascuas.

Andaba á la ventura, sin saber á dónde ir. Se encontró á la puerta de su casa. Dió media vuelta y seguro de que nadie le había visto, apretó el paso bajando por un callejón que conducía á la plazuela de Palacio, á la Corralada.

«Mi madre! pensó. No se había acordado de ella en toda la tarde.»

¡Había comido fuera de casa sin avisar! doña Paula consideraba esta falta de disciplina doméstica como pecado de calibre. Pocas veces los cometía su hijo, y por lo mismo la impresionaban más.

«¡Cómo no se me ocurrió mandarle un recado! pero... ¿por quién? ¿no era ridículo decirle á la Marquesa: señora necesito que mi madre sepa que no como hoy con ella? Aquella esclavitud en que vivía...

contento, sí, contento, no le humillaba... pero no convenía que la conociese el mundo. Y ahora, ¿por qué no se había quedado en casa? Bastante tiempo había pasado fuera... ¿volvería pié atrás, desafiaria el mal humor de su madre? No, no se atrevia; no estaba el suyo para escenas fuertes, le horrorizaba la idea de una filípica embozada, como solian ser las de su madre, de un discurso de moral utilitaria... De fijo le hablaría de las necesidades que le habían contado por la mañana... Y si le decía: he comido... con la Regenta, en casa del Marqués ¡bueno iba á estar aquello! Pero, Señor ¡qué luégo, qué luégo había empezado la gentuza, la miserable gentuza vetustense á murmurar de aquella amistad! ¡en dos días todo aquel run run, su madre con los oídos llenos de calumnias, de malicias, y el alma de sospechas, de miedos y aprensiones... ¿y qué había? nada; absolutamente nada; una señora que había hecho confesión general y que probablemente á estas horas estaría metida en un pozo cargado de yerba seca en compañía del mejor mozo del pueblo. ¿Y él qué tenía que ver con todo aquello? ¡Él, el Vicario general de la diócesis! Oh, sí! volvería á casa, se impondría á su madre, le diría que era indecoroso insistir en sospechar, procurar disimulos, borrar apariencias, ¿para qué? él no tenía nada que tapar en aquel asunto; no era un niño, despreciaba la calumnia, etc.»

Entró en Palacio.

La sombra de la Catedral, prolongándose sobre los tejados del caserón triste y achacoso del Obispo lo oscurecía todo; mientras los rayos del sol poniente teñían de púrpura los términos lejanos, y prendían fuego á muchas casas de la Encimada reflejando llamaradas en los cristales.

El Magistral llegó hasta el gabinete en que el Obispo corregía las pruebas de una pastoral.

Fortunato levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, eres tú?

Don Fermín se sentó en un sofá. Estaba un poco mareado; le dolía la cabeza y sentía en las fauces ardor y una sequedad pegajosa; se ahogaba en aquel recinto cerrado y estrecho; el alcohol le había perturbado. Nunca bebía licores y aquella tarde, distraído, sin saber lo que estaba haciendo, había apurado la copa de chartreuse ó no sabía qué, servida por la Marquesa.

Fortunato leía las pruebas y seguía sonriendo. No parecía temer ya al Magistral. Horas antes esquivaba quedarse á solas con él de miedo á que le reprendiese por su condescendencia con las señoras *protectrices* de la Libre Hermandad. De Pas notó el cambio.

—¿Me haces el favor de leer lo que dicen estas letras borradas?... yo no veo bien.

De Pas se acercó y leyó.

—Chico, apestas!... ¿qué has bebido?

Don Fermín irguió la cabeza y miró al Obispo sorprendido y ceñudo.

—¿Que apesto? ¿por qué?

—Á bebida hueles... no sé á qué... á ron... qué sé yo.

De Pas encogió los hombros dando á entender que la observación era impertinente y baladí. Se apartó de la mesa.

—Á propósito. ¿Por qué no has avisado á tu madre?

—¿De qué?

—De que comías fuera...

—¿Pero Vd. sabe?...

—Ya lo creo, hijo mío. Dos veces estuvo aquí Tere-sina de parte de Paula; que dónde estaba el señorito, que si había comido aquí. No, hija, no; tuve que salir yo mismo á decírselo. Y á la media hora vuelta. Que si se le había pasado algo al señorito, que la señora estaba asustada; que yo debía de saber algo...

El Magistral se paseaba por el gabinete y pisaba muy

fuerte; disimulaba mal su impaciencia, su mal humor, tal vez no pretendía siquiera disimularlos.

—Yo—continuó Fortunato—les dije que no se apurasen, que habrías comido en casa de Carraspique, ó en casa de Páez; como los dos están de días... y eso habrá sido, ¿verdad? ¿Con Carraspique habrás comido?

—No; señor!

—¿Con Páez?

—No, señor! Mi madre... mi madre me trata como á un niño!

—Te quiere tanto, la pobrecita...

—Pero esto es demasiado...

—Oye—exclamó el Obispo dejando de leer pruebas—¿de modo que aún no has vuelto á casa?

El Magistral no contestó; ya estaba en el pasillo. De lejos había dicho:

—Hasta mañana;—y había cerrado detrás de sí la puerta del gabinete con más fuerza de la necesaria.

—Tiene razón el muchacho—se quedó pensando el Obispo, que trataba al Magistral como un padre débil á un hijo mimado.—Esa Paula nos maneja á todos como muñecos.

Y continuó corrigiendo la Pastoral.

De Pas tomó por el callejón arriba, desandando el camino; pero al llegar cerca de su casa se detuvo. No sabía qué hacer. La chartreuse ó lo que fuera—¿¡si sería cognac!—seguía molestándole y conocía ya él mismo que le olía mal la boca.

«Si se me acercase Glocester ahora, mañana todo Vetusta sabría que yo era un borracho...»

«No subo, no subo. Buena estará mi madre! Y yo no estoy para oír sermones ni aguantar pullas ni traducir reticencias... ¡Hasta Teresa anda en ello! Dos veces á palacio!... El niño perdido... Esto es insufrible!...»

El reloj de la catedral dió la hora con golpes lentos;

primero cuatro agudos, después otros graves, roncós, vibrantes.

De Pas, como si su voluntad dependiese de la máquina del reloj, se decidió de repente y tomó por la calle de la derecha, cuesta abajo; por la que más pronto podría volver al Espolón.

Se olvidó de su madre, de Teresina, del cognac, del Obispo; no pensó más que en los coches del Marqués que debían de estar de vuelta.

El Vicario general de Vetusta, á buen paso, tomó el camino del Vivero, después de dejar las calles torcidas de la Encimada y llegó al Espolón cuando ya estaban encendidos los faroles y desierto el paseo. No pensaba en que estaba haciendo locuras, en que tantas idas y venidas eran indignas del Provisor del obispado; esto lo pensó después; ahora sólo tenía esta idea. «¿Habrán pasado ya? No, no debían de haber pasado; apenas había tiempo; ahora, ahora es cuando deben de estar cerca...»

«Así como así, la brisa, que ya empieza á soplar, me quitará este calor, este aturdimiento, esta sed...» El agua de las fuentes monumentales murmuraba á lo lejos con melancólica monotonía en medio del silencio en que yacía el paseo triste, solitario. Al acercarse al pilón de la fuente de Oeste, De Pas tuvo tentaciones de aplicar sus labios al tubo de hierro que apretaba con sus dientes un león de piedra, y saciar sus ansias en el chorro bullicioso, incitante... No se atrevió y dió la vuelta continuando su paseo en la soledad. Al llegar á la otra fuente, iguales ansias, iguales tentaciones... Media vuelta y atrás. Así estuvo paseando media hora. La sed le abrasaba... ¿por qué no se iba? porque no quería dejarlos pasar sin verlos; sin ver los coches, se entiende. Ana volvería, era natural, en la carretela, y al pasar junto á un farol podría verla, sin ser visto, ó por lo menos sin ser conocido. La sed que esperase.

El reloj de la Universidad dió tres campanadas. ¡Tres cuartos de hora! Andaría adelantado... No... La catedral, que era la autoridad cronométrica, rectificó la afirmación de la Universidad; por lo que pudiera valer *el reloj del Ayuntamiento*, que no había podido secularizar el tiempo, vino á confirmar lo dicho lacónicamente por sus colegas, exponiendo su opinión con una voz aguda de esquilón cursi.



« — Pero qué hace allá esa gente? » — se preguntó el Magistral, aunque añadiendo para satisfacción de su conciencia que á él, por supuesto, no le importaba nada.

Hasta entonces no había reparado en unos chiquillos, de diez á doce años, *pillos de la calle*, que jugaban allí cerca, al rededor de un farol, de los que señalaban el límite del paseo y de la carretera en los espacios que

dejaban libres los bancos de piedra. Entre los pillastres había una niña, que hacía de *madre*. Se trataba del *zurriágame la melunga*, juego popular al alcance de todas las fortunas. La *madre* estaba sentada al pié del farol, en el pedestal de la columna de hierro; un pañuelo muy sucio en forma de látigo, atado con un soberbio nudo por el medio, era el zurriago que representaba allí el poder correctivo. La niña haraposa empuñaba el lienzo por un extremo y el otro iba pasando de mano en mano por el corro de chiquillos.

—Na?...—decía la *madre*.

—Narigudo...—contestó un pillo rubio, el más fuerte de la compañía, que siempre se colocaba el primero por derecho de conquista.

El pañuelo pasó á otro.

—Na?

—Narices.

—Otro. Na?

—Napoleón.

—Ay qué mainate! qué es Napoleón?—gritó el Sansón del corro acercándose á su afectísimo amigo y poniéndole un codo delante de las narices.

—Napoleón... ay que rediós! es un duro.

—Qué há é ser!

—No hay más cera!

—Te rompo... si no fueses tan mandria... te inflaba el morro... por farolero.

—Qué más da, si no es eso?—dijo la niña poniendo paces. A ver el otro. Na? na?

—Natalia... Tampoco. No acertó ninguno.

—Otra rueda.

—Da señas, tísica! —escupió más que dijo el dictador.

Y abriendo las piernas y agachándose como dispuesto á correr detrás de los compañeros á latigazos, dió una vuelta al pañuelo al rededor de la mano y añadió:

—Da señas que se entiendan ó te rompo el alma!

Y tiraba por el látigo como queriendo arrancarlo del poder de la *madre*.

—Señas... señas... ¿á qué no aciertas?

—Á que sí?...

—No tires...

—Pues da señas...

—Es una cosa muy rica! muy rica! muy rica!

—¿Que se come?

—Pues claro... siendo muy rica...

—Dónde la hay?

—La comen los señores...

—Eso no vale, so tísica! ¿qué sé yo lo que comen los señores?

—Pues alguna vez puede ser que la hayas visto.

—¿De qué color?

—Amarilla, amarilla...

—Naranjas, rediós! —aulló el pillastre y dió un tirón al pañuelo, preparándose á emprenderla á latigazos con sus compañeros

—¡Que me arrancas el brazo, bruto, y que no es eso!...

Los demás pilletes ya se habían puesto en salvo y corrían por la carretera y el Espolón.

—Venir! venir! que no es eso... —gritó la *madre*.

—Que si es! bacalao! te rompo... ¿pues no son amarillas las naranjas?... ¿y no son cosa rica?

—Pero naranjas las comes tú también.

—Claro, si se las robo á la señoa Jeroma en el puesto...

—Pues no es eso. Otro.

—Na? Na?

Un niño flaco, pálido, casi desnudo, tomó la punta del pañuelo; le brillaban los ojos... le temblaba la voz... y mirando con miedo al de las naranjas, dijo muy quedo:

—Natillas!...

—*Zurriágame la melunga!* —gritó entusiasmada la *madre*, *castaños de catalunga!*

Y todos corrieron, mientras el vencedor iba detrás con piernas vacilantes, sin gran deseo de azotar á sus amigos, contento con el triunfo, pero sin deseos de venganza.

El *Rojo* no quería correr: protestaba.

—Rediós! qué son natillas? —gritaba poniendo la

mano delante de la cara, mientras tímidamente el *Ratón* le castigaba con simulacros de azotes.

Y añadía furioso el *Rojo*:

—Dí: á la oreja! tísica, ó te baldo!

—A la oreja! á la oreja!

El *Ratón* se vió acosado por todos sus colegas que se le colgaron de las orejas.

—*Zurriágame la melunga!*— volvió á gritar la madre, y los pillos se dispersaron otra vez.

En aquel momento el Magistral se acercó á la niña.

La madre dió un grito espantada. Creía que era su padre que venía á recogerla á bofetadas y á puntapiés como solía.

—Díme, hija mía... has visto pasar dos coches?

—¿Para dónde?— contestó ella poniéndose en pié.

—Para arriba... uno con dos caballos y otro con cuatro con cascabeles... hace poco...

—No señor, me parece que no... Espere Vd., señor cura, á ver si esos... ¡*A la oreja madre! ¡á la oreja madre!*—gritó y la bandada de mochuelos acudió al farol delante del *Ratón*. Al ver al Provisor, todos, menos el *Rojo*, le rodearon, descubriendo la cabeza, los que tenían gorra, y le besaron la mano por turno nada pacífico. Unos se limpiaron primeramente las narices y la boca; otros no.

—¿Habéis visto pasar dos coches para arriba?

—Sí.

—No.

—Dos.

—Tres.

—Para abajo.

—Mentira, mainate... si te inflo!... Para arriba, señor cura.

—Era una galera.

—Un coche, farol!

—Dos carros eran, mainate.

— Te rompo!...

— Te inflo!...

El Magistral no pudo averiguar nada. Se inclinó á creer que habían pasado. Pero no dejó el paseo; continuó dando vueltas, y limpiándose la mano besada por la chusma. Le molestaba mucho el pringue, y en el pilón de una de las fuentes se lavó un poco los dedos.

Los pilletes se dispersaron. Quedó solo don Fermín con un murciélago que volaba yendo y viniendo sobre su cabeza, casi tocándole con las alas diabólicas. También el murciélago llegó á molestarle, apenas pasaba volviase, cada vez era más reducida la órbita de su vuelo.

«Deben de ser dos,» pensó el Magistral, que cada vez que veía al animalucho encima sentía un poco de frío en las raíces del pelo.

La noche estaba hermosa, acababan de desvanecerse las últimas claridades pálidas del crepúsculo. Sobre la sierra, cuya silueta señalaba una faja de vapor tenue y luminoso, brillaban las estrellas del carro, la Osa mayor, y Aldebarán, por la parte del Corfin, casi rozando la cresta más alta de la cordillera oscura, lucía solitario en una región desierta del cielo. La brisa se dormía y el silbido de los sapos llenaba el campo de perezosa tristeza, como cántico de un culto fatalista y resignado. Los ruidos de la ciudad alta llegaban apagados y con intermitencias de silencio profundo. En la Colonia, más cercana, todo callaba.

Don Fermín no era aficionado á contemplar la noche serena; lo había sido mucho tiempo hacía, en el Seminario, en los Jesuitas y en los primeros años de su vida de sacerdote... cuando estaba delicado y tenía aquellas tristezas y aquellos escrúpulos que le comían el alma. Después la vida le había hecho hombre, había seguido la escuela de su madre... una aldeana que no

veía en el campo más que la explotación de la tierra. Aquello que se llamaba en los libros la poesía, se le había muerto á él años atrás; ya lo creo, hacía muchos años... ¡Las estrellas! ¡qué pocas veces las había mirado con atención desde que era canónigo!... De Pas se detuvo, se descubrió, limpió el sudor de la frente y se quedó mirando á los astros que brillaban sobre su cabeza sumidos en el abismo de lo alto. «Tenía razón Pitágoras; parecía que cantaban.» En aquel silencio oía los latidos de la sangre de su cabeza... y también se le figuró oír otro ruido... así como de campanillas que sonasen más lejos... ¿Eran ellos? ¿Eran los coches que volvían? La carretela no llevaba cascabeles, pero los caballos de la Góndola sí... Ó serían cigarras, grillos... ranas... cualquier cosa de las que cantan en el campo acompañando el silencio de la noche?... No... no; eran cascabeles, ahora estaba seguro... ya sonaban más cerca, con cierto compás... cada vez más cerca.

—¡Deben de ser ellos! qué tarde!—dijo en voz alta, acercándose á la cuneta de la carretera, á la sombra de un farol de los del paseo.

Esperó algunos minutos, con la cabeza tendida en dirección del Vivero, espionando todos los ruidos... Vió dos luces entre la oscuridad lejana, después cuatro... eran ellos, los dos coches... El ruido rítmico de los cascabeles se hizo claro, estridente; á veces se mezclaban con él otros que parecían gritos, fragmentos de canciones.

«—¡Qué locos, vienen cantando!»

Ya se oía el rumor sordo y como subterráneo de las ruedas... el aliento fogoso de los caballos cansados... y, por fin, la voz chillona de Ripamilán... Ahora callaban los del coche grande. La carretela iba á pasar junto al Magistral, que se apretó á la columna de hierro, para no ser visto. Pasó la carretela á trote largo. De Pas se hizo todo ojos. En el lugar de Ripamilán vió

á don Víctor Quintanar, y en el de la Regenta á Ripamillán; sí, los vió perfectamente. ¡No venía la Regenta en el coche abierto! Venía con los otros! Y al marido le habían echado á la carretela con el canónigo, la Marquesa y doña Petronila!... Luego, don Alvaro y ella venían juntos... ¡y acaso venían todos borrachos, por lo menos alegres!

«¡Qué indecencia!» pensó, sintiendo el despecho atravesado en la garganta.

Y sin saber que parodiaba á Gloucester, añadió:

«—Se la quieren echar en los brazos! Esa Marquesa es una Celestina de afición!»

«¡Y venían cantando!»

Los coches se alejaban; subían por la calle principal de la Colonia, sin algazara; las luces de los faroles se bamboleaban, se ocultaban y volvían á aparecer, cada vez más pequeñas...

«Ahora callan!» pensó don Fermín. «Peor, mucho peor!»

Los cascabeles volvieron á sonar como canto lejano de grillos y cigarras en noche de estío...

El Magistral olvidado de las estrellas dejó el Espolón y subió á buen paso por la calle principal de la Colonia, en pos de los coches de Vegallana...

Si no fuera por vergüenza hubiera echado á correr por la cuesta arriba. «¿Para qué? Para nada. Por desahogar el malhumor, por emplear en algo aquella fuerza que sentía en sus músculos, en su alma ociosa, molesta como un hormigueo...

Al pasar junto al jardín de Páez, la luz de gas que brillaba entre las filigranas de hierro de la verja, en un globo de cristal opaco, le hizo ver su sombra de cura dibujada fantásticamente sobre la polvorienta carretera.

Se avergonzó, testigo él mismo de sus locuras; y contuvo el paso.

«Debo de estar borracho. Esto tiene que pasar. Bah! no faltaba más, siempre he sido dueño de mí... y ahora había de empezar á ser... un majadero...»

Se acordó de su cita con la Regenta. Sintió un alivio su furor sordo. «Pronto es mañana... Á las ocho ya sabré yo... sí lo sabré... porque se lo preguntaré todo. ¿Por qué no? Á mi manera... Tengo derecho...»

Llegó al boulevard, estaba solitario: ya había terminado el paseo de los Obreros: subió por la calle del Comercio, por la plaza del Pan, y al llegar á la plaza Nueva miró á la Rinconada. En el caserón de los Ozo-res no vió más luz que la del portal.

«—¿No los habrán dejado en casa? ¿Están juntos todavía?» Y sin pensar lo que hacía, siguió hasta la calle de la Rúa, por el mismo camino que había andado á medio día. Los balcones de casa del Marqués estaban también ahora abiertos; pero la luz no entraba por ellos, salía á cortar las tinieblas de la calle estrecha, apenas alumbrada por lejanos faroles de gas macilento. De Pas oyó gritos, carcajadas, y las voces roncasy metálicas del piano desafinado.

«—Sigue la broma!—se dijo mordiéndose los labios. Pero yo ¿qué hago aquí? ¿Qué me importa todo esto?... Si ella es como todas... mañana lo sabré. ¡Estoy loco! estoy borracho!... ¡Si me viera mi madre!» En la pared de la casa de enfrente la luz que salía por los balcones interrumpía con grandes rectángulos la sombra, y por aquella claridad descarada y chillona pasaban figuras negras, como dibujos de linterna mágica. Unas veces era un talle de mujer, otras una mano enorme, luégo un bigote como una manga de riego; esto vió De Pas frente al balcón del gabinete; frente á los del salón las sombras de la pared eran más pequeñas, pero muchas y confusas; y se movían y mezclaban hasta marear al canónigo.

«No bailan,» pensó. Pero esta idea no le consolaba.

Más allá del balcón del gabinete había otro cerrado. Era el de la habitación en que había muerto la hija de los marqueses. El Magistral recordaba haber estado allí, de rodillas, con una hacha de cera en la mano, mientras le daban á la pobre joven el Señor. Hacía mucho tiempo. Aquel balcón se abrió de repente. De Pas vió una figura de mujer que se apretaba á las rejas de hierro y se inclinaba sobre la barandilla, como si fuera á arrojarle á la calle. Confusamente pudo columbrar unos brazos que oprimían á la dama la cintura; ella forcejeaba por desasirse. «¿Quién era?» Imposible distinguirlo; parecía alta, bien formada; lo mismo podía ser Obdulia que la Regenta. «Es decir, la Regenta no podía ser; no faltaba más! ¿Y el de los brazos? ¿quién era? ¿por qué no salía al balcón?» De Pas estaba seguro de no ser visto, en completa oscuridad, en un portal de enfrente. No pasaba nadie; pero podían pasar... y ¿qué se pensaría si le veían allí, espionando á los convidados del marqués?... Debía marcharse... sí; pero hasta que aquellos bultos se retirasen del balcón no podía moverse. La dama desconocida, de espalda á la calle, ahora, inclinando la cabeza hacia el interlocutor invisible, hablaba tranquilamente y se defendía como por máquina, con leves manotadas felinas, de unas manos que de vez en cuando intentaban cogerla por los hombros.

«¡Están á oscuras! no hay luz en esa habitación... ¡qué escándalo!» pensó don Fermín, que seguía inmóvil.

La del balcón hablaba, pero tan quedo que no era posible conocerla por la voz; era un murmullo cargado de eses, completamente anónimo.

«Por supuesto que ella no es,» meditaba el del portal.

Á pesar de estas reflexiones que no podían ser más racionales, no estaba tranquilo. La oscuridad del balcón le sofocaba, como si fuese falta de aire. La cabeza de la silueta de señora desapareció un momento; hubo un si-

lencio solemne y en medio de él sonó claro, casi estridente, el chasquido de un beso bilateral. Después un chillido como el de Rosina en el primer acto del *Barbero*.

El Magistral respiró. «No era ella, era Obdulia.» En el balcón no quedaba nadie; don Fermín salió del portal, arrimado á la pared y se alejó á buen paso. «No era ella, de fijo no era ella, iba pensando. Era la otra.»





XV

EN lo alto de la escalera, en el descanso del primer piso, doña Paula, con una palmatoria en una mano y el cordel de la puerta de la calle en la otra, veía silenciosa, inmóvil, á su hijo subir lentamente con la cabeza inclinada, oculto el rostro por el sombrero de anchas alas.

Le había abierto ella misma, sin preguntar quién era, segura de que tenía que ser él. Ni una palabra al verle. El hijo subía y la madre no se movía, parecía dispuesta á estorbarle el paso, allí en medio, tiesa, como un fantasma negro, largo y anguloso.

Cuando De Pas llegaba á los últimos peldaños, doña

Paula dejó el puesto y entró en el despacho. Don Fermín la miró entonces, sin que ella le viese.

Reparó que su madre traía parches untados con sebo sobre las sienes; unos parches grandes, ostentosos.

«Lo sabe todo» pensó el Provisor. Cuando su madre callaba y se ponía parches de sebo, daba á entender que no podía estar más enfadada, que estaba furiosa. Al pasar junto al comedor, De Pas vió la mesa puesta con dos cubiertos. Era temprano para cenar, otras noches no se extendía el mantel hasta las nueve y media; y acababan de dar las nueve.

Doña Paula encendió sobre la mesa del despacho el quinqué de aceite con que velaba su hijo.

Él se sentó al sofá, dejó el sombrero á un lado y se limpió la frente con el pañuelo. Miró á doña Paula.

—¿Le duele la cabeza, madre?

—Me ha dolido. ¡Teresina!

—Señora.

—¡La cena!

Y salió del despacho. El Provisor hizo un gesto de paciencia y salió tras ella. «No era todavía hora de cenar, faltaban más de cuarenta minutos... pero ¿quién se lo decía á ella?»

Doña Paula se sentó junto á la mesa, de lado, como los cómicos malos en el teatro. Junto al cubierto de don Fermín había un palillero, un taller con sal, aceite y vinagre. Su servilleta tenía servilletero, la de su madre no.

Teresina, grave, con la mirada en el suelo, entró con el primer plato, que era una ensalada.

—¿No te sientas?—preguntó al Provisor su madre.

—No tengo apetito... pero tengo mucha sed...

—¿Estás malo?

—No, señora... eso no.

—¿Cenarás más tarde?

—No, señora, tampoco...

El Magistral ocupó su asiento enfrente de doña Paula, que se sirvió en silencio.

Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, De Pas contemplaba á su señora madre, que comía de prisa, distraída, más pálida que solía estar, con los grandes ojos azules, claros y fríos fijos en un pensamiento que debía de ver ella en el suelo.

Teresina entraba y salía sin hacer ruido, como un gato bien educado. Acercó la ensalada al señorito.

—Ya he dicho que no ceno.

—Déjale, no cena. Ella no lo había oído, hombre.

Y acarició á la criada con los ojos.

Nuevo silencio.

De Pas hubiera preferido una discusión inmediatamente. Todo, antes que los parches y el silencio. Estaba sintiendo náuseas y no se atrevía á pedir una taza de te. Se moría de sed, pero temía beber agua.

Doña Paula hablaba con Teresa más que de costumbre y con una amabilidad que usaba muy pocas veces.

La trataba como si hubiera que consolarla de alguna desgracia de que en parte tuviera la misma doña Paula la culpa. Esto al menos creyó notar el Magistral.

Faltaba algo que estaba en el aparador y el ama se levantaba y lo traía ella misma.

Pidió azúcar don Fermín para echarlo en el vaso de agua y su madre dijo:

—Está arriba la azucarera, en mi cuarto... Deja, iré yo por ella.

—Pero, madre...

—Déjame.

Teresina quedó á solas con su amo y mientras le servía agua dejando caer el chorro desde muy alto, suspiró discretamente.

De Pas la miró, un poco sorprendido. Estaba muy guapa; parecía una virgen de cera. Ella no levantó los

ojos. De todas maneras, le era antipática. Su madre la mimaba y á los criados no hay que darles alas.

Bajó doña Paula y cuando salió Teresina dijo, mientras miraba hacia la puerta:

—La pobre no sé cómo tiene cuerpo.

—¿Por qué?—preguntó don Fermín que acababa de oír el primer trueno.

Su madre, que estaba en pié junto á él, revolviendo el azúcar en el vaso, le miró desde arriba con gesto de indignación.

—¿Por qué? Ha ido esta tarde dos veces á Palacio, una vez á casa del Arcipreste, otra á casa de Carras-pique, otra á casa de Páez, otra á casa del Chato, dos á la catedral, dos á la Santa Obra, una vez á las Paulinas, otra... ¡qué sé yo! Está muerta la pobre.

—¿Y á qué ha ido?—contestó De Pas al segundo trueno.

Pausa solemne. Doña Paula volvió á sentarse y haciendo alarde de una paciencia, que ni la de un santo, dijo, con mucha calma, pesando las sílabas:

—Á buscarte, Fermo, á eso ha ido.

—Mal hecho, madre. Yo no soy un chiquillo para que se me busque de casa en casa. ¿Qué diría Carras-pique, qué diría Paez?... Todo eso es ridículo...

—Ella no tiene la culpa; hace lo que le mandan. Si está mal hecho, riñeme á mí.

—Un hijo no riñe á su madre.

—Pero la mata á disgustos; la compromete, compromete la casa... la fortuna, la honra... la posición... todo... por una... por una... ¿Dónde ha comido Vd.?

Era inútil mentir, además de ser vergonzoso. Su madre lo sabía todo de fijo. El Chato se lo habría contado, el Chato que le habría visto apearse de la carretela en El Espolón.

—He comido con los marqueses de Vegallana; eran los días de Paquito; se empeñaron... no hubo reme-

dio; y no mandé aviso... porque era ridículo, porque allí no tengo confianza para eso...

—¿Quién comió allí?

—Cincuenta, ¿qué sé yo?

—¡Basta, Fermo, basta de disimulos!—gritó con voz ronca la de los parches. Se levantó, cerró la puerta, y en pié y desde lejos prosiguió:

—Has ido allí á buscar á esa... señora... has comido á su lado... has paseado con ella en coche descubierto, te ha visto toda Vetusta, te has apeado en el Espolón: ya tenemos otra Brigadiera... Parece que necesitas el escándalo, quieres perderme.

—¡Madre! ¡madre!...

—¡Si no hay madre que valga! ¿te has acordado de tu madre en todo el día? ¿No la has dejado comer sola, ó mejor dicho, no comer? ¿te importó nada que tu madre se asustara, como era natural? ¿Y qué has hecho después hasta las diez de la noche?

—¡Madre, madre, por Dios! yo no soy un niño...

—No, no eres un niño; á ti no te duele que tu madre se consuma de impaciencia, se muera de incertidumbre... La madre es un mueble que sirve para cuidar de la hacienda, como un perro; tu madre te da su sangre, se arranca los ojos por ti, se condena por ti... pero tú no eres un niño, y das tu sangre, y los ojos, y la salvación... por una mujerota...

—¡Madre!

—¡Por una mala mujer!

—¡Señora!

—Cien veces, mil veces peor, que esas que le tiran de la levita á don Saturno, porque esas cobran, y dejan en paz al que las ha buscado; pero las señoras, chupan la vida, la honra... deshacen en un mes lo que yo hice en veinte años... ¡Fermo... eres un ingrato!... ¡eres un loco!

Se sentó fatigada y con el pañuelo que traía á

la cabeza improvisó una banda para las sienes.

—¡Va á estallarme la frente!

—¡Madre, por Dios! sositéguese Vd. Nunca la he visto así... ¿Pero qué pasa? ¿qué pasa?... Todo es calumnia.. y qué pronto... qué pronto... la han urdido! ¡Qué Brigadiera ni qué señoronas... si no hay nada de eso... si yo le juro que no es eso... si no hay nada!

—No tienes, corazón, Fermo, no tienes corazón.

—Señora, ve Vd. lo que no hay... yo le aseguro...

—¿Qué has hecho hasta las diez de la noche? Rondar la casa de esa gigantona... de fijo...

—¡Por Dios, señora! esto es indigno de Vd. Está Vd. insultando á una mujer honrada, inocente, virtuosa; no he hablado con ella tres veces... es una santa...

—Es una como las otras.

—¿Cómo que otras?

—Como las otras.

—¡Señora! ¡Si la oyeran á Vd.!

—¡Ta, ta, ta! Si me oyeran me callaría. Fermo... á buen entendedor... Mira, Fermo... tú no te acuerdas, pero yo sí... yo soy la madre que te parió ¿sabes? y te conozco... y conozco el mundo... y sé tenerlo todo á cuenta... todo... Pero de estas cosas no podemos hablar tú y yo... ni á solas... ya me entiendes... pero... bastante buena soy, bastante he callado, bastante he visto.

—No ha visto Vd. nada...

—Tienes razón... no he visto... pero he comprendido y ya ves... nunca te hablé de estas... porquerías, pero ahora parece que te complaces en que te vean... te tomas por el peor camino...

—Madre... Vd. lo ha dicho, es absurdo, es indecoroso que Vd. y yo hablemos, aunque sea en cifra, de ciertas cosas...

—Ya lo veo, Fermo, pero tú lo quieres. Lo de hoy ha sido un escándalo.

—Pero si yo le juro á Vd. que no hay nada; que esto no tiene nada que ver con todas esas otras calumnias de antaño...

—Peor; peor que peor... Y sobre todo, lo que yo temo es que el otro se entere, que Camoirán crea todo eso que ya dicen.

—¡Que ya dicen! ¡En dos días!

—Sí, en dos; en medio... en una hora... ¿No ves que te tienen gana? ¿que llueve sobre mojado?... ¿Hace dos días? Pues ellos dirán que hace dos meses, dos años, lo que quieran. ¿Empieza ahora? Pues dirán que ahora se ha descubierto. Conocen al Obispo, saben que sólo por ahí pueden atacarte... Que le digan á Camoirán que has robado el copón... no lo cree... pero eso sí; acuérdate de la Brigadiera!...

—¡Qué Brigadiera... madre... qué Brigadiera!... Es que no podemos hablar de estas cosas... pero... si yo le explicara á Vd...

—No necesito saber nada... todo lo comprendo... todo lo sé... á mi modo. Fermo, ¿te fué bien toda la vida dejándote guiar por tu madre, en estas cosas miserables de tejas abajo? ¿Te fué bien?

—Sí, madre mía, sí!

—¿Te saqué yo ó no de la pobreza?

—Sí, madre del alma!

—¿No nos dejó tu pobre padre muertos de hambre y con el agua al cuello, todo embargado, todo podrido?

—Sí, señora, sí... y eternamente yo...

—Déjate de eternidades... yo no quiero palabras, quiero que sigas creyéndome á mí; yo sé lo que hago. Tú predicas, tú alucinas al mundo con tus buenas palabras y buenas formas... yo sigo mi juego. Fermo, si siempre ha sido así, ¿por qué te me tuerces? ¿Por qué te me escapas?

—Si no hay tal, madre.

—Sí hay tal, Fermo. No eres un niño, dices... es verdad... pero peor si eres un tonto... Sí, un tonto con toda tu sabiduría. ¿Sabes tú pegar puñaladas por la espalda, en la honra? Pues mira al Arcediano, torcido y todo, las da como un maestro... ahí tienes un ignorante que sabe más que tú.

Doña Paula se había arrancado los parches, las trenzas espesas de su pelo blanco cayeron sobre los hombros y la espalda; los ojos apagados casi siempre, echaban fuego ahora, y aquella mujer cortada á hachazos parecía una estatua rústica de la Elocuencia prudente y cargada de experiencia.

La tempestad se había deshecho en lluvia de palabras y consejos. Ya no se reñía, se discutía con calor, pero sin ira. Los recuerdos evocados, sin intención patética, por doña Paula, habían enternecido á Fermo. Ya había allí un hijo y una madre, y no había miedo de que las palabras fuesen rayos.

Doña Paula no se enterneecía, tenía esa ventaja. Llamaba mojigangas á las caricias, y quería á su hijo mucho á su manera, desde lejos. Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, á costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigiliass, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sórdidos; por consiguiente no pedía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta. El mundo era de su hijo, porque él era el de más talento, el más elocuente, el más sagaz, el más sabio, el más hermoso; pero su hijo era de ella, debía cobrar los réditos de su capital, y si la fábrica se paraba ó se descomponía, podía reclamar daños y perjuicios, tenía derecho á exigir que Fermo continuase produciendo.

En Matalerejo, en su tierra, Paula Raíces vivió mu-

chos años al lado de las minas de carbón en que trabajaba su padre, un miserable labrador que ganaba la vida cultivando una mala tierra de maíz y patatas, y con la ayuda de un jornal. Aquellos hombres que salían de las cuevas negros, sudando carbón y con los ojos hinchados, adustos, blasfemos como demonios, manejaban más plata entre los dedos sucios que los campesinos que removían la tierra en la superficie de los campos y segaban y amontonaban la yerba de los prados frescos y floridos. El dinero estaba en las entrañas de la tierra; había que cavar hondo para sacar provecho. En Matalerejo, y en todo su valle, reina la codicia, y los niños rubios de tez amarillenta que pululan á orillas del río negro que serpea por las faldas de los altos montes de castaños y helechos, parecen hijos de sueños de avaricia. Paula era de niña rubia como una mazorca; tenía los ojos casi blancos de puro claros, y en el alma, desde que tuvo uso de razón, toda la codicia del pueblo junta. En las minas, y en las fábricas que las rodean, hay trabajo para los niños en cuanto pueden sostener en la cabeza un cesto con un poco de tierra. Los ochavos que ganan así los hijos de los pobres, son en Matalerejo la semilla de la avaricia arrojada en aquellos corazones tiernos; semilla de metal que se incrusta en las entrañas y jamás se arranca de allí. Paula veía en su casa la miseria todos los días; ó faltaba pan para cenar ó para comer; el padre gastaba en la taberna y en el juego lo que ganaba en la mina.

La niña fué aprendiendo lo que valía el dinero, por la gran pena con que los suyos lo lloraban ausente. Á los nueve años era Paula una espiga tostada por el sol, larga y seca: ya no se reía: pellizcaba á las amigas con mucha fuerza, trabajaba mucho y escondía cuartos en un agujero del corral. La codicia la hizo mujer antes de tiempo; tenía una seriedad prematura, un juicio firme y frío.

Hablaba poco y miraba mucho. Despreciaba la pobreza de su casa y vivía con la idea constante de volar... de volar sobre aquella miseria. Pero ¿cómo? Las alas tenían que ser de oro. ¿Dónde estaba el oro? Ella no podía bajar a la mina.



Su espíritu observador notó en la iglesia un filón menos oscuro y triste que el de las cuevas de allá abajo. «El cura no trabajaba y era más rico que su padre y los demás cavadores de las minas. Si ella fuera hombre no pararía hasta hacerse cura. Pero podía ser ama como la señora Rita.» Comenzó a frecuentar la iglesia; no perdió novena, ni rogativas, ni misiones, ni rosario y siempre salía la última del templo. Los vecinos de Matalerejo habían enterrado la antigua piedad entre el carbón; eran indiferentes y tenían fama de herejes en los pueblos comarcanos. Por esto pudo notar la se-

ñora Rita la piedad de Paula bien pronto. «La hija de Antón Raíces, le dijo al señor cura, tira para santa, no sale de la iglesia.» El cura habló á la chicuela, y aseguró á Rita que era una Teresa de Jesús en ciernes. En una enfermedad del ama, el párroco pidió á Raíces su hija para reemplazar á Rita en su servicio. Rita sanó pero Paula no salió de la Rectoral. Se acabó el ir y venir con el cesto de tierra. Se vistió de negro, y por amor de Dios se olvidó de sus padres. Á los dos años la señora Rita salía de la casa del cura enseñando los puños á Paula y llevándose en un cofre sus ahorros de veinte años. El cura murió de viejo y el nuevo párroco, de treinta años, admitió á la hija de Raíces como parte integrante de la casa Rectoral. Paula era entonces una joven alta, blanca, fresca, de carne dura y piel fina, pero mal hecha. Una noche, á las doce, á la luz de la luna salió de la Rectoral, que estaba en lo alto de una loma rodeada de castaños y acacias, cien pasos más abajo de la Iglesia. Llevaba en los brazos un pañuelo negro que envolvía ropa blanca. Detrás de ella salió una sombra, con gorro de dormir, y en mangas de camisa... Al ver que la seguían, Paula corrió por la callejuela que bajaba al valle. El del gorro la alcanzó, la cogió por la saya de estameña y la obligó á detenerse; hablaron; él abría los brazos, ponía las manos sobre el corazón, besaba dos dedos en cruz; ella decía no con la cabeza. Después de media hora de lucha, los dos volvieron á la Rectoral; entró él, ella detrás y cerró por dentro después de decir á un perro que ladraba:

—Chito, Nay, que es el amo!

Paula fué el tirano del cura desde aquella noche, sin mengua de su honor. Un momento de flaqueza en la soledad le costó al párroco, sin saciar el apetito, muchos años de esclavitud. Tenía fama de santo; era un joven que predicaba moralidad, castidad, sobre todo

á los curas de la comarca, y predicaba con el ejemplo. Y una noche, reparando al cenar que Paula era mal formada, angulosa, sintió una lascivia de salvaje, irresistible, ciega, excitada por aquellos ángulos de carne y hueso, por aquellas caderas desairadas, por aquellas piernas largas, fuertes, que debían de ser como las de un hombre. Á la primer insinuación amorosa, brusca, significada más por gestos que por palabras, el ama contestó con un gruñido, y fingiendo no comprender lo que le pedían; á la segunda intentona, que fué un atacar brutal, sin arte, de hombre casto que se vuelve loco de lujuria en un momento, Paula dió por respuesta un brinco, una patada; y sin decir palabra se fué á su cuarto, hizo un lío de ropa, símbolo de despedida, porque tenía allí muchos baúles cargados de trapos y otros artículos, y salió diciendo desde la escalera:

—¡ Señor cura! yo me voy á dormir á casa de mi padre.

La transacción le costó al clérigo humillarse hasta el polvo, una abdicación absoluta. Vivieron en paz en adelante, pero él vió siempre en ella á su señor de horca y cuchillo; tenía su honor en las manos; podía perderle. No le perdió. Pero una noche, cuando el cura cenaba, tarde, después de estudiar, Paula se acercó á él y le pidió que la oyese en confesión.

—Hija mía ¿á estas horas?

—Sí, señor, ahora me atrevo... y no respondo de volver á atreverme jamás.

Le confesó que estaba en cinta.

Francisco de Pas, un licenciado de artillería, que entraba mucho en casa del cura, de quien era algo pariente, la había requerido de amores y ella le había contestado á bofetadas—el cura se puso colorado; se acordó de la patada que había recibido él—pero el licenciado había sido terco, y había vuelto á requerebrar-

la, y á prometerla casarse en cuanto sacaran el estanco que le tenían prometido los del Gobierno; ella se había tranquilizado y desde entonces admitía al habla aquel buque sospechoso. Según costumbre de la tierra, iba el de artillería á hablar con Paula á media noche, no por la reja, que no las hay en Matalerejo, sino en el corredor de la panera, una casa de tablas sostenida por anchos pilares á dos ó tres varas del suelo. Allí dormía ella en el verano. Francisco faltó una noche á lo convenido, fué audaz, pasó del corredor al interior de la panera; luchó Paula, luchó hasta caer rendida—lo juraba ante un Cristo,—rendida por la fuerza del artillero. Desde aquella noche le tomó ojerriza, pero quería casarse con él. De aquella traición acaso nació Fermín á los dos meses de haber unido el buen párroco á Paula y Francisco con lazo inquebrantable. Todos los vecinos dijeron que Fermín era hijo del cura, quien dotó al ama con buenas peluconas. Francisco de Pas no era interesado; siempre había tenido intención de casarse con Paula, pero los vecinos le habían llenado el alma de sospechas y espinas, y él, creyendo que podía el cura estar riéndose de un licenciado, hizo lo que hizo. Pero aquella noche que fué como la de una batalla á oscuras, terrible, le convenció de la inocencia del párroco y de la virtud de Paula. Aquello no se fingía; mucho sabía el artillero de las trampas del mundo, de las doncellas falsas, pero él se fué á su casa al alba persuadido de que había vencido, bien ó mal, una honra verdadera. Y volvió á su proyecto de casarse con el ama del cura. Así se lo juró á ella, de rodillas, como él había visto á los galanes en los teatros, allá por el mundo adelante. «—Yo te pediré á tus padres y al cura mañana mismo.—No, dijo ella, ahora no.» Y siguieron viéndose. Cuando Paula estuvo segura de que había fruto de aquella traición, ó de las concesiones subsiguientes, dijo á su novio: «Ahora

se lo digo al amo y tú, cuando él te llame, te niegas á casarte, dices que dicen que no eres tú solo... que en fin...—Sí, sí, ya entiendo.—¡ Lo que sospechabas, animal!—Sí, ya sé.—Pues eso.—¿ Y después ?—Después deja que el cura te ofrezca... y no digas que bueno á la primer promesa; deja que suba el precio... ni á la segunda. A la tercera date por vencido...



Y así fué. Paula arrancó de una vez al pobre párroco de Matalerejo, el más casto del Arciprestazgo, el resto del precio que ella había puesto al silencio. ¡ Con qué fervor predicaba el buen hombre después la castidad firme! «Un momento de debilidad te pierde, pecador; basta un momento! Un deseo, un deseo que no sacias siquiera, te cuesta la salvación» (y todos tus ahorros, y la paz del hogar, y la tranquilidad de toda la vida, añadía para sus adentros).

Paula compró grandes partidas de vino y lo vendía al pormayor á los taberneros de Matalerejo; empezó

bien el comercio gracias á su inteligencia, á su actividad. Ella trabajaba por los dos. Francisco era muy *fantástico*, según su mujer. Le gustaba contar sus hazañas, y hasta sus aventuras, esto en secreto, después de colocar unos cuantos pellejos de Toro, al beber en compañía del parroquiano. Era rumboso y en el calor de la amistad improvisada en la taberna abría créditos exorbitantes á los taberneros, sus consumidores. Esto originó reyertas trágicas; hubo sillas por el aire, cuchillos que acababan por clavarse en una mesa de pino, amenazas sordas y reconciliaciones expresivas, por parte del artillero; secas, frías, nada sinceras por parte de su mujer. La manía de dar al fiado llegó á ser un vicio, una pasión del manirroto licenciado. Le gustaba darse tono de rico y despreciaba el dinero con gran prosopopeya. «¡Los países que él había visto! ¡las mujeres que él había seducido, allá muy lejos!» Sus amigos los taberneros que no habían visto más río que el de su patria, le engañaban al segundo vaso. Mientras él se perdía en sus recuerdos y en sus sueños pretéritos, que daba por realizados, sus compadres interrumpiéndole, entre alabanzas y admiraciones le sacaban pellejos y más pellejos de vino pagaderos... «De eso no había que hablar.» «El hombre es honrado» decía el Artillero y añadía: «Si yo tengo un duro, pongo por ejemplo, y un amigo, por una comparación, necesita ese duro... y quien dice un duro dice veinte arrobas de vino, pongo por caso...» Pocos años necesitó, á pesar de la prosperidad con que el comercio había empezado, para tocar en la bancarrota. Se atrevió un parroquiano á no pagar y tras él fueron otros y al fin no le pagaba casi nadie. Paula, que había dominado á dos curas, y estaba dispuesta á dominar el mundo, no podía con su marido. «Lo que tú quieras, tienes razón, decía él,» y á la media hora volvía á las andadas. Si ella se irritaba, se le acababa á él

lo que llamaba la paciencia, y una vez en el terreno de la fuerza el artillero vencía siempre; fuerte era como un roble Paula, pero Francisco había sido el más arrogante mozo de nuestro ejército, y tenía músculos de oso. Había nacido en lo más alto de la montaña y hasta los veinte años había servido en los Puertos, cuidando ganado. Cuando la pobreza llamó á las puertas, y Paula se decidió á dejar su comercio, De Pas decretó dedicar los pocos cuartos que sacaron libres á la industria ganadera. Tomó vacas en parcería y se fué con su mujer y su hijo á su pueblo, á vivir del pastoreo, en los más empinados vericuetos. Allí pasó la niñez y llegó á la adolescencia Fermín, á quien su madre había deseado hacer clérigo.—«Pastor y vaquero ha de ser, como su abuelo y como su padre,» gritaba el licenciado cada vez que la madre hablaba de mandar al niño á aprender latín con el cura de Matalerejo. El comercio de ganado no fué mejor que el de vino. Á Francisco se le ocurrió que él había sido siempre un gran tirador; se consagró á la caza y perseguía corzas, jabalíes, y hasta con el oso, las pocas veces que se le presentaba, se atrevía. Una tarde de invierno vió Paula llegar á la aldea cuatro hombres que conducían á hombros el cuerpo destrozado de su marido en unas angarillas improvisadas con ramas de roble. Había caído de lo alto de una peña abrazado á la osa mal herida que perseguían los vaqueros hacía una semana. Murió con gloria el artillero, pero su viuda se encontró abrumada de trampas, de deudas y para sarcasmo de la suerte, dueña de créditos sin fin que no se cobrarían jamás. Volvió á Matalerejo, después de perder por embargo cuanto tenía. Llevaba aquellos papeles inútiles y el hijo que había de ser clérigo. Era Fermín ya un mozalbete como un castillo; sus 15 años parecían veinte; pero Paula hacía de él cuanto quería, le manejaba mejor que á su padre. Le hizo estudiar latín

con el cura, el mismo que había dado la dote perdida por el difunto. Había que adelantar tiempo y Fermín lo adelantó; estudiaba por cuatro y trabajaba en los quehaceres domésticos de la Rectoral; cuidaba la



huerta además y así ganaba comida y enseñanza. Iba á dormir á la cabaña de su madre, que á la boca de una mina había levantado cuatro tablas, para instalar una taberna. Los gastos del nuevo comercio, que no subieron á mucho, corrieron aún por cuenta del párroco, quien hizo el desinteresado más por caridad que por miedo. Ya no temía lo que pudiera decir Paula, ni ella creía tampoco en la fuerza del arma con que en un tiempo había amenazado terrible, cruel y fría.

La taberna prosperaba. Los mineros la encontraban al salir á la claridad y allí, sin dar otro paso, apagaban la sed y el hambre, y la pasión del juego que dominaba á casi todos. Detrás de unas tablas, que dejaban pasar las blasfemias y el ruido del dinero, estudiaba en las noches de invierno interminables el *hijo del cura*, como le llamaban cínicamente los obreros, delante de

su madre, no en presencia de Fermín, que había probado á muchos que el estudio no le había debilitado los brazos. El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta darle náuseas y se arrojaba con fervor en la sincera piedad, y



devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podría arrancar de la esclavitud á que se vería condenado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus esfuerzos á otra vida mejor, una digna del vuelo de su ambición y de los instintos que despertaban en su espíritu. Paula padeció mucho en esta época; la ganancia era segura y muy superior á lo que pudieran pensar los que no la veían á ella explotar los brutales apetitos, ciegos y nada escogidos de aquella turba de las minas; pero su oficio tenía los peligros del domador de fieras; todos los días, todas las noches había en la taberna pendencias, bri-

llaban las navajas, volaban por el aire los bancos. La energía de Paula se ejercitaba en calmar aquel oleaje de pasiones brutales, y con más ahinco en obligar al que rompía algo á pagarlo y á buen precio. También ponía en la cuenta, á su modo, el perjuicio del escándalo. Á veces quería Fermín ayudarla, intervenir con sus puños en las escenas trágicas de la taberna, pero su madre se lo prohibía:

—Tú á estudiar, tú vas á ser cura y no debes ver sangre. Si te ven entre estos ladrones, creerán que eres uno de ellos.

Fermín, por respeto y por asco obedecía, y cuando el estrépito era horrrisono, tapaba los oídos y procuraba enfrascarse en el trabajo hasta olvidar lo que pasaba detrás de aquellas tablas, en la taberna. Algo más que las reyertas entre los parroquianos ocultaba Paula á su hijo. Aunque ya no era joven, su cuerpo fuerte, su piel tersa y blanca, sus brazos fornidos, sus caderas exuberantes excitaban la lujuria de aquellos miserables que vivían en tinieblas. «*La Muerta* es buen bocado, se decía en las minas.» La llamaban la Muerta por su blancura pálida; y creyendo fácil aquella conquista, muchos borrachos se arrojaban sobre ella como sobre una presa; pero Paula los recibía á puñadas, á patadas, á palos; más de un vaso rompió en la cabeza de una fiera de las cuevas y tuvo el valor de cobrarse. Estos ataques de la lujuria animal solían ser á las altas horas de la noche, cuando el enamorado salvaje se eternizaba sobre su banco, para esperar la soledad. Fermín estudiaba ó dormía. Paula cerraba la puerta de la calle, porque la autoridad le obligaba á ello. No despedía al borracho, aunque conocía su propósito, porque mientras estaba allí hacía consumo, suprema aspiración de Paula. Y entonces empezaba la lucha. Ella se defendía en silencio. Aunque él gritase, Fermín no acudía; pensaba que era una riña entre mineros.

Además, le temían unos por fuerte, otros por hijo, y procuraban vencer sin que él se enterase. Pero nunca vencían. Á lo sumo un abrazo furtivo, un beso como un rasguño. Nada. Paula despreciaba aquella baba. Más asco le daba barrer las inmundicias que dejaban allí aquellos osos de la cueva.

Todo por su hijo; por ganar para pagarle la carrera; lo quería teólogo, nada de misa y olla. Allí estaba ella para barrer hacia la calle aquel lodo que entraba todos los días por la puerta de la taberna; á ella la manchaba, pero á él no; él allá dentro con Dios y los santos, bebiendo en los libros la ciencia que le había de hacer señor; y su madre allí fuera, manejando inmundicia entre la que iba recogiendo ochavo á ochavo el porvenir de su hijo; el de ella, también, pues estaba segura de que llegaría á ser una señora. Allá en la Montaña, en cuanto Fermín había aprendido á leer y escribir, le había obligado á enseñarle á ella su ciencia. Leía y escribía. En la taberna, entre tantas blasfemias, entre los aullidos de borrachos y jugadores, ella devoraba libros, que pedía al cura.

Más de una vez la guardia civil tuvo que visitarla y cada poco tiempo iba á la cabeza del partido á declarar en causa por lesiones ó hurto.

El cura, Fermín, y hasta los guardias, que estimaban su honradez, la habían aconsejado en muchas ocasiones que dejase aquel tráfico repugnante; ¿no la aburría pasar la vida entre borrachos y jugadores que se convertían tan á menudo en asesinos?

«¡No, no, y no!» Que la dejaran á ella. Estaba haciendo bolsón, sin que nadie lo sospechase... En cualquier otra industria que emprendiese, con sus pocos recursos, no podría ganar la décima parte de lo que iba ganando allí. Los mineros salían de la oscuridad con el bolsillo repleto, la sed y el hambre excitadas; pagaban bien, derrochaban y comían y bebían veneno

barato en calidad de vino y manjares buenos y caros. En la taberna de Paula todo era falsificado; ella compraba lo peor de lo peor y los borrachos lo comían y bebían sin saber lo que tragaban, y los jugadores sin mirarlo siquiera, fija el alma en los naipes.

El consumo era mucho, la ganancia en cada artículo considerable. Por eso no había prendido ya fuego á la taberna con todos *los ladrones* dentro.

No dejó el tráfico hasta que los estudios y la edad de Fermín lo exigieron. Hubo que dejar el país y por recomendaciones del párroco de Matalerejo, Paula fué á servir de ama de llaves al cura de La Virgen del Camino, á una legua de León, en un páramo. Fermín, también por influencia de Matalerejo (el cura), y del párroco de la Virgen del Camino, entró en San Marcos de León en el colegio de los Jesuitas, que pocos años antes se habían instalado en las orillas del Bernesga. El muchacho resistió todas las pruebas á que los PP. le sometieron; demostró bien pronto gran talento, sagacidad, vocación y el P. Rector llegó á decir que aquel chico había nacido jesuita. Paula callaba, pero estaba resuelta á sacar de allí á su hijo en tiempo oportuno, cuando ella pudiera asegurarle un porvenir fuera de aquella santa casa. No le quería jesuita. Le quería canónigo, obispo, quién sabe cuántas cosas más. Él hablaba de misiones en el Oriente, de tribus, de los mártires del Japón, de imitar su ejemplo; leía á su madre, con los ojos brillantes de entusiasmo, los periódicos que hablaban de los peligros del P. Sevillano, de la Compañía, allá en tierra de salvajes. Paula sonreía y callaba. ¡Bueno estaría que después de tantos sacrificios el hijo se le convirtiera en mártir! Nada, nada de locuras; ni siquiera la locura de la cruz. En el Santuario de la Virgen del Camino se maneja mucha plata el día que se abre el tesoro de la Virgen, en presencia de la Autoridad civil; pero el cura es pobre.

Paula veía pasar por sus manos los duros y las pesetas, pero aquello era como agua del mar para el sediento; no sacaba nada en limpio de revolver trigo y plata de la Milagrosa Imagen. Su fama de perfecta ama de cura corrió por toda la provincia; el párroco de la Virgen tenía la imprudencia de alabar su talento culinario, su despacho, su integridad, su pulcritud, su piedad y demás cualidades delante de otros clérigos, á la mesa, después de comer bien y beber mejor. Cundió la fama de Paula, y un canónigo de Astorga se la arrebató al cura de la Virgen. Fué una traición y Paula una ingrata. Sin embargo, el canónigo era un santo, la traición no había sido suya. Don Fortunato Camoirán no era capaz de traiciones. Le propusieron un ama de llaves y la aceptó, sin sospechar que á los pocos meses sería él su esclavo.

Nada convenía á Paula como un amo santo. Al año de servir al canónigo Camoirán se vanagloriaba de haberle salvado varias veces de la bancarrota: sin ella hubiera tirado la casa por la ventana: todo hubiera sido de los pobres y de los tunantes y holgazanes que le saqueaban con la ganzúa de la caridad. Paula puso en orden todo aquello. Camoirán se lo agradeció y siguió dando limosna á hurtadillas, pero poca; lo que podía sisar al ama. Era el canónigo incapaz de gobernarse en las necesidades premiosas de la vida, no entendía palabra de los intereses del mundo, y al poco tiempo llegó á comprender que Paula era sus ojos, sus manos, sus oídos, hasta su sentido común. Sin Paula acaso, acaso le hubieran llevado á un hospital por loco y pobre.

Aquel imperio fué el más tiránico que ejerció en su vida el ama de llaves. Lo aprovechó para la carrera de Fermín: el canónigo comprendió que debía mirar al estudiante como á cosa suya; si Paula le consagraba la vida á él, él debía consagrar sus cuidados y su dinero

y su influencia al hijo de Paula. Además, el mozo le enamoraba también; era tan discreto, tan sagaz como su madre y más amable, más suave en el trato. Pero había que sacarle de San Marcos; lo aseguraba Paula, el mozo lo deseaba, y sobre todo la salud quebrantada del aprendiz de jesuita lo exigía. Se le sacó y entró en el Seminario, á terminar la teología. Fué presbítero, y obtuvo un econmato de los buenos, y fué llamado á predicar en San Isidro de León, y en Astorga, y en Villafranca y donde quiera que el canónigo Camoirán, famoso ya por su piedad, tenía influencia. Cuando á Fortunato le ofrecieron el obispado de Vetusta, él vaciló, mejor dicho, se propuso pedir de rodillas que le dejaran en paz: pero Paula le amenazó con abandonarle. «Eso era absurdo!» Solo ya no podría vivir. «No por Vd., señor, por el chico es necesario aceptar.»— «Acaso tenía razón.» Camoirán aceptó por el chico... y fueron todos á Vetusta. Pero allí se le buscó al Obispo una ama de llaves y Paula siguió ejerciendo desde su casa sus funciones de suprema inspección. Fermín fué medrando, medrando; el muchacho valía, pero más valía su madre. Ella le había hecho hombre, es decir, cura; ella le había hecho niño mimado de un obispo, ella le había empujado para llegar á donde había subido, y ella ganaba lo que ganaba, podía lo que podía... ¡y él era un ingrato!

Á esta conclusión llegaba el Magistral aquella noche, en que, después de larga conversación con su madre, se encerró en su despacho á repasar en la memoria todo lo que él sabía de los sacrificios que aquella mujer fuerte había emprendido y realizado por él, porque él subiera, porque dominase y ganara riquezas y honores.

«— Sí, era un ingrato! un ingrato!» y el amor filial le arrancaba dos lágrimas de fuego que enjugaba, sorprendido de sentir humedad en aquellas fuentes secas por tantos años.

«Cómo lloraba él? Cosa más rara! Sería el alcohol la causa de aquel llanto? Acaso. ¿Sería... lo que había sucedido aquel día? Tal vez todo mezclado. Oh, pero también, también el amor que él tenía á su madre era cosa tierna, grande, digna, que le elevaba á sus propios ojos.»

Abrió el balcón del despacho de par en par. Ya había salido la luna, que parecía ir rodando sobre el tejado de enfrente. La calle estaba desierta, la noche fresca; se respiraba bien; los rayos pálidos de la luna y los soplos suaves del aire le parecieron caricias. «¡Qué cosas tan nuevas, ó mejor tan antiguas, tan antiguas y tan olvidadas estaba sintiendo! Oh, para él no era nuevo, no, sentir oprimido el pecho al mirar la luna, al escuchar los silencios de la noche; así había él empezado á ponerse enfermucha, allá en los Jesuitas: pero entonces sus anhelos eran vagos, y ahora no; ahora anhelaba... tampoco se atrevía á pedir claridad y precisión á sus deseos.. Pero ya no eran tristezas místicas, ansiedades de filósofo atado á un teólogo lo que le angustiaba y producía aquel dulce dolor que parecía una perezosa dilatación de las fibras más hondas...» La sonrisa de la Regenta se le presentó unida á la boca, á las mejillas, á los ojos que la dieran vida... y recordó una á una todas las veces que le había sonreído. En los libros aquello se llamaba estar enamorado platónicamente; pero él no creía en palabras. No; estaba seguro que aquello no era amor. El mundo entero, y su madre con todo el mundo, pensaban groseramente al calificar de pecaminosa aquella amistad inocente. ¡Si sabía él lo que era bueno y lo que era malo! Su madre le quería mucho, á ella se lo debía todo, ya se sabe, pero... no sabía ella sentir con suavidad, no entendía de afectos finos, sublimes... había que perdonarla. Sí, pero él necesitaba amor más blando que el de doña Paula... más íntimo, de más

fácil comunión por razón de la edad, de la educación, de los gustos... Él, aunque viviera con su madre querida, no tenía hogar, hogar suyo, y eso debía ser la dicha suprema de las almas serias, de las almas que pretendían merecer el nombre de grandes. Le faltaba compañía en el mundo; era indudable.»

De una casa de la misma calle, por un balcón abierto, salían las notas dulces, lánguidas, perezosas de un violín que tocaban manos expertas. Se trataba de motivos del tercer acto del *Fausto*. El Magistral no conocía la música, no podía asociarla á las escenas á que correspondía, pero comprendía que se hablaba de amor. El oír con deleite, como oía, aquella música insinuante, ya era molicie, ya era placer sensual, peligroso; pero... ¡decía tan bien aquel violín las cosas raras que estaba sintiendo él!

De repente se acordó de sus treinta y cinco años, de la vida estéril que había tenido, fecunda sólo en sobresaltos y remordimientos, cada vez menos punzantes, pero más soporíferos para el espíritu. Se tuvo una lástima tiernísima; y mientras el violín gemía diciendo á su modo:

Al palido chiaror
che vien degli astri d' or
dami ancor contemplar il tuo viso...

el Magistral lloraba para dentro, mirando á la luna á través de unas telarañas de hilos de lágrimas que le inundaban los ojos... Mirábala ni más ni menos como decía Trifón Cármenes en *El Lábaro* que la contemplaba él, todos los jueves y domingos, los días de folletín literario.

«¡Medrados estamos!» pensó don Fermín al dar en idea tan extravagante. Y entonces volvió á ocurrírsele que en aquel sentimentalismo de última hora debía

de tener gran parte la copa de cognac, ó lo que fuese.

Abajo era día de cuentas. Muy á menudo se las tomaba doña Paula al buen Froilán Zapico, el propietario de *La Cruz Roja* ante el público y el derecho mercantil. Froilán era un esclavo blanco de doña Paula, á ella se lo debía todo, hasta el no haber ido á presidio; le tenía agarrado, como ella decía, por todas partes y por eso le dejaba figurar como dueño del comercio, sin miedo de una traición. Le llamaba de tú y muchas veces animal y pillastre. Él sonreía, fumaba su pipa, siempre pegada á la boca, y decía con una calma de filósofo cínico: «Cosas del ama.» Vestía de levita, y hasta usaba guantes negros en las procesiones. Tenía que parecer un señor para dar aire de verosimilitud á su propiedad de *La Cruz Roja*, el comercio más próspero de Vetusta, el único en su género, desde que el mísero don Santos Barinaga se había ido arruinando.

Doña Paula había casado á Froilán con una criada de las que ella tomaba en la aldea, una de las que habían precedido á Teresa en sus funciones de doncella cerca del señorito. Había dormido como Teresa ahora, á cuatro pasos del Magistral.

Este matrimonio era una recompensa para Juana, la mujer de Froilán. Zapico oyó la proposición de su ama con aire socarrón. Creía comprender. Pero él era muy filósofo: no se paraba en ciertos requisitos que otros miran mucho. El ama, al proponerle el matrimonio, había pensado: «Esto es algo fuerte; pero ¡ay de él si se subleva!» Froilán no se sublevó. Juana era muy buena moza, y sabía cuidar á un hombre. Se casó Zapico, y al día siguiente de la boda, doña Paula, que le miraba de soslayo, con un gesto de desconfianza, tal vez algo arrepentida «de haber estirado mucho la cuerda» observó que el novio estaba muy contento,

muy amable con ella, y hecho un almíbar con su mujer.

«Gordas las tragas, Froilán, eres un valiente,» pensaba ella admirándole y despreciándole al mismo tiempo.

Y él parecía con más socarronería que nunca.

«Buen chasco se había llevado la señora; si ella supiera...» pensaba él fumando su pipa. Pero es claro que jamás dijo a doña Paula el secreto de aquella noche en que hubo sorpresas muy diferentes de las que suponía la señora.

Era el único secreto que había entre ama y esclavo; la única mala pasada que ella le había querido jugar... Y como tampoco había tenido mal resultado, si no muy beneficioso para Zapico, éste seguía estimando a doña Paula. Ella, al verle tan contento, nada resentido, rabiaba por atreverse a preguntar; y él, muy satisfecho con el engaño del ama que había sido en su provecho, rabiaba por decir algo; pero los dos callaban. No había más que ciertas miradas mutuas que ambos sorprendían a veces. Se encontraban a menudo cavando cada cual con los ojos en el rostro del otro para encontrar el secreto... Pero nada de palabras. Doña Paula encogía los hombros y Froilán reía pasando la mano por las barbas de puerco-espín que tenía debajo del mentón afeitado.

Allí lo serio era el dinero. Las cuentas siempre ajustadas, limpias. Froilán era fiel por conveniencia y por miedo. En aquella casa el recuento de la moneda era un culto. Desde niño se había acostumbrado don Fermín a la seriedad religiosa con que se trataban los asuntos de dinero, y al respeto supersticioso con que se manejaba el oro y la plata. Allá abajo, en la trastienda de la Cruz Roja, a la que no se pasaba, desde la casa del Magistral por sótanos, como suponía la maledicencia, sino por ancha puerta abierta en el medianil,

en el piso terreno, doña Paula, subida á una plataforma, antes un pupitre verde, repasaba los libros del comercio y en serones de esparto y bolsas grasientas contaba y recontaba el oro, la plata y el cobre ó el bronce que Froilán iba entregándole, en pié, en una grada de la plataforma, más baja que la mesa en que el ama repasaba los libros. Parecía ella una sacerdotisa y él un acólito de aquel culto platónico. El mismo don Fermín, las veces que presenciaba aquellas ceremonias, sentía un vago respeto supersticioso, sobre todo si contemplaba el rostro de su madre, más pálido entonces, algo parecido á una estatua de marfil, la de una Minerva amarilla, la Palas Atenea de la Crusología.

Aquella noche el Magistral no quiso complacer á su madre bajando á la trastienda, le daba asco; imaginaba que abajo había un gran foco de podredumbre, aguas sucias estancadas. Oía vagos rumores lejanos del chocar de los cuartos viejos, de la plata y del oro, de cristalino timbre. Aquellos ruidos apagados por la distancia subían por el hueco de la escalera, en el silencio profundo de toda la casa. El violín volvió á rasgar el silencio de fuera con notas temblorosas, que parecían titilar como las estrellas. Ya no se trataba de las ansias amorosas de Fausto en la mirada casta y pura de Margarita; ahora el instrumentista arrastraba perezosamente por las cuerdas del violín los quejidos de la Traviata momentos antes de morir.

El Magistral vió aparecer por una esquina de la calle un bulto que se acercaba con paso vacilante, y que caminaba ya por la acera, ya por el arroyo. Era don Santos Barinaga, que volvía á su casa,—tres puertas más arriba de la del Magistral, en la acera de enfrente.—De Pas no le conoció hasta que le vió debajo de su balcón. Pero antes, al pasar junto á la casa donde sonaba el violín, Barinaga, que venía hablando solo,

se detuvo y calló. Se quitó el sombrero, que era verde, de figura de cono truncado, y alzando la cabeza escuchó con aire de inteligente. De vez en cuando hacía signos de aprobación... «Conocía aquello; era la *Traviata* ó el *Miserere del Trovador*, pero en fin cosa buena.»

«Perfecta...mente,» dijo en voz alta; que sea muy enhorabuena, Agustinito... eso... eso... el cultivo de las artes... nada de comercio... en esta tierra de ladrones. ¿Eh?...

«Es el hijo del cerero,» añadió mirando á un lado, hacia el suelo, como contándose á otro que estuviese junto á él y más bajo. El violín calló y don Santos dió media vuelta, como buscando las notas que se habían extinguido. Entonces vió frente por frente, iluminado por un farol, un rótulo de letras doradas que decía: «La Cruz Roja.»

Barinaga se cubrió, dió una palmada en la copa del sombrero verde y extendiendo un brazo, mientras se tambaleaba en mitad del arroyo, gritó:—¡Ladrones! —Sí señor, dijo en voz más baja, no retiro una sola palabra... ladrones; Vd. y su madre, señor Provisor... ladrones!

Barinaga hablaba con el letrero de la tienda, pero el Magistral sintió brasas en las mejillas, y antes que pudiera notar su presencia el vecino, se retiró del balcón y sin el menor ruido, poco á poco, entornó las vidrieras hasta no dejar más que un intersticio por donde ver y oír sin ser visto. Para mayor seguridad bajó la luz del quinqué y lo metió en la alcoba. Volvió



al balcón, á espiar las palabras y los movimientos de aquel borracho, á quien despreciaba todo el año y que aquella noche, sin que él supiera por qué, le asustaba y le irritaba. Otras veces, á la misma hora, le había sentido en la calle murmurar imprecaciones, mientras él velaba trabajando; pero nunca había querido levantarse para oír las necesidades de aquel perdido. Bien sabía que les atribuía á él y á su madre la ruina del comercio de quincalla de que vivía; pero ¿quién hacía caso de un miserable, víctima del aguardiente?

Barinaga seguía diciendo:

—Sí, señor Provisor, es Vd. un ladrón, y un simoníaco, como le llama á Vd. el señor Foja,... que es un liberal... eso es, un liberal probado...

Y como «La Cruz Roja» no respondía, don Santos dirigiéndose á su propia sombra que se le iba subiendo á las barbas, según se acercaba á la puerta cerrada del comercio, tomándola por el mismísimo señor De Pas, le dijo:

—¡Señor oscurantista! ¡apaga luces!... Vd. ha arruinado á mi familia... Vd. me ha hecho á mí hereje... masón, si señor, ahora soy masón... por vengarme... por... ¡abajo la clerigalla!

Esto lo dijo bastante alto para que lo oyese el sereno que daba vuelta á la esquina. El borracho sintió en los ojos la claridad viva y desvergonzada de un ángulo de luz que brotaba de la linterna de Pepe, su buen amigo.

El sereno, aquel Pepe, conoció á don Santos y se acercó sin acelerar el paso.

—Buenas noches, amigo; tú eres un hombre honrado... y te aprecio... pero este carcunda, este come-*ostras*, este *rapa-velas*, este maldito tirano de la Iglesia, este Provisor... es un ladrón, y lo sostengo... Toma un pitillo.

Tomó el pitillo Pepe, escondió la linterna, arrimó á la pared el chuzo y dijo con voz grave:

—Don Santos, ya es hora de acostarse; ¿quiere que abra la puerta?

—¿Qué puerta?

—La de su casa...

—Yo no tengo ya casa... yo soy un pordiosero... ¿no lo ves? ¿no ves qué pantalones, qué levita?... Y mi hija... es una mala pécora... también me la han robado los curas, pero no ha sido éste... Éste me ha robado la parroquia... me ha arruinado... y don Custodio me roba el amor de mi hija... Yo no tengo familia... yo no tengo hogar... ni tengo puchero á la lumbre... ¡Y dicen que bebo!... ¿qué he de hacer, Pepe?... Si no fuera por ti... por ti y por el aguardiente... ¿qué sería de este anciano?...

—Vamos, don Santos, vamos á casa...

—Te digo que no tengo casa... déjame... hoy tengo que hacer aquí... Vete, vete tú... Es un secreto... ellos creen... que no se sabe... pero yo lo sé... yo les espío... yo les oigo... Vete... no me preguntes... vete...

—Pero no hay que alborotar, don Santos; porque ya se han quejado de Vd. los vecinos... y yo... qué quiere Vd...

—Sí, tú... es claro, como soy un pobre... Vete, déjame con esta ralea de bandidos,... ó te rompo el chuzo en la cabeza.

El sereno cantó la hora y siguió adelante.

Don Santos le convidaba á veces á *echar* una copa... ¿qué había de hacer? Además, no solía alborotar demasiado.

Quedó solo Barinaga en la calle, y el Magistral arribaba, detrás de las vidrieras entreabiertas, sin perder de vista al que ya llamaba para sus adentros su víctima...

Don Santos volvió á su monólogo, interrumpido por entorpecimientos del estómago y por las dificultades de la lengua.

—¡Miserables!—decía con voz patética, de bajo pro-

fundo—¡ miserables!... ¡ Ministro de Dios!... ¡ ministro de un cuerno!... El ministro soy yo, yo, Santos Barinaga, honrado comerciante... que no hago la forzosa á nadie... que no robo el pan á nadie... que no obligo á los curas de toda la diócesis... eso, eso, á comprar en mi tienda cálices, patenas, vinajeras, casullas, lámparas (iba contando por los dedos, que encontraba con dificultad) y demás, con otros artículos... como aras; sí señor ¡que nos oigan los sordos, señor Magistral! Vd. ha hecho renovar las aras de todas las iglesias del obispado... y yo que lo supe... adquiriré una gran partida de ellas... porque creí que era Vd.... una persona decente... un cristiano... ¡ Buen cristiano te dé Dios! Jesús... que era un gran liberal, como el señor Foja... eso es... un republicano... no vendía aras... y arrojaba á los mercaderes del templo... Total, que estoy empeñado, embargado, desbalijado... y Vd. ha vendido cientos de aras al precio que ha querido... ¡se sabe todo, todo, señor apagaluces... don Simón el Mago... Torquemada... Calomarde! ¿ Ven ustedes este santurrón? pues hasta vende hostias... y cera... ha arruinado también al cerero... Y papel pintado... Él mismo ha hecho empapelar el Santuario de Palomares... que lo diga la sociedad de Mareantes de aquel puerto... si es un ladrón... si lo tengo dicho... un ladrón, un Felipe segundo... Óigalo Vd. ¡ so pilló! yo no tengo esta noche que cenar... no habrá lumbre en mi cocina... pediré una taza de té... y mi hija me dará un rosario... ¡ Sois unos miserables!... (Pausa) ¡ Vaya un siglo de las luces! (señalando al farol) me río yo... de las luces... ¿ para qué quiero yo faroles si no cuelgan de ellos á los ladrones... ¡ Rayos y truenos! ¿ y esa revolución?... ¡ el petróleo!... ¡ venga petróleo!...

Calló un momento el borracho, y á tropezones llegó á la puerta de la Cruz Roja. Aplicó el oído al agujero de una cerradura, y después de escuchar con aten-

ción, rió con lo que llaman en las comedias risa sardónica:

—Ja, ja, ja!—venía á decir, con la garganta y las narices... —Ya están dándole vueltas!... Allá dentro bien os oigo, miserables, no os ocultéis... bien os oigo repartiros mi dinero, ladrones; ese oro es mío; esa plata es del cerero... ¡Venga mi dinero, señora doña Paula... venga mi dinero, caballero De Pas, ó somos caballeros ó no... mi dinero es mío! Digo, me parece? Pues venga!...

Volvió á callar y á aplicar el oído á la cerradura.

El Magistral abrió el balcón sin ruido y se inclinó sobre la barandilla para ver á don Santos.

—¿Oirá algo? Parece imposible...

Y volviendo la cabeza hacia el interior oscuro y silencioso de la casa escuchó también con atención profunda... Sí, él oía algo... era el choque de las monedas, pero el ruido era confuso, podía conocerse sabiendo antes que estaban contando dinero... pero desde la calle no debía de oírse nada... era imposible... Mas la idea de que la alucinación del borracho coincidiese con la realidad le disgustaba más todavía, le asustaba, con un miedo supersticioso...

—Esos miserables tienen ahí toda la moneda de la diócesis!... Y todo eso es mío y del cerero... ¡Ladrones!... Caballero Magistral, entendámonos; Vd. predica una religión de paz... pues bien, ese dinero es mío...

Se irguió don Santos; volvió á descargar una palmada sobre el sombrero verde, y extendiendo una mano y dando un paso atrás, exclamó:

—Nada de violencias... ¡Ábrase á la justicia! En nombre de la ley, abajo esa puerta!

—Señor don Santos, á la cama!—dijo el sereno, ya de vuelta.—No puedo conséntir que Vd. siga escandalizando...

—Abra Vd. esa puerta, derribela Vd., señor Pepe. Usted representa la ley... pues bien... ahí están contando mi dinero.

—Ea, ea, don Santos, basta de desatinos.

Y le cogió por un brazo, para llevárselo por fuerza.

—Porque soy pobre... ¡ingrato!—dijo Barinaga cayendo en profundo desaliento.

Se dejó arrastrar.

El Magistral, desde su balcón, escondido en la oscuridad, los siguió con la mirada, sin alentar, olvidado del mundo entero menos de aquel don Santos Barinaga que le había estado arrojando lodo al rostro, desde el charco de su embriaguez lastimosa.

Don Fermín estaba como aterrado, pendiente el alma de los vaivenes de aquel borracho, de las palabras que más eruptaba que decía: «¿Podía una copa de cognac, una comida algo fuerte, un poco de Burdeos, producir aquella irritación en la conciencia, en el cerebro ó donde fuera?» No lo sabía, pero jamás la presencia de una de sus víctimas le había causado aquellos escalofríos trágicos que se le paseaban ahora por el cuerpo. Se figuraba la tienda vacía, los anaquelados desiertos, mostrando su fondo de color de chocolate, como nichos preparados para sus muertos... Y veía el hogar frío, sin una chispa entre la ceniza... ¡Quién pudiera enviarle á aquel pobre viejo la taza de té por que suspiraba en su extravío; ó caldo caliente... algo de lo que sirve á los enfermos y á los ancianos en sus desfallecimientos!

Don Santos y el sereno llegaron, después de buen rato, á la puerta de la tienda de Barinaga, que era también entrada de la casa. El Magistral oyó retumbar los golpes del chuzo contra la madera. No abrían. Al Provisor le consumía la impaciencia. «¿Se habrá dormido esta beatuela? pensó.»

Á sus oídos llegaban confusas y con resonancias me-

tálicas las palabras del sereno y de Barinaga; parecía que hablaban un idioma extraño.

Repitió Pepe los golpes, y al cabo de dos minutos se abrió un balcón y una voz agria dijo desde arriba:

—Ahí va la llave!

El balcón se cerró con estrépito. Entró don Santos en la tienda, que era como el Magistral se la había representado, y dejándose alumbrar por el sereno atravesó el triste almacén donde retumbaban los pasos como bajo una bóveda, y subió la escalera lentamente, respirando con fatiga. El sereno salió, después de entregar la llave al amo de la casa. Cerró de un golpe y se fué calle arriba. Oscuridad y silencio. El Magistral abrió entonces su balcón de par en par y tendió el cuerpo sobre la barandilla, hacia la casa de Barinaga, pretendiendo oír algo.

Al principio parecía aprensión lo que oía, como si sonara dentro del cerebro... pero después, cuando se vió luz detrás de los cristales, el Magistral pudo asegurar que allí dentro reñían, arrojaban algo sobre el piso de madera...

Celestina, la hija de Barinaga, era una beata ofidiana, confesaba con don Custodio y trataba á su padre como á un leproso que causa horror. El partido del Arcediano y del beneficiado había querido sacar gran partido de la situación del infeliz don Santos para combatir al Magistral; para ello conquistaron á Celestina; pero Celestina no pudo conquistar á su padre. Bebía el señor Barinaga y en esto ya no se podía culpar de su saña al Provisor. «Es claro, dirían los partidarios de don Fermín, todo lo gasta en aguardiente, está siempre borracho y espanta la parroquia ¿cómo se quiere que el clero consuma los géneros de un perdido... que además es un hereje? Esta era otra triste gracia. A pesar de las amonestaciones y malos tratos de su hija, Barinaga no había querido pasarse al partido

contrario; se había hecho libre pensador y renegaba de todo el culto y de todo el clero.—Nada, nada; repetía, todos son iguales; lo que dice don Pompeyo Guimarrán; el mal está en la raíz; ¡fuego en la raíz! ¡abajo la clerigalla!» Y cuanto más borracho, más de raíz quería cortar. En vano su hija le daba tormento doméstico para convertirle. Sólo conseguía hacerle llorar desesperado, como el infeliz rey Lear, ó que montase en cólera y le arrojase á la cabeza algún trasto. Ella pasaba plaza de mártir, pero el mártir era él.

Como don Santos había sospechado, Celestina no quiso darle té, ni tila, ni nada; no había nada. No había fuego, ni eran aquellas horas... Hubo gritos, llantos y trastos por el aire. El Magistral, gracias al silencio de la noche, oía vagos rumores de la reyerta, que se alargaba, como si no hubiera sueño en el mundo. Á él se le cerraban los ojos, pero no sabía qué fuerza le clavaba al balcón...

Aborrecía en aquel momento á Celestina. Recordó que era la joven que había visto días antes á los piés de don Custodio junto á un confesonario del trasaltar. Aquella tarde no la había reconocido. Tenía facha de sabandija de sacristía... de cualquier cosa.

Los rumores continuaban. De vez en cuando se oía el ruido de un golpe seco. Detrás de la vidriera iluminada pasaba de tarde en tarde un cuerpo oscuro.

El sereno cantó las doce á lo lejos.

Poco después cesó el ruido apagado y confuso de voces.

El Magistral esperó. No volvió el rumor. «Ya no reñían.»

La claridad de la vidriera desapareció de repente.

El Magistral siguió espiondo el silencio. Nada; ni voces ni luz.

El sereno volvió á cantar las doce... más lejos.

De Pas respiró con fuerza y dijo entre sus dientes:

—Ya estará durmiéndola!

Y se oyó el ruido discreto de un balcón que se cierra con miedo de turbar el silencio de la noche.

Pisando quedo entró don Fermín en su alcoba.

Detrás del tabique oyó el crugir de las hojas de maíz del jergón en que dormía Teresa, y después un suspiro estrepitoso.

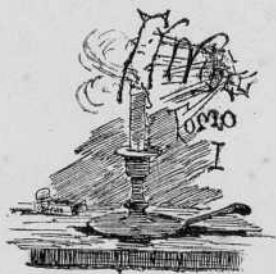
El Magistral encogió los hombros y se sentó en su lecho.

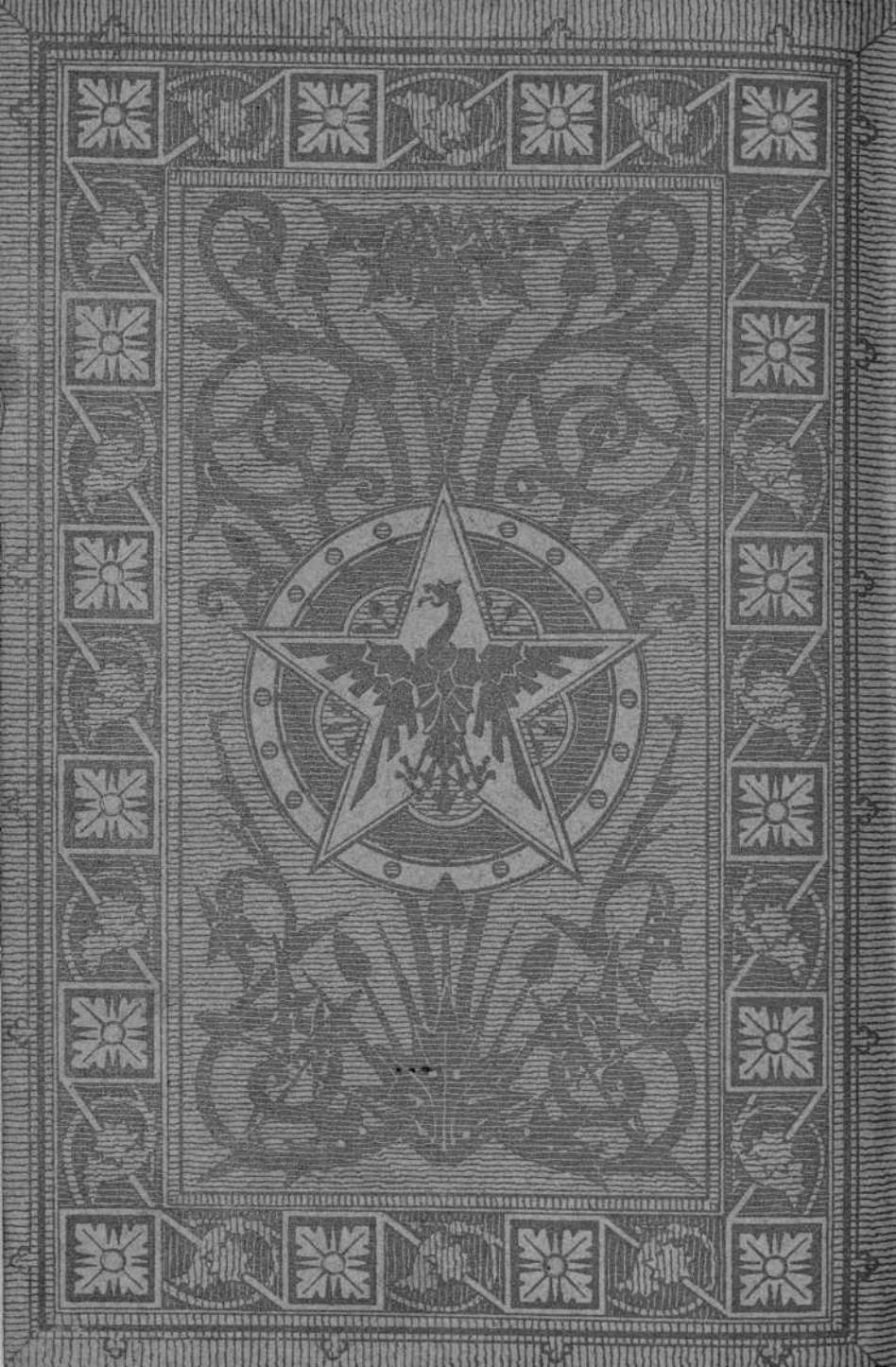
«Las doce, había dicho el sereno, ¡ya era mañana! es decir, ya era hoy; dentro de ocho horas la Regenta estaría á sus piés confesando culpas que había olvidado el otro día.»

—Sus pecados!—dijo á media voz el Provisor, con los ojos clavados en la llama del quinqué—¡si yo tuviese que confesarle los míos!... ¡Qué asco le darían!

Y dentro del cerebro, como martillazos, oía aquellos gritos de don Santos:

«¡Ladrón... ladrón... *rapavelas!*»









L. ALAS

LA

REGENTA

TOMO I

G 31169